Kelly Dreams

PENSIÓN BLACKWOOD

para villanos retirados



PENSIÓN BLACKWOOD
PARA VILLANOS RETIRADOS

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

PENSIÓN BLACKWOOD
Para villanos retirados
© edición agosto 2026
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

Para Segis,
Gracias por darme esta divertida
y entrañable historia.

ARGUMENTO

Segismunda Blackwood debería inspirar miedo. Al menos eso es lo que espera de ella la *Organización de Villanos Unidos*. Sin embargo, después de años decepcionando a superiores, familiares y compañeros, Segis es expulsada y enviada a la *Pensión Blackwood*, un remoto refugio para villanos retirados, monstruos problemáticos y antiguas leyendas que ya no encajan en ninguna parte.

Convertida de la noche a la mañana en administradora de aquel caótico lugar, tendrá que lidiar con basiliscos cleptómanos, lavanderías embrujadas, plantas carnívoras, sacrificios rituales en lugares poco apropiados y un atractivo inspector enviado por la Organización para vigilar cada uno de sus pasos.

Puede que, después de todo, la Pensión Blackwood no fuese un castigo… sino un lugar en el que al fin encajar.

ÍNDICE

COPYRIGHT
ARGUMENTO
ÍNDICE
CAPÍTULO 1: La villana menos aterradora del continente
CAPÍTULO 2: Prohibido sacrificar huéspedes en zonas comunes
CAPÍTULO 3: Alguien ha maldecido la lavandería del sótano.
CAPÍTULO 4: Prohibido alimentar al basilisco fuera de hora.
CAPÍTULO 5: El señor oscuro del tercer piso ha vuelto a perder la dentadura
CAPÍTULO 6: Como superar una inspección y no morir en el intento.
CAPÍTULO 7: El supervisor empieza a sospechar que nadie aquí es realmente malvado.
CAPÍTULO 8: Cómo organizar una cena diplomática sin invocar demonios.
CAPÍTULO 9: La pensión Blackwood nunca fue un castigo.

CAPÍTULO 1: La villana menos aterradora del continente

La expulsaron de la *Organización de Villanos Sobrenaturales* un martes por la mañana. Sinceramente, Segismunda Blackwood esperaba algo más dramático después de recibir aquella carta convocándola a la sede. Había escuchado sobre tormentas eléctricas que se desataban sobre el edificio, cuervos graznando como aviso de una muerte inminente, incluso sobre la presencia del verdugo, aguardando ante las puertas de la sala, esperando llevar al condenado al patíbulo… Pero a ella solo la habían conducido a esta sala de reuniones con olor a humedad, donde un demonio administrativo carraspeaba de vez en cuando mientras leía el pergamino.

—Segismunda Blackwood —leyó el anciano con absoluta solemnidad—. Tras varias deliberaciones, la Organización considera que eres… incompetente.

Segis dio un pequeño respingo ante la fórmula utilizada.

—Disculpe, eso ha sonado un poquito ofensivo, ¿no le parece?

—Esa era mi intención —sentenció con dureza.

—Ah —cruzó pudorosamente las manos delante de ella y asintió—. Prosiga entonces.

Las figuras encapuchadas que rodeaban la enorme mesa ovalada la observaban con una mezcla de agotamiento e irritación. Al fondo de la estancia, una antorcha verde incluso chisporroteó cuando una de las ancianas dejó escapar un profundo suspiro. La conocía, era la matriarca de una de las familias de brujos más nobles de la región y una auténtica esnob.

—Tu familia lleva siglos siendo un ejemplo para el gremio. Sus hazañas se cuentan en todos los círculos, ¡son un orgullo nacional!

—continuó el anciano—. Los Blackwood han dado a esta comunidad nigromantes, conquistadores, hechiceros oscuros…

—Sí, mi tía Ermenegilda llegó a convertir todo un pueblo en sapos en plena Edad Media —aportó Segis con orgullo.

—La señora Ermenegilda fue una gran bruja, mientras que tú… —El hombre la miró con disgusto, antes de bajar de nuevo la mirada sobre el pergamino—. Tú le devolviste accidentalmente la vista a un sacerdote al intentar maldecirlo.

Hizo una mueca ante la acusación.

—La maldición estaba muy mal redactada, fue tan solo un error de lectura…

—También liberaste a un héroe cautivo porque, cito textualmente, *«parecía estar incómodo».*

—¡El pobre hombre llevaba dos días colgado boca abajo y de los pies! —Aquello no podía ser cómodo. ¿Cómo iba a decirles lo que necesitaban saber si lo mantenían en semejante posición?

—Y la semana pasada, sin ir más lejos, incendiaste parcialmente un cementerio intentando invocar sombras infernales —añadió, dando unos toquecitos al papel. Estaba claro que llevaban un buen registro de sus… fechorías. Sobre todo, de las que solían salirle mal, aunque en el caso del cementerio, la cosa no había ido tan mal.

—Debe admitir que el resultado fue intimidante.

—Lo habría sido si hubieses convocado realmente sombras infernales en vez de polillas nocturnas.

—Pues las polillas eran de lo más intimidantes.

El hombre la fulminó con la mirada, mientras el resto de los presentes empezaba a cuchichear y resoplar, mostrando abiertamente su decepción.

No era la primera vez que le leían la cartilla, aunque nunca había sido ante todo el consejo de la organización. Desde luego, este no estaba siendo su mejor juicio, lo sabía bien, pues ya había pasado por unos cuantos.

Sí, Segis venía de una de las mayores y más exitosas familias de brujos negros. Su madre era una bruja oscura talentosísima y su padre el mejor de los nigromantes de su generación, pero ella no

había heredado ni el carisma de uno ni la maleficencia del otro. Su abuela le había recordado hasta el día de su muerte que ella había nacido bajo una muy mala estrella y que nunca llegaría a ser como el resto de los suyos.

Estás abocada al fracaso, Segis. Nunca llegarás a ser una bruja negra tan grande como tu madre o tu tía.

Sí. Su abuela siempre había sido del tipo *«te lo suelto a la cara y si no te gusta, lo masticas».* Tenía un máster en ofender a todo el mundo con su sola presencia y ya no digamos lo que hacían sus pociones. Era temible y había sido una de las miembros del consejo de la organización hasta su último suspiro.

Lo peor de todo era que su abuelita había acertado en todo. El que estuviese aquí sentada, retorciéndose las manos sobre la falda, era prueba de ello.

—La Organización ha decidido retirarte de cualquier actividad villanesca oficial —sentenció finalmente el anciano.

Parpadeó varias veces. Juraría que acababa de decir…

—Disculpe, ¿podría repetírmelo?

—Estás expulsada, desterrada. ¡Acabada!

—Creo que eso ha sonado peor que lo que dijo antes.

—Porque lo es —resopló el hombre. Empezaba a perder la paciencia con ella, algo que también solía pasarle bastante a menudo.

—Entonces, ¿es definitivo?

—Joder que sí.

Hizo una mueca.

Estupendo. Mi madre va a matarme.

Bueno. No literalmente. Los Blackwood eran una familia refinada. Preferían la humillación emocional y social. Y su madre era una experta en ello, vaya que sí.

—Dado que eres una Blackwood, no se te decapitará.

—Es bueno saberlo.

El tipo la fulminó con la mirada.

—Perdón —musitó por lo bajo, mientras él, continuó como si nada.

—El consejo ha decidido que todavía puedes ser de alguna utilidad… Aunque no sé cómo, la verdad sea dicha —rezongó el anciano, quien parecía no haber terminado todavía con su lectura—. Así que, a partir de este mismo instante, quedas relegada a tareas menores. Serás la máxima responsable de la *Pensión Blackwood para Villanos Retirados.*

Frunció el ceño al escuchar aquel nombre.

—Pero ¿cómo? ¿La pensión sigue en funcionamiento?

Varias figuras levantaron lentamente la cabeza y, si bien no podía verles el rostro, de algún modo sabía que ahí debajo había incredulidad.

—¿Cómo es posible que no esté al tanto?

—¿En qué mundo vive esta muchacha?

—No entiendo cómo Belladona no la ahogó en el río cuando se dio cuenta de que era una auténtica nulidad.

Aquello le dolió. Reconoció la voz y supo perfectamente quién se ocultaba debajo de esa capucha. Había usado a propósito el nombre de su madre y utilizado unas palabras que a menudo solía pronunciar su abuela.

—Hace diez años que la mansión fue pasto de las llamas —replicó ella, cortando los cuchicheos de raíz—. ¿Cómo iba a saber que seguía utilizándose?

—Solo ardió el ala oeste. Los sirvientes murieron calcinados, pero las paredes aguantaron, así que lord Blackwood decidió donarla a la organización para sus propios fines —le informó el anciano, quien ya enrollaba de nuevo el pergamino—. Lleva siete años usándose como hogar de acogida para aquellos valiosos miembros de nuestra sociedad que han dejado de estar activos.

Bueno. Eso explicaba muchas cosas. No había vuelto a poner un pie en aquel lugar desde el incendio. Su familia se había mudado a otra de sus propiedades, una más lujosa y cerca de la ciudad, para que así su madre pudiese ir de compras.

El hombre le entregó finalmente un enorme manojo de llaves y un sobre con un lacre.

—Los residentes ya han sido avisados del cambio de administrador. —Segis observó las llaves con creciente horror—.

Deberás incorporarte inmediatamente y…

—Espere, espere, espere. —Se levantó de golpe—. ¿Me está diciendo que voy a tener que administrar yo sola la pensión?

—Por supuesto que no.

Suspiró de alivio al escuchar aquello.

—La Organización enviará un supervisor para asegurarse de que cumple adecuadamente con el castigo impuesto.

Su alivio se esfumó más rápido aún de lo que había llegado.

—¿Disculpe?

—Consideramos prudente supervisar tus… capacidades —repuso el hombre, mirándola de la cabeza a los pies como si fuese un insecto y no una bruja hecha y derecha.

—Esto es ridículo —se alteró. Era lo que le faltaba, que le pusieran una niñera, aun encima—. Soy una bruja perfectamente capaz, no necesito supervisión alguna.

Levantó el dedo, enfatizando su respuesta, y la antorcha que había detrás del anciano estalló, chamuscándole un poco el pelo.

—Me quemo, me quemo, me quemo… —Empezó a darse palmaditas en el cogote para apagar las ascuas que le habían saltado encima.

Todo el consejo en pleno giró sus encapuchadas cabezas hacia ella.

Segis bajó lentamente el dedo, todavía envuelto en humo negro, y volvió a recoger ambas manos delante del regazo.

—¿Cuándo decía que empiezo?

***

Sus recuerdos se confundían igual que la niebla matutina que rodeaba la enorme mansión a las afueras de Salem. El taxi la había dejado frente al desvencijado portón, no sin haberle preguntado al menos siete veces si de verdad quería quedarse allí.

¿Qué otra opción tenía? La habían echado de la organización, lo que significaba que también le habían congelado los fondos, embargado la casa y ni de coña podía presentarse ante la puerta de

sus padres. El mensaje de su madre era muy claro: *Más te vale estar muerta cuando te presentes ante mí.*

Sí. Esa era mamá. Siempre tan dramática.

No había vuelto a poner los pies en este lugar desde el incendio. La familia insistía en decir que fue provocado por un rayo, aprovechando la presencia de la devastadora tormenta de entonces, pero la realidad era otra.

Uno de sus encantamientos había salido jodidamente mal.

Era un milagro que no la hubiesen desheredado de aquella.

Segis suspiró, se cruzó el bolso sobre la cadera y cogió cada una de las maletas por el asa. No podía quedarse eternamente ahí fuera, admirando un portal de hierro que necesitaba con urgencia una actualización, al igual que el resto de la finca.

Levantó la cabeza para ver el nombre *«Mansión Blackwood»* en el arco de hierro sobre el portal y empujó una de las desvencijadas hojas solo para ver cómo caía a plomo al suelo, levantando un montón de hojas y polvo.

—La madre que me parió —jadeó, dando un saltito hacia atrás —. Esto va a necesitar algo más que un poco de mantenimiento.

Era una ruina. Literalmente.

No hizo más que dar un paso, trasladando su equipaje uno por uno cuando algo cayó al suelo desde uno de los soportales.

—Por todos los cielos, ¿es que va a caerse todo a pedazos?

Alguien levantó un pequeño brazo de piedra de entre la maleza y avisó:

—¡Estoy bien!

Volvió a pegar otro bote al reconocer la voz, dejó sus cosas y corrió a apartar la hierba.

—Por todos los demonios, Gerald, ¿eres tú?

—El mismo —respondió la voz, mientras las hierbas se movían.

—¿Cómo es que estás aquí todavía?

La criatura de piedra se incorporó lentamente, saliendo al camino.

—Tengo artritis.

¿Artritis?

—Eres una gárgola —señaló lo evidente.

—Y tú una humana flacucha con muy mala suerte, ¿y me quejo yo de eso? No. No lo hago —rezongó él, llevándose unas pequeñas manos en forma de garra a las piernas—. Esta niebla no es buena para mis rodillas.

Aquello tendría que haber sido ridículamente absurdo de no ser porque ella misma había creado dicha absurdez. Se suponía que debía crear una gárgola impresionante, un guardián para la mansión, algo aterrador, al nivel de la fama de los Blackwood, pero algo había salido mal y acabó con… Gerald. No superaba el medio metro, era escuálido y con el carácter de un viejo cascarrabias.

—Ya he oído las noticias —continuó él llevándose las manos a los riñones, el crujido de su cuerpo fue espantoso—. Si es que no podías ser más tonta ni entrenando para ello.

—Oye. Ya me han ofendido bastante anoche en la sede de la organización, así que dame un respiro.

—*Bah*. —Extendió sus artríticas alas, diminutas en comparación con el tamaño de su cuerpo, y señaló el camino con un gesto de la rocosa cabeza—. Te esperan arriba, así que será mejor que muevas el culo. Y, por lo que más quieras, cómprate algo que no diga *«soy una malvada* Flower Power *anclada en la época* hippy*».*

Se llevó una mano al pecho, visiblemente ofendida.

—Que yo sepa los exiliados no tenemos código de vestimenta —resopló—. El negro está reservado para los miembros de la organización, ¿recuerdas?

—Y el amarillo limón para las putas abejas —chasqueó la gárgola—. Nunca fuiste normal. Le dije a la señora Blackwood que debiste habérsele caído de cabeza cuando eras un bebé. Se echó a reír y no lo desmintió.

Eso no era verdad. Hizo un mohín al pensar en el chistecito que siempre contaba su madre. A su progenitora debía parecerle graciosísimo, mas a ella no.

—Ven, mueve el culo, que te esperan desde hace semanas.

—¿Cómo que me esperan desde hace semanas? —Cogió las maletas y empezó a seguirle—. ¡Si me notificaron ayer mismo que debía hacerme cargo de esto!

—Fuiste la primera pringada a la que encontraron, seguro —le dijo mientras abría esa pequeña comitiva de dos—. El último administrador se largó hace tres semanas. Basi intentó zampárselo.

No tenía la menor idea de quién era ese tal Basi, pero que hubiese intentado comerse al anterior administrador no era nada tranquilizador.

A medida que avanzaban por el camino, no pudo evitar preguntarse a qué compañía de jardinería habían encargado el mantenimiento, porque esos jardines parecían llevar años sin recibir un solo cuidado. Algunos árboles estaban muertos, otros al punto del suicidio, nadie se había ocupado de retirarlos, ni de tratarlos apropiadamente.

Bueno. Eso va a cambiar.

Ah, no. Espera, esa no era la actitud que debía adoptar.

Mala, Segis. Tienes que ser mala.

Dejó escapar una estruendosa carcajada de pura maldad.

—Joder, no me digas que te has traído también una cabra. —Gerald miró la cabeza y su expresión, entre humana y monstruosa, parecía de puro interés—. ¿Va en la maleta? La carne de cabra está buenísima.

Su risa murió al momento y con ella su dignidad.

—No traigo una cabra…

—¿Ah no? —La miró de arriba abajo—. No has estado practicando de nuevo esos hechizos de transformación, ¿verdad?

Resopló y se señaló a sí misma.

—Estaba enseñando mi risa malvada.

La gárgola se detuvo en seco, la miró y acto seguido rompió a reír hasta el punto de que acabó dándole la tos.

—Ay, que me muero. —Tosía como una cafetera vieja, escupiendo polvo—. Risa malvada, dice. Ay, niña. Tú no has cambiado nada.

Reanudó la marcha particularmente contento y ella no pudo evitar sonreír. A pesar de todo lo que la había traído hasta aquí, le alegraba ver de nuevo a Gerald.

La fachada de la mansión no tardó en aparecer. Era una antigua casa victoriana, de varias plantas, con enormes ventanales

que necesitaban una limpieza de cristales urgente y esa piedra oscura que le daba un aspecto bastante lúgubre. Siempre lo había visto como un edificio regio, elegante e impresionante, pero ahora parecía la casa del terror.

De hecho, había un cartel presidiendo la entrada, bamboleándose con un horrible chirrido a causa del viento.

—*Pensión Blackwood para villanos retirados* —leyó. Justo debajo alguien había añadido algo más con letra temblorosa y pintura rojo chillón—. *Prohibido sacrificar huéspedes en zonas comunes.*

Hizo una mueca.

—¿Crees que si me pongo de rodillas y suplico piedad me devolverán el carné de afiliación y me perdonarán en el consejo?

—Creo que solo muerta podrías hacer que llorasen por ti —declaró la gárgola, empezando a agitar sus alitas y elevarse, no sin bastante dificultad, poco a poco del suelo—. Y probablemente lo harían de alivio, para celebrar que ya no tienen quién degrade su labor mundial. Suerte ahí dentro, querida. Oh, y bienvenida a casa.

Segis cerró los ojos un instante y gimió.

—Dioses… esto va a ser horrible.

Subió las maletas a pulso hasta el porche. No llegó a soltarlas cuando la puerta principal se abrió antes de que pudiese siquiera llamar. Una anciana diminuta, con el pelo blanco recogido en un moño y un mandilón de flores de colores, apareció empuñando una cuchara de madera.

—¡Al fin! —gritó un segundo antes de dar un par de pasos y pegarle en el brazo con el utensilio de cocina.

—Por todos los demonios, señora Drekka —gimió, frotándose el brazo y echándose a un lado, no fuera que a la mujer le diese de nuevo por zurrarle de nuevo. Había cosas que no cambiaban y el hecho de que su antigua ama de llaves siguiese aquí hablaba por sí solo—. Eso duele.

—Se lo merecía —repuso ella, llevándose las manos a las caderas y mirándola de la cabeza a los pies—. Por todos los demonios del infierno. Sigue siendo una humana escuálida y feucha.

—Y usted… tan enérgica como siempre. —Regla número uno de la familia Blackwood: *No se insulta a las ancianas, aunque sean harpías, estén locas y sean peligrosas*. Su abuela se revolvería en su tumba si ofendiese a la antigua ama de llaves a la que quería como a una hija maldita.

—¿Dónde se había metido, eh? —bufó la mujer, ignorándola—. Llevamos tres semanas sin un administrador decente. ¡El basilisco ha empezado a comerse de nuevo las cortinas! ¡Las que colgué la semana pasada!

—Me avisaron ayer mismo de que tenía que venir, señora Drekka —resopló. Evitó mencionar que no sabía ni que la mansión seguía en pie, no fuese a recibir otro golpe de la doña.

—No me hable como si fuese una anciana, señorita Segismunda. Me hace sentir vieja.

—Tiene doscientos trece años —le recordó con todo el tacto que pudo.

—¡Y unas piernas estupendas! —Se levantó el mandilón para enseñar sus, en efecto, estupendas piernas—. Aparento mucha menos edad que la que tengo.

Se limitó a sonreír y asentir. Temía volver a abrir la boca y decir algo que ofendiese de nuevo a la antigua ama de llaves.

—Está usted en la flor de la vida.

La mujer hizo aspavientos y agitó la cuchara de madera como si fuese una batuta.

—Vamos. No se quede ahí como una papanatas, entre. —La dama giró sobre sus pies y cruzó el umbral.

—Vale. Aquí vamos —murmuró para sí. Volvió a coger sus maletas y cruzó la puerta. En cuanto estuvo en el vestíbulo, comprendió que no estaba preparada para hacerse cargo de algo como aquello—. Oh, Dios mío.

El interior estaba tal y como lo recordaba, puede que un poco más… oscuro, pero lo que la dejó con los ojos abiertos de par en par y la boca a punto de llegarle al suelo fue la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos.

Había una mujer vestida como una dama victoriana de luto dándose cabezazos contra el reloj de pared, murmurando algo

ininteligible mientras un hombre delgado y vestido con librea intentaba evitar que siguiese haciéndolo sin demasiado éxito. Una armadura medieval, en cuyo interior suponía que habría alguien, bajaba las escaleras con un hacha en la mano mientras perseguía un pollo que parecía dispuesto a ganar a Usain Bolt en una carrera. Había también un ligero olor a quemado y un rastro de humo que parecía venir del pasillo que, si mal no recordaba, llevaba al comedor.

—¡Devuélveme mi dentadura, maldito bastardo!

El grito procedía de algún punto del piso de arriba, al igual que las fuertes pisadas que parecían sacudir el techo.

Segis dejó lentamente las maletas en el suelo y juntó las dos manos sobre el pecho, visiblemente sobrecogida.

—Tiene que ser una puta broma… —gimoteó.

La señora Drekka le dio unas palmaditas en el brazo.

—Bienvenida a casa, niña.

Una alarma empezó a emitir pitidos en algún lugar, seguida de una voz cazallera advirtiendo:

—¡Ya estamos otra vez!

Dejó caer la cabeza y gimió para sus adentros.

—Dios. He venido a dar al mismísimo infierno.

***

El detector de humos al fin dejó de sonar. Ventilar la cocina fue una auténtica odisea, porque las ventanas estaban tan atascadas que era imposible abrirlas. El olor a quemado inundaba toda la planta, desde las cocinas al comedor. Por algún motivo, alguien había decidido reorganizar la distribución del lugar para tener las zonas comunes en aquella primera planta. La cocina estaba en la parte de atrás. El mobiliario, los electrodomésticos, todo era moderno y de alta gama, quizá demasiado moderno para el tipo de personal contratado. La cocinera era casi tan vieja como la maldita mansión y sus pinches de cocina no parecían tener idea de cómo funcionaba el horno, lo que había dado como resultado que el asado acabase en llamas —no

tenía idea de cómo había sido eso posible—, y todo el mundo envuelto en humo.

—Te dije que no era buena idea ponerle esa salsa al asado, ¡era puro fuego!

—¿Que tú me lo dijiste? ¡Fui yo la que te advirtió que el asado estaba tomando un color negruzco y tú dijiste que lo preferían tostadito!

—Tostado, cabeza hueca, no calcinado —rezongó la cocinera, quien, sin que le temblase la mano, golpeó a su asistente con la cuchara de madera en la cabeza—. Ve a la despensa y trae una nueva pieza de carne o los comensales acabarán devorándote a ti.

Remató la faena dándole una patada en el culo a su asistente, algo bastante épico dado que era una mujer bastante rolliza y fue capaz de levantar la pierna como una bailarina de ballet.

—Hay cosas que nunca cambian —musitó para sí, tosiendo todavía un poco por el picor del humo en la garganta.

—Ay, señorita Blackwood, pensé que mis ojos no volverían a posarse en un miembro de esta ilustre familia —dijo la jefa de las cocinas volviéndose ahora hacia ella—. ¿Cómo se encuentra su santa madre?

¿Santa? Su madre podía ser muchas cosas, pero santa no. Jamás. En la vida. Ni muerta.

—Bien, bien. Se ha ido a un balneario en Budapest para descansar después de su último trabajo —afirmó—. Contaminó todo el suministro de agua de una ciudad. Las noticias han hablado de varios casos hospitalizados por gastroenteritis aguda y… Y eso la puso sensible. Esperaba algo más drástico.

—Ah, los años no perdonan —aseguró la mujer con tono afligido—. Estoy segura de que solo ha sido el cansancio. Pronto volverá con renovadas energías y desatará una verdadera plaga.

Espero que no, pensó para sus adentros.

No podía evitar que le diesen pena esas personas. El mundo de hoy no era como el de hace siglos, requería de mayor planificación y, sobre todo, de cautela. Antes la gente temía a las brujas, a los demonios, pero hoy en día te pedían si podías hacerte un selfi con ellos.

Ser villano no era tan fácil como antaño, sobre todo si querías ser reconocido como tal.

Ahí estaban los líderes de esas potencias mundiales, actuando como villanos sin pertenecer siquiera a la organización. Oh, eso había levantado ampollas entre los miembros del consejo. Vaya que sí.

—Entonces, ¿usted ha venido para quedarse?

—Es la nueva administradora, Agatha.

La cocinera abrió los ojos como platos y se persignó varias veces como si estuviese delante de Satanás y acabase de ser consciente de ello.

—Que Dios nos pille confesados —soltó sin más—. ¿Eso es verdad? ¿Usted va a hacerse cargo de la pensión?

Iba a empezar a llorar de un momento a otro al contar con tanto apoyo.

—Son órdenes de arriba —se justificó.

—La han exiliado —informó la señora Drekka sin perder su aguijón—. El consejo al fin le dio la patada y la ha reducido a cuidar de unos villanos retirados.

Se hizo un silencio sepulcral y varios pares de ojos acabaron sobre ella con gestos de horror.

—Es algo temporal… —Carraspeó ella.

La ama de llaves dejó escapar una carcajada.

—Ese ha sido un buen chiste.

La fulminó con la mirada, pero ni se inmutó.

—Vale. Sí. Me expulsaron. Y me han enviado aquí a hacerme cargo de… ¡esto! —Se exasperó—. Y les voy a demostrar que estoy a la altura.

—Pobrecita.

—No tiene ni idea.

—¿Cuántas semanas le damos? ¿Tres?

Los comentarios a su alrededor empezaron a irritarla y, antes de que pudiese evitarlo, varias tapas saltaron de sus respectivas ollas y el frigorífico se abrió, lanzando huevos.

—¡Suficiente! —El microondas explotó y ella acabó resoplando —. ¡Mierda!

Salía humo negro no solo de sus manos, sino de toda ella. Empezó a abanicarse, deshaciéndose de los restos de su magia.

—Sí, sí, sí… —La ama de llaves la cogió del brazo y la giró hacia la puerta—. Dejemos la cocina y pasemos al comedor. Si quiere empezar a romper cosas, puede comenzar con algunas cabezas que hay allí.

—Yo no quiero romper cosas… —gimoteó.

—Lo sé, lo sé —le dio unas palmaditas—. Ese siempre ha sido su problema, señorita Segismunda. Que lo que debería querer es justo lo que no desea.

Dejó escapar un resoplido porque no podía decir lo contrario. Siempre se había sentido como la oveja negra de la familia, o blanca en este caso. A sus primas no les importaba provocar el caos, disfrutaban haciéndolo, en cuanto a ella… Segis prefería dedicar su tiempo libre a la jardinería, a hacer pasteles y no precisamente envenenados. Se había esforzado por hacer sentir orgullosos a sus padres, por ser la villana que esperaban de ella, pero todo le salía mal.

—Lo estoy intentando, Drekka, de verdad que lo intento con todas mis fuerzas.

—Pues no lo intente tanto, quizás eso mejore las cosas —le aconsejó.

Segis supo que estaba a punto de enfrentarse a otra escena demencial en cuanto oyó las voces desde el final del pasillo. ¿Es que esta casa se había convertido en un psiquiátrico?

En cuanto cruzó las puertas del comedor, tuvo claro que así era.

Tres criaturas discutían sobre la sopa. Un nigromante dormía sobre la mesa, con una postura que recordaba a los cadáveres de las mesas de autopsia. La mujer vestida de negro que había visto dándose de cabezazos contra el reloj de pared ahora intentaba estrangular a…

—¿Eso es una planta carnívora?

—Catherine está intentando adiestrarla —señaló a la mujer de negro—. Pero hoy Julius decidió comerse a Trevor.

—¿Quién es Trevor?

Un bajo ladrido amortiguado salió de la hinchazón que tenía la planta a la altura de la mitad del tallo.

—Escúpelo, Julius, escúpelo —siseaba la mujer.

—¿Esto suele pasar a menudo? —preguntó al ama de llaves, temiendo la respuesta.

—Solo los martes —contestó alguien desde la mesa.

No sabía si eso era un consuelo o no.

—Te digo que la sopa estaba maldita —escuchó a un hombre desde el fondo de la habitación, señalando el plato que sostenía.

—¡Era *picante*, idiota! ¡No estaba maldita! —replicó una de las ayudantes de cocina. Su expresión era la de alguien dispuesta a cometer un asesinato de un momento a otro.

—¡Me salieron escamas!

—Eso fue porque tuviste la brillante idea de besar a la medusa de la habitación cuatro, Arnold. No tiene nada que ver con la sopa —intervino alguien sentado en una esquina. No le vio la cara, pues tenía el periódico abierto a la altura del rostro mientras disfrutaba de un café.

El comedor entero guardó silencio un momento, como si escucharle hablar fuese algo extrañísimo.

—Ah… —murmuró el tal Arnold, volviendo a mirar el plato de sopa.

Segis se llevó la mano a la sien empezando a notar cierta palpitación en la cabeza y no se lo pensó, dio media vuelta, salió del comedor y regresó al vestíbulo dónde había dejado sus maletas. La tentación de cogerlas y largarse por donde había venido era demasiado grande.

—Debería subir a su habitación. Ya sabe dónde está —declaró la señora Drekka—. Dese un buen baño y póngase algo que no grite *«soy una diana andante».* Lo verá todo con otros ojos.

El pollo que vio a su llegada pasó volando, escandalizando con histerismo, no tardó mucho en escuchar también los fuertes pasos de la armadura y verla acercarse con el hacha en alto.

—Por el amor de Dios, Héctor, deja ya el maldito pollo.

—¡No hasta que acabe en la cazuela! —escuchó una voz retumbante desde dentro de aquella cosa.

Miró a la ama de llaves en busca de una respuesta y esta resopló.

—Héctor Valessi. Se cree un caballero de la mesa redonda.

—Espera, ¿Valessi? ¿De esos Valessi? —Era un nombre reconocidísimo entre la organización, a la altura de los Blackwood.

—Sí. Ese —resopló—. En qué ha quedado, con lo que había sido ese hombre. Sus hazañas en el campo del villanazgo eran épicas.

—¡Morirás, maldito, te veré en la ca…! —Tropezó con sus propios y pesados pies y se escuchó un chillido—. Ay, que me mato.

El hombre cayó cuan largo era al suelo, el hacha se escapó de las manos y acabó clavándose en la pared, justo al lado del marco de la puerta principal, en el mismo instante en que esta se abría, dando paso a una enorme figura.

La mansión pareció contener el aliento, al igual que todos los presentes en el vestíbulo.

A Segis se le paró el corazón.

Por todos los santos, ¡es guapísimo!

Rubio, alto, ancho de hombros, con un abrigo negro impecable y un traje italiano de color azul medianoche, el recién llegado encarnaba a un dios nórdico. Su mandíbula cuadrada y fuerte parecía capaz de partir en dos a cualquiera con un cabezazo, tenía una sombra de barba dorada cubriéndole el mentón y la barba, pero eran esos ojos azul cielo, fríos como el hielo, los que le provocaron un escalofrío.

Tragó saliva, no pudo evitarlo. Había algo en él que evocaba peligro, también oscuridad, por no hablar de la huella de poder que vibraba en torno a él. Era un brujo de categoría superior, no tenía la menor duda.

El desconocido recorrió el vestíbulo con mirada severa, dedicándole tan solo un segundo de su tiempo a la armadura tirada sobre el suelo y otro al pollo que, no sabía cómo, había terminado sobre el reloj de pared. Lo vio fruncir el ceño al mirar las cortinas que cubrían una de las ventanas y, cuando Segis siguió su mirada, se encogió por dentro al ver la cabeza romboide, similar a la de una

serpiente, con lo que parecían plumas alrededor, mordisqueando alegremente la tela.

—Supongo que ese es Basi… —murmuró en voz baja, señalando la serpiente.

—Basilio, el basilisco —confirmó la señora Drekka.

—¿Y el otro?

—No es un basilisco.

—Eso salta a la vista.

—Diría que es un hechicero.

—Sí. Estoy de acuerdo con usted.

El hombre clavó entonces la mirada en ellas. Desde luego, no habían sido precisamente discretas.

—¿Segismunda Blackwood?

La manera en que pronunció su nombre le provocó un estremecimiento.

—Es ella. —La señaló la ama de llaves, dándole un empujón en la espalda y mandándola casi volando hasta el medio del vestíbulo.

Intentó adoptar de inmediato una pose autoritaria, intimidante, pero era difícil sentirse de esa manera cuando tenías a *Thor* delante. Ese hombre le sacaba cabeza y media y no dudaba de que podría partirla a la mitad con esos brazacos.

Madre cómo estaba el dios nórdico.

—Sí. Soy Segismunda Blackwood —Se enderezó y le dio un tono más duro a su voz, aunque solo consiguió que le saliese un horrible gallo—. *Um*. ¿Y usted es?

—Ivar Vinter. —Se presentó. Su voz sonó incluso más profunda a esa distancia.

El señor Valessi empezó a bambolearse en el suelo, en un intento por darse la vuelta con esa pesada armadura. El sonido hizo que ambos se volvieran hacia él.

—Drekka, por favor, ayuda al señor Valessi a levantarse…

—Déjele. Media hora más y podrá hacerlo solo.

Abrió la boca para decir algo, pero el recién llegado ignoró al tipo de la armadura, al pollo que echó a volar cruzando el vestíbulo y continuó con su presentación.

—La Organización me envía a supervisar las actividades de esta pensión y verificar que ninguno de sus integrantes suponga una amenaza para el equilibrio sobrenatural.

Antes de que pudiese responder a ello, se escuchó un grito desde el pasillo que llevaba al comedor.

—¡El basilisco se ha comido otra cortina!

Segis miró automáticamente al lugar en el que había visto la serpiente, pero esta ya había desaparecido, dejando tras de sí unos claros agujeros en la tela allí donde la había devorado.

—Estupendo. —Lo escuchó mascullar y, al volver a mirarle, lo vio sacar un cuaderno pequeño de piel y un bolígrafo del interior de su abrigo. Lo abrió y escribió algo rápidamente.

Aquella no era buena señal. No, señor.

Carraspeó y volvió a prestarle atención al recién llegado.

—Entonces, ¿es usted el supervisor que me dijeron que iba a tener?

Él la miró, desde la cabeza a los pies.

—Así es, señorita Blackwood —replicó—. Estoy aquí para asegurarme que cumple con las condiciones de su actual condena y sigue los preceptos de la organización al pie de la letra.

Aquello la hizo tragar.

Eso sin duda era un problema. Intentó no mirar sus maletas, pues una de ellas rompía ya una de esas condiciones. Dentro estaba su colección de novelas románticas, las galletas de nata que tanto le gustaban y… su pijama rosa de gatitos.

—Lo del basilisco y las cortinas tiene arreglo… —aseguró ella de inmediato, mientras la armadura sobre el suelo hacía un quejido.

—Mierda, me he quedado atascado… —rezongó el hombre en su interior—. ¿Van a quedarse ahí toda la puta mañana o van a ayudarme?

Hizo una mueca y, sin pensárselo dos veces, acudió en su ayuda, ganándose una ceja enarcada de parte del supervisor y una sacudida de cabeza del ama de llaves.

—Ya veo que esto va a ser bastante rápido. —Oyó murmurar al hombre, mientras escribía algo nuevo en su libreta.

Segis gimió para sus adentros.

Oh, esto iba a ir fatal, pero tremendamente mal.

CAPÍTULO 2: Prohibido sacrificar huéspedes en zonas comunes

Segismunda Blackwood descubrió tres cosas importantes durante sus primeras horas en la pensión.

La primera: El señor Héctor Valessi roncaba como si estuviese invocando demonios desde el interior de la armadura.

La segunda: Basilio, el basilisco, podía abrir puertas… y era demasiado mono para resistirse a él.

Y la tercera: Ivar Vinter era de esas personas insoportablemente eficientes que probablemente doblaban los calcetines por colores y juzgaban espiritualmente a cualquiera que no alinease correctamente los libros en una estantería.

Aquello último la ponía particularmente nerviosa, pues había visto cómo miraba con ojos entrecerrados los libros dispuestos en la biblioteca. El hombre había insistido en conocer todas y cada una de las estancias, se habría paseado solo por toda la primera planta si no lo hubiese acompañado. No era lo que más le apetecía en esos momentos, sobre todo cuando ella misma estaba empezando a reconectar con un lugar que no había visto en siete años y que había sido parcialmente reformado para adecuarse a su actual desempeño como pensión.

Dejó escapar un resoplido e hizo una mueca mientras se cepillaba el pelo frente al espejo de su tocador. El mueble seguía teniendo el mismo aspecto que la última vez que lo vio. Toda la habitación, en realidad, seguía siendo como antaño, un recordatorio de la chiquilla que había dejado atrás.

Hizo una mueca cuando el peine se le enredó en un mechón. Lo tenía tan liso que siempre se le hacía algún nudo, por ello solía

llevarlo recogido en un moño o en una trenza. Se lo había dejado largo hasta la cintura solo por tradición familiar, aunque reconocía que era un completo engorro. Además, ni siquiera tenía el aterciopelado aspecto del de su madre, ni tampoco su intenso color negro natural o el marrón oscuro, salpicado de elegantes canas de su padre. No. El suyo era de un caoba apagado, ni siquiera un rojo bonito.

—Eres el ratoncito de la familia Blackwood —le dijo a su reflejo. Su abuela solía llamarla así y no de manera cariñosa precisamente. Decía que esos enormes ojos marrones que ahora le devolvían la mirada deberían resultar aterradores, peligrosos, el preámbulo de una fatalidad, pero se parecían a los de Bambi.

Dejó caer la cabeza de golpe contra la parte superior del mueble, dándose un buen porrazo en la frente. El dolor al menos la espabiló. Estaba tan cansada que había estado a punto de dormirse de pie mientras ese tal Vinter revisaba la casa y tomaba notas como si fuese un inspector de obra.

—No necesito supervisión —farfulló. Volvió a levantar la cabeza y sus propios ojos la miraron con obvio cansancio—. Soy una bruja perfectamente capaz. Yo solita incendié un cementerio. Bueno, fue solo la mitad, y con unas llamas impresionantes, he de decir.

Hizo una mueca ante la imagen que le devolvía su intento por parecer segura, poderosa, una pateaculos profesional.

—Aunque tu intención no era quemar el maldito lugar, tontita, sino acabar con la plaga que se estaban comiendo las plantas que adornaban las tumbas —se recordó a sí misma—. ¿A quién pretendo engañar? Se me da mejor escribir una receta de cocina que una maldición…

Y eso era penoso. Para su familia era motivo de decepción, algo que no dudaban en hacerle ver.

Suspiró profundamente y dejó el cepillo sobre la cómoda. Miró el resto del dormitorio a través del espejo. Los techos altos, el papel victoriano desgastado, los muebles oscuros… La niebla había dado paso a la lluvia a juzgar por las gotitas que ahora cubrían la ventana, el repiqueo de esta contra el cristal era inconfundible.

Si tan solo la habitación no oliese tanto a cerrado.

—Al menos la han limpiado, Segis, no seas tan tiquismiquis —se dijo, girando en la pequeña banqueta para levantarse—. Bueno. O más o menos.

Había una telaraña del tamaño de un gato ocupando una esquina del techo y estaba casi segura de que acababa de verla moverse.

—Lo de no limpiar los rincones tiene que ser una maldad de nivel tres por lo menos, ¿no? —murmuró, solo para que su inquilina se asomase y le hiciese un pequeño gesto ofensivo con una pata.

Bueno, deduzco que lo era, pues a la arañita parecía haberle ofendido la idea de desalojarla como si fuese una ocupa.

—No he dicho nada —levantó ambas manos a modo de disculpa, antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la ventana.

La lluvia golpeaba el cristal con suavidad y, más allá, apenas podía distinguir la silueta de los jardines bajo la lluvia. Observó el marco con detenimiento. La madera estaba hinchada por la humedad y las bisagras parecían no haberse engrasado en años.

—Esto va a ser más complicado de lo que pensé —murmuró, tirando del pasador solo para ver que no cedía—. Cristo. Esto está durísimo.

Volvió a tirar con más fuerza y la ventana ni se movió.

—¿En serio? —resopló, se arremangó la chaqueta, volvió a coger el pasador y, apoyando un pie contra la pared, volvió a tirar usando todo el peso de su cuerpo.

La maldita ventana se abrió de golpe con un estruendo infernal y ella acabó perdiendo su agarre, saliendo disparada hacia atrás.

—La madre que me… —jadeó en el suelo. La alfombra había amortiguado el porrazo—. Al final no va a ser solo el jardín el que necesite mantenimiento.

Empezó a levantarse justo a tiempo de ver cómo algo negro atravesaba el umbral de la ventana y cruzaba la habitación como una flecha para estamparse contra la pared.

Se encogió por pura simpatía al ver el bulto emplumado que caía al suelo.

—Bueno… —murmuró mirando al cuervo que intentaba ponerse también en pie—. Eso ha sido bastante humillante… para

ambos.

El ave emitió un graznido particularmente indignado antes de fijar sus ojillos negros en ella e intentar levantar el vuelo. Solo consiguió dar un pequeño salto torpe y caer de lado sobre la alfombra.

Frunció el ceño de inmediato al ver que el animal intentaba extender las alas, pero no podía hacerlo del todo. Una de ellas parecía haber adquirido una forma poco natural.

—Ay, no.

Casi tropieza con la alfombra en su prisa por acercarse al ave, solo para que esta abriese el pico de forma amenazadora y soltase un graznido a modo de aviso.

—Sí, sí. Ya te he visto. Eres enorme y muy terrorífico. —En realidad, no era poco más grande que una paloma y bastante escuálido. Intentó cogerlo y el bicharraco le pegó un buen picotazo —. Hijo de la gran p…

El ave volvió a agitar las alas, mas estaba claro que no podía volar. Daba pequeños saltos, intentando llegar a la ventana, incapaz de plegar una de las alas.

—No, no, no, no… —Fue detrás de él—. Nada de suicidas en mi primera noche aquí, por favor.

El cuervo seguía moviéndose agitado.

—Mira, sé que probablemente creas que soy una de esas aterradoras brujas todopoderosas que tienen gatos por mascota y cocinan a los de tu especie, pero… —El animal emplumado clavó esos ojillos negros de nuevo sobre ella—. Te has topado con la única Blackwood a la que los imbéciles del consejo de la organización han expulsado por no dar la talla en su termómetro de villanía, así que… ¡Estás de suerte! Mi abuela te habría retorcido el cuello y metido en una cazuela con patatas. Aunque ella también hacía sopa con ardillas, así que no creo que sea un buen referente moral.

El cuervo la miró fijamente.

—No me juzgues —resopló y puso los ojos en blanco—. Yo tampoco superé lo de las ardillas. Todavía estoy traumatizada con lo que le hizo a la pobre Gertrudis.

Segis se movió despacio una vez más, se arrodilló en el suelo y lo miró.

—Eso tiene mala pinta, ¿sabes? —señaló su ala, teniendo cuidado de no poner de nuevo su mano cerca de ese pico mortal—. No vas a poder irte volando así. Lo más probable es que acabes cayendo al suelo y te estampes, y mañana alguien tenga que recoger tu cuerpo despanzurrado y echarlo en el contenedor.

Si no pensara que era imposible, juraría que el cuervo la fulminó con la mirada.

—Sí, a mí tampoco me haría ilusión acabar en el cubo para reciclar. —Lo señaló una vez más—. Si me dejas mirarte el ala, quizá pueda ayudarte. Así que, vamos a llevarnos bien, ¿te parece?

Extendió con cuidado el brazo, lista para retirarlo en cualquier momento, pero el ave se quedó quieta, permitiéndole que le rozase las plumas con los dedos.

—Vale, vamos… —El pájaro decidió que no le gustaba, porque le pegó otro picotazo y esta vez llegó a hacerle sangre—. ¡Pequeño hijo de Satanás!

Su poder reaccionó por sí solo, el humo se arremolinó en torno a sus dedos y sabía que sus ojos se habrían iluminado.

—Vas a ver tú… —siseó. Cogió al pajarraco por el pescuezo y lo atrajo hacia ella. Lo envolvió rápidamente en su falda, inmovilizándolo, y comprobó rápidamente el estado de su ala—. Tienes suerte, pequeño demonio. No está rota, aunque sí dañada.

Los hilos de magia negra que escapaban de sus dedos fueron redirigidos con maestría hacia el animal. El cuervo se tensó al notar la huella de su magia y cómo esta penetraba más allá de su carne.

—Tranquilo. Al contrario que tú, no tengo la intención de arrancarte un dedo o un ala, en este caso —resopló y se concentró en lo que veía en su mente.

La magia de los Blackwood estaba diseñada para destruir, maldecir, controlar y provocar dolor. No para sanar, por eso las volutas de humo negro que creaba su magia parecían más propias de una invocación demoníaca que de un hechizo medicinal.

—Esto sería mucho menos inquietante si mi familia no fuese tan melodramática… —masculló encontrando en su mente el punto

exacto del daño en el ala del córvido. Guio las hebras de su poder y las usó para colocar el hueso en su lugar y soldarlo.

El cuervo soltó un pequeño graznido y luego se quedó completamente inmóvil, mirándola con esos inquietantes ojillos negros.

—Ya está —retiró la tela y aflojó el agarre sobre el animal—. Puedes irte.

El animal se revolvió, extendiendo las alas e impulsándose para saltar de su regazo. No llegó muy lejos, ya que se posó sobre el viejo sifonier. Sus alas, esta vez, se plegaron sin problema, pegándose a su cuerpo.

—¿Ves? —Lo señaló, solo para hacer una mueca al ver el chorrito de sangre resbalando de la herida que le había hecho el cuervo—. Genial. Dejar sangre de una bruja por ahí nunca es buena idea.

Miró a su alrededor y resopló. Sabía que tenía tiritas en algún lado, siempre iba con un neceser lleno de ellas, mas apenas había empezado a deshacer las maletas. Entró en el cuarto de baño anexo al dormitorio e hizo un rápido apaño con el papel higiénico.

—No es lo ideal, pero tendrá que servir hasta que deje de sangrar —resopló, mirando ahora hacia la ventana abierta. El viento había empezado a empujar la fina llovizna a través de esta, refrescando el ambiente—. Me gusta este tipo de lluvia —murmuró poniéndose delante de la ventana, dejando que le acariciase la cara, sin importarle que unos cuantos minutos así pudiesen acabar mojándola de veras—. Mi madre prefiere la lluvia fuerte, la que acompaña a la tormenta. Dice que es el momento ideal para recargarse, aunque yo la única idealidad que le veo es que acabe pillándote un rayo y mandándote al otro barrio. Conocí a un brujo al que le pasó eso. Horrible, en verdad.

El ave se agitó las plumas, la forma que tenía de mirarla era más que inquietante.

—Puedes irte. —Señaló la ventana con un gesto—. No tengo intención de sacrificarte a ninguna deidad ancestral. Créeme, se me dan fatal esas cosas.

El cuervo seguía sin quitarle la vista de encima y eso, incluso a ella, empezaba a parecerle sumamente inquietante.

—O también puedes quedarte aquí esta noche si prefieres esperar a que escampe —sugirió—. Dejaré la ventana abierta, de todas formas, así que puedes hacer lo que te dé la gana. Menos volver a picarme. Eso está prohibido. Prohibidísimo.

Dejó escapar un profundo suspiro y levantó de nuevo la cara hacia la lluvia. Estaba agotada, realmente agotada.

—Siento que no hayas tenido un encuentro más afortunado —murmuró cerrando los ojos, disfrutando así de la humedad de la noche—. De todas las ventanas abiertas esta noche en esta región, has tenido que atravesar la de la única bruja negra y villana exiliada de todo Salem.

El cuervo soltó un inesperado graznido que la hizo abrir los ojos y volverse hacia él. El pájaro pareció mirarla ahora de la cabeza a los pies, estremeció su pequeño cuerpo, atusándose las plumas y se encogió un poco más, dejando claro que, al menos por el momento, iba a quedarse allí mismo.

—Como quieras —sonrió al animalito—. Estás en tu casa.

Con eso, le echó un último vistazo a la lluviosa noche y se volvió para prepararse para dormir.

Iba a necesitar todas sus fuerzas para enfrentarse a la nueva tarea que tenía por delante, una que prometía ser la más difícil y delirante de toda su vida.

***

Una persona cualquiera se despertaría de manera paulatina, rezongando un poco por no querer salir de debajo de las sábanas, incluso remolonearía un poco, pero ni ella era una persona normal, ni estaba en un lugar de gente normal.

—¡No puedes sacrificarlo en el comedor!

Segis se incorporó en la cama de golpe, con el sol de la mañana atravesando las cortinas que se mecían con el viento y aquel grito atravesando las paredes como el de una jodida *banshee.*

Y no fue el único.

—¡Las normas no especifican nada sobre dónde hacerlo y la hora del desayuno me parece perfecta!

Oh, por todos los demonios.

Hizo a un lado las mantas, intentó desenredarse de las sábanas, solo para acabar cayendo al suelo con ellas. El golpe fue suficiente para espabilarla.

—Me cago en mi… suerte —rezongó.

Se revolvió en el suelo, pateando hasta conseguir liberarse. Para entonces ya jadeaba como si hubiese corrido una maratón. La trenza en la que se solía recoger el pelo para dormir estaba medio desecha y su pijama rosa de gatitos se le había resbalado por las caderas hasta casi dejarla en bragas.

—¡En este comedor solo se sirve mi comida! ¡Vete a desangrar al humano a otro lado!

—Ay, Dios mío —gimió. Las voces venían justo de debajo de ella, con lo que alguien tenía que estar discutiendo en el pasillo de la primera planta—. ¿Es que no le dejan ni lavarse la cara a una, joder?

Recogió su chal, se lo echó por los hombros y se dirigió a toda velocidad hacia la puerta, tropezando con su propia maleta.

—Mierda, mierda, mierda… —Empezó a saltar sobre un pie, pues el otro acababa de dejarse los dedos desnudos contra aquel maldito objeto—. Zapatillas, Segis, ponte las putas zapatillas.

Acabó delante del tocador solo para encontrarse cara a cara con esos ojillos negros. El cuervo estaba allí encima, mirándola fijamente.

—Oye, sigues aquí. —Y, absurdamente, aquello la alegró—. ¿Te encuentras mejor?

El ave ni se inmutó, parecía una estatua, lo cual era de lo más inquietante.

—Tomaré eso como un sí —murmuró, haciendo una mueca.

—¿A dónde vas con esa sierra?

El nuevo grito fue suficiente para devolverle la sensación de inmediatez.

—Te dejo la ventana abierta por si no eres de los que madrugan y prefieres irte más tarde —le dijo, coló los pies en las zapatillas, abrió la puerta y salió disparada.

Llegó al piso de abajo sin matarse por las escaleras, lo cual era una muy buena señal. El vestíbulo estaba completamente vacío, lo dejó atrás y recorrió el pasillo, guiándose por las voces que salían del comedor.

—Suéltalo inmediatamente.

—¡El ritual ya ha comenzado!

—¡Eso es un invitado, no material para un sacrificio!

Segis cruzó el umbral del comedor y se detuvo en seco, observando con una mezcla de incredulidad y bochorno la escena ante ella.

Las mesas habían sido hechas a un lado y en el centro de la enorme habitación había dibujado un círculo de invocación. Unas velas negras titilaban encima de las mesas, había un incensario del que salía un humo verde con un olor azufrado y, en medio de todo eso, un hombre atado a una silla.

Parpadeó varias veces, esperando que la imagen desapareciese, pero no sirvió de nada. No estaba teniendo alucinaciones, aquello estaba ocurriendo de verdad.

—¿Qué coño está pasando aquí?

El hombre atado a la silla levantó la mano tanto como pudo, pidiendo la palabra.

—Eso es algo que llevo intentando averiguar los últimos veinte minutos —aseguró este. Sus ojos estaban vidriosos y tenía una sonrisa bobalicona en los labios.

—¿Está drogado?

—Es posible, porque el viaje está siendo la hostia. —Se rio bajito, solo para echarse a llorar un segundo después—. La verdad es que ni siquiera sé qué hago aquí. ¿Dónde es aquí, por cierto?

Segis se llevó las manos a la cabeza.

—Señorita Blackwood, la señora Wren dice que quiere sacrificar al repartidor antes del desayuno. —La avisó la ayudante de cocina,

con visible exasperación—. Es el chico que nos trae las conservas de pescado.

—Por eso mismo merece morir —declaró la figura encapuchada.

—¿Perdón? —Volvió lentamente la cabeza hacia la figura encapuchada, intentando asimilar lo que acababa de decir.

La capucha resbaló hacia atrás, revelando a una anciana de rostro apergaminado y con los labios tan apretados que era una visión realmente imponente. Y estaba cabreada, bastante, a juzgar por el brillo de sus ojos.

—Las tradiciones se están perdiendo —gruñó, señalando con un gesto al pobre tipo—. Antes una podía sacrificar viajeros o al primero que llamase a tu puerta y nadie ponía pegas, ¿pero ahora? Ahora te piden incluso que rellenes no sé cuántos papeles y te saques una licencia.

—¡Eso era en la Edad Media, señora Wren! —chasqueó la ayudante de cocina, visiblemente hastiada—. ¡Los tiempos han cambiado! ¡No puede ir por ahí ritualizando a gente sin que luego venga la Policía a husmear y hacer preguntas sobre los desaparecidos! ¡Nuestro horno no sirve para incinerar las pruebas!

—¡La juventud se ha vuelto débil!

A estas alturas era casi como mirar un partido de tenis, donde la pelota iba de un campo a otro. Y, entre medias, el repartidor volvió a levantar la mano.

—Disculpen, ¿alguien podría aclararme si realmente voy a morir? —preguntó como quien habla del tiempo—. Es para saber si tengo que hacer testamento y dejárselo todo a mi perro.

Abrió la boca, solo para volver a cerrarla.

—Estamos en negociaciones, joven —le informó la señora Wren.

—No, no, no, no —negó ella de inmediato—. Nada de negociaciones. Aquí no se practican rituales, ni sacrificios, ni nada de nada…

—¡Señorita Blackwood!

Pegó tal bote que casi se sube encima de una silla. Se giró sobresaltada hacia la puerta para ver quién acababa de pronunciar

su nombre de aquella manera. Y, por supuesto, solo podía ser una persona, ¿verdad?

—No es lo que usted piensa… —Levantó las manos, diciendo lo primero que se le pasó por la cabeza. Sin duda, la frase más trillada de la historia y la que siempre decían los culpables de algo.

Dios del cielo. ¿Cómo podía alguien tener tan buen aspecto y parecer al mismo tiempo tan amenazador antes de las nueve de la mañana?

Ivar Vinter era la representación física de que los nórdicos tenían unos genes magníficos. Su piel clara, pelo rubio y ese rostro esculpido por los dioses contrastaba con el tono monocolor de su atuendo. Llevaba la camisa negra con las mangas remangadas, dejando ver unos impresionantes antebrazos libres de vello, pero cubiertos con símbolos mágicos. Vestía además con un chaleco oscuro y corbata, por no hablar de que ese pantalón le hacía una cinturita que…

Segis tragó saliva al encontrarse con su rostro y la expresión de estar dispuesto a lanzar a alguien por la ventana.

Maldita sea. Aun así, seguía estando escandalosamente bueno.

Esos ojos azules recorrieron la escena con lentitud. Era imposible que no viese el símbolo en el suelo, las velas encendidas, el humo narcotizante y, sobre todo, al rehén.

—Explíqueme por qué hay un ritual de sacrificio humano en el comedor y quién le ha dado permiso para realizarlo.

Levantó las manos en alto, como si la señalasen con un arma.

—Eso no ha sido cosa mía —declaró al momento.

—Oiga, no ofenda, guaperas, que la que ha capturado al mozo y ha hecho todo el trabajo duro soy yo —replicó la señora Wren toda malhumorada—. Esa no sabría ni dónde clavarle el cuchillo.

—¿Ah? ¿Al final sí van a clavármelo? —intervino el repartidor.

—No, nadie va a clavarle un cuchillo —le aseguró ella—. ¿Verdad que no, señora Wren?

—Eso está por verse —resopló la anciana.

—Nada de sacrificios en el comedor —insistió la ayudante de cocina, llevándose las manos a las caderas.

Por Dios, esto se le estaba escapando de las manos y su supuesto supervisor se estaba limitando a mirar todo con ojo crítico, incluida a ella.

—Me previnieron sobre usted, aunque he de reconocer que pensé que exageraban… —mencionó él, llevándose la mano al bolsillo del pantalón para sacar una pequeña libreta y el bolígrafo.

¿No era la misma libretita que había sacado anoche?

Presionó el émbolo del bolígrafo, se mojó la yema del dedo y empezó a pasar páginas hasta encontrar la que quería.

—Incidente número cuatro —anunció en voz alta.

—¿Número cuatro? —Segis empezó a palidecer—. ¿Cuáles han sido los tres anteriores?

—Intento de sacrificio ritual en zona común, sin autorización previa, licencia y en horario de desayuno —recitó, ignorándola a medida que escribía—, por una sacerdotisa vudú.

—¡Las normas no prohíben explícitamente los sacrificios matutinos, joven! —protestó la señora Wren.

El enviado de la Organización levantó lentamente la vista.

—Ahora sí.

El rostro de la anciana empezó a ponerse completamente rojo. Estaba ofendidísima.

—La burocracia está destruyendo este país —declaró, levantando un huesudo dedo en el aire—. En mis tiempos estas cosas no ocurrían…

Segis decidió aprovechar que ambos parecían dispuestos a entrar en combate para correr hacia el círculo. Desdibujó la línea con el pie, rompiendo cualquier tipo de poder que pudiese habérsele imbuido y desató rápidamente al pobre repartidor.

—Hostia, mami. ¿Cuándo has adelgazado tanto? —El tipo la miró con ojos vidriosos, completamente drogado.

—Me temo que no soy tu *«mami»* —murmuró, volviéndose hacia los demás—. Vamos a calmarnos todos un poco, ¿de acuerdo?

Ayudó al hombre a ponerse en pie, solo para soltarlo de golpe, haciendo que el pobre se diese de morros con el suelo cuando vio la planta carnívora de Catherine pasando por la puerta sobre un

patinete. Si eso no era ya lo bastante raro, el que llevase una salchicha en la boca lo superaba.

Nadie hizo una sola pregunta al respecto, ni tampoco se sorprendió, así que se apresuró a recoger de nuevo al hombre y señaló a la ayudante de cocina el incensario—. Deshazte de eso y que alguien abra las ventanas para ventilar.

—¿Abrir las ventanas? —La chica dejó escapar un resoplido de risa—. Eso sí que tiene gracia.

Con todo, recogió el objeto y se lo llevó mientras murmuraba: *«um, qué bien huele».*

—¿Se encuentra usted bien? —volvió a centrarse en el repartidor, que ahora tiraba del pantalón de su pijama.

—Joder. Estoy viendo gatitos.

—Sí, muy bien. Gracias a Dios no se ha quedado ciego.

—No eran sus ojos los que me interesaban —chasqueó la señora Wren—. Los corazones son mucho mejores.

Hizo una mueca mientras se esforzaba por que el hombre se pusiese en pie.

—¿Alguien puede echarme una mano, por favor? —gimió. El tipo pesaba demasiado para ella sola.

—Antes la gente apreciaba los sacrificios —gruñó la anciana—. Había respeto. Elegancia. Ceremonia…

—Joder, ¿ha vuelto a secuestrar a otro repartidor, señora Wren? —preguntó Catherine, quien cruzó la puerta para venir a desayunar —. ¿Cuántos van ya este mes?

—Tres. Pero este era el mejor de todos, si me dejasen tan solo arrancarle el corazón…

—No —respondieron tanto Ivar como ella al mismo tiempo, lo cual fue toda una novedad.

—Señorita Catherine, su planta acaba de pasar por aquí —le informó el supervisor—. Espero que haya encontrado ya su licencia y los papeles estén en regla.

Y dijo aquello mirándola a ella. ¡A ella!

—¿Por qué me mira a mí? ¡La planta es suya!

—Este hostal no cuenta con licencia para ese tipo de mascotas, señorita Blackwood —le informó sin despeinarse—. Su presencia es

una clara violación de las normas.

Segis volvió a dejar caer al tipo.

—¡Venga ya! ¡Si yo he llegado aquí ayer!

—Excusas. —Cerró la libreta de golpe y señaló a uno que entraba en esos momentos por la puerta—. Recojan al humano y devuélvanlo a su furgoneta. Con el colocón que lleva, no se enterará de nada. —La miró, de nuevo de arriba abajo—. Eso la librará de otra sanción.

Abrió la boca para decir algo, pero no sabía qué narices responder ante tamaña estupidez. Por suerte, el ama de llaves apareció entonces llevando una bandeja de tostadas.

—¿Ya hemos terminado con el sacrificio? —preguntó mirando hacia aquel despliegue ritualista—. Bien. El desayuno está listo, así que recojan todo esto y vuelvan a poner las mesas en su sitio. Segis, querida. Si ya has terminado de mirar al señor Vinter como una pazguata, haz el favor de subir arriba y vestirte. Normas de la casa, querida. Nadie desayuna en pijama.

Bajó la mirada sobre sí misma e hizo una mueca. Prácticamente se había olvidado de lo que llevaba puesto. Se volvió de nuevo hacia el tipo y vio que volvía a sacar la libreta.

—¿Qué se le ha olvidado anotar ahora?

La señaló con el bolígrafo.

—Anotaré las normas sobre etiqueta en el desayuno —le dijo y, tal y como había llegado, dio media vuelta y se fue sin dejar de escribir.

CAPÍTULO 3: Alguien ha maldecido la lavandería del sótano.

El cuervo decidió quedarse. No era un gran conversador, aunque se le daba bien escuchar y, teniendo en cuenta la semana que llevaba, para Segis eso era más que suficiente.

Si volver a la mansión en la que se había criado era extraño, el verla cambiada y llena de gente —por llamarlos de alguna manera y no ofender a nadie—, era una experiencia indescriptible. Y no precisamente en un sentido favorable.

Puede que ella no fuese la bruja negra más competente de todas, pero al menos todavía conservaba algo de sentido común, cosa que escaseaba en el interior de aquellas antiguas paredes.

Tenía que haberse imaginado que un nombre como: *«Pensión Blackwood para villanos retirados»* no podía ser tan elegante como parecía a simple vista. En honor a la verdad, había esperado encontrarse con una institución refinada, llena de gente importante que había llegado al final de su vida como villano y que simplemente quería retirarse. Algo así como una de esas asociaciones para veteranos de guerra.

En cambio, se había encontrado con *El Circo de los Horrores.*

Cuanto más tiempo pasaba en aquella casa, más convencida estaba de que la organización la utilizaba para apartar a todos los miembros que habían dejado de resultar útiles. Cada huésped era una pieza defectuosa que ya no encajaba en sus estándares. Como las ejecuciones habían quedado obsoletas, por no mencionar que eran bastante costosas y difíciles de ocultar en los tiempos modernos, y alguna familia podía además tomárselo como una ofensa personal, preferían deshacerse de los miembros sobrantes de una forma más elegante.

Así que, sí. A grandes rasgos, su antigua casa natal se había convertido en el contenedor de desechos de la *Organización de Villanos Unidos* y ella en la gerente de aquel circo. Después de todo, no convertían a una bruja negra en responsable de una pensión para jubilados por méritos extraordinarios.

Y, por si la humillación no fuese suficiente, la organización incluso le había asignado un vigilante. Ivar Vinter llevaba una semana paseándose por la pensión, siempre con aquella maldita libreta entre las manos, observándolo todo con la misma expresión fría con la que un verdugo afilaba un hacha.

Dejó escapar un largo suspiro, se pasó el brazo por la frente perlada de sudor y entrecerró los ojos ante el sol de la mañana. No es que hiciese un calor insoportable. De hecho, el aire fresco ayudaba a templar el ambiente, pero se había metido en el jardín a arrancar hierbajos como si tuviese algo contra ellos. Durante el último par de horas había desarrollado una especie de contienda con la maleza, prefería estar aquí fuera, peleándose con el terreno, y no dentro, con la mirada inquisidora de Ivar sobre ella. El supervisor había adquirido la mala costumbre de señalarla como responsable de cada desastre que ocurría en la casa, incluso aunque ella no estuviese ni siquiera en la habitación o tuviese algo que ver.

—Espera y verás, Segis, seguro que encuentra algo nuevo de lo que hacerte responsable, como el que no crezcan adecuadamente las plantas o el jardín esté lleno de maleza —rezongó, rodeando otro puñado de hierbas con las dos manos—. Y le dará igual que tú no hayas pisado este lugar en siete años. Te echará la culpa.

Arrancó la hierba con saña, dando un traspié y equilibrándose en el último momento para no caerse encima del espino.

—Si trabajases más y hablases menos, ya habrías terminado de limpiar esa parte, Segis.

Levantó la cabeza hacia la fachada de la casa, desde la que Gerald había decidido hacer de vigía. O, mejor dicho, de viejo artrítico con incontinencia verbal.

La gárgola se había trasladado al tejadillo del porche para recibir los rayos del sol sobre su cuerpo de piedra y así calentar sus viejas articulaciones. Después de la primera hora de quejas y

batallitas, le quedó claro que no debía de tener muchas oportunidades para charlar, porque la lengua todavía no se le había secado.

—Si alguien se hubiese encargado antes del jardín y del mantenimiento de los terrenos, no tendría que estar yo aquí, haciéndolo ahora.

—Claro que sí —bufó el ser—. Porque no has venido al jardín a esconderte del dios nórdico con complejo de inspector de hacienda que se pasea por toda la casa con esa libreta diabólica en la mano, ¿verdad?

Pudo sentir el calor en las mejillas y se alegró de estar ya acalorada, pues evitaba que la delatase el sonrojo.

—Si es que, menudo carrerón llevas, hija. Te echan por incompetente, te mandan al geriátrico de los villanos a vigilar a otros incompetentes y, aún encima, te ponen una niñera, no vaya a ser que hagas algo drástico como incendiar la casa o inundarla de sapos. —Dejó escapar un suspiro nostálgico—. Nunca olvidaré la vez en que hiciste tu primera invocación. Solo tenías que llenar el estanque de sapos venenosos, pero en lugar de eso aparecieron flamencos.

Su sonrojo fue a mayores. Aquel había sido su primer intento de hacer magia negra y no le había salido demasiado bien.

—Al menos eran negros —le recordó, apuntándole con el dedo.

—Con las patas rosa fluorescente —concretó la gárgola con su habitual sarcasmo—. Y brillaban en la oscuridad.

—Era una bruja joven…

—Ahora ya se te ha pasado el arroz y sigues siendo igual de mala… y no en el buen sentido, ya sabes —replicó, moviéndose con ese rechinar propio de la piedra—. Mis rodillas. Esta artritis me está matando…

Se abstuvo de hacer comentario alguno al respecto, esa gárgola tenía una habilidad única para insultarla y no estaba dispuesta a escucharle decir otra vez lo poco que se parecía a los demás miembros de su familia.

—¡Devuélveme los calzoncillos, espíritu inmundo!

La voz nasal y penetrante resonó como un eco por el jardín.

—Ah, ya ha empezado otra vez —suspiró Gerald, cambiando de nuevo de posición.

—¡Eso era seda egipcia!

Otra voz distinta se unió a la primera y esta vez reconoció el timbre.

—¿Qué demonios…?

—El sótano —señaló la gárgola—. Alguien ha debido embrujar de nuevo la lavandería.

Sus ojos cayeron de inmediato en los huecos de ventilación que había a la altura de los cimientos de la casa e hizo una mueca instantánea.

—Ay, no —gimió, se sacó los guantes de jardinería, la pamela con la que se había estado protegiendo del sol y voló hacia la casa.

Entró solo para detenerse en seco al ver a Basilio enroscado en torno al perchero que alguien había instalado en el vestíbulo mientras daba cuenta de lo que parecían ser… ¿Calcetines?

—Basi, ¿qué estás…?

—¡Te dije que no lavases prendas malditas si no era después de medianoche! ¡Les sienta fatal la luz!

Los gritos venían desde el final del pasillo. Echó un último vistazo al basilisco, optó por ignorarlo y corrió hacia las voces. La puerta del sótano estaba abierta y un conocido olor a azufre emanaba de su interior junto con un particular humo verde que estaba empezando a reptar a ras del suelo.

—¡Joder! ¡La secadora tiene dientes y está masticando las camisas!

Segis cerró los ojos un instante. No quería atravesar esa puerta y mucho menos bajar las escaleras, pero con semejante panorama no podía arriesgarse a que aquello escalase. O aún peor, que el señor Vinter añadiese otra falta más a esa maldita libreta.

Respiró hondo y empezó a bajar las escaleras. Sus pies desaparecieron dentro de aquel humo verde que le llegaba a los tobillos, unas burbujas de jabón del mismo tono verdoso aparecieron también flotando en el aire y, cada vez que una explotaba, pegaba un pequeño chillido.

Por Dios. Eso se parecía demasiado a una maldición que había salido mal. Nadie mejor que ella para reconocer el patrón.

El sótano estaba tal y como lo recordaba, con ese aspecto de bodega de vino antigua, aunque había una zona que habían modernizado para dar cabida a varias lavadoras industriales y secadoras. Era allí donde estaban reunidos varios huéspedes y de donde procedía el humo y las burbujas. El olor de la magia negra del más bajo nivel perfumaba el ambiente, despejando cualquier duda de lo sucedido.

Abanicó el aire frente a ella con la mano, haciendo explotar algunas burbujas que emitían nuevos chillidos. Las lámparas del techo se movían ligeramente, la luz de las bombillas titilaba y una de las secadoras tenía tal dentadura que asustaba solo con verla. Y ya no digamos al verla escupir pedacitos de tela.

—Mi camisa…

Pero aquello no era más que una parte del desastre, porque también había ropa volando.

Segis abrió los ojos desmesuradamente cuando una sábana se lanzó directa hacia ella como un fantasma furioso, envolviéndola con tan mala leche que a punto estuvo de estrangularla. Consiguió quitársela de encima, solo para que la traicionera hiciese otro pase que esta vez esquivó agachándose.

—¡La madre que me parió! —jadeó, permaneciendo por debajo de la línea de vuelo—. ¿Quiere decirme alguien qué coño ha pasado aquí?

Los histéricos ladridos de Trevor dirigieron su atención hacia el otro lado de la habitación, donde Trevor corría en círculos ladrándole a unos pantalones embrujados, mientras Catherine, su dueña, intentaba atrapar un sujetador que parecía haber desarrollado conciencia propia.

—¡No vas a encontrar otras tetas mejor que las mías! —gritaba la invocadora—. ¡Y me costaste un riñón! ¡No te vas a largar!

El inconfundible sonido metálico de la armadura del señor Valessi trajo consigo al hombre, que parecía estar batiéndose en duelo singular con una camisa hawaiana. Y lo peor de todo es que la camisa parecía llevar las de ganar.

—¡Muere, maldita bestia! —gritaba el hombre, dejando escapar esa risa malvada tan perfecta, aunque algo achacosa por la edad—. ¡No podrás conmigo! ¡Soy invencible! ¡En mis años mozos me enfrenté a dragones, a brujos e incluso a una suegra!

—¡Esa es mi camisa de verano! —gritaba Arnold horrorizado—. ¡No la asesines!

La camisa, quién parecía haber desarrollado entidad propia, se volvió en redondo y se abalanzó sobre este, intentando morderle. La puta prenda tenía una sonrisa llena de dientes que dejaba en ridículo la del *gato Cheshire*.

Todo aquello resultaba tan ridículo y absurdo que Segis se vio superada por lo que había a su alrededor y necesitó de unos segundos para asimilarlo.

—¿Qué coño ha pasado aquí?

Siguió el humo verde hasta un registro en el suelo y las burbujas hasta una de las lavadoras más cercanas. Dos orígenes distintos que sugerían dos hechizos divididos o una maldición que había salido mucho peor que cualquiera de las suyas.

Las voces estallaron por encima del caos, superponiéndose unas a otras. Todos hablaban a la vez, mientras Trevor seguía ladrándole, ahora desde otra zona distinta del sótano, a los malditos pantalones.

—¡Alguien mezcló detergente bendito con suavizante nigromántico! —Catherine señaló las burbujas verdes que salían de una de las lavadoras—. La ropa ha salido disparada de la lavadora y ha empezado a atacar a todo el mundo aquí abajo —resopló, gesticulando hacia su propio sostén, quien estaba usando uno de los cierres con corchetes a modo de lengua para hacerle una pedorreta.

—¡Y la secadora ha troceado mis sábanas de seda egipcia! —se quejó Mary Ann, la ayudante de cocina. Y, a juzgar por el placer con el que masticaba dicho electrodoméstico, no era lo único que acabaría hecho pedazos.

—¡Mis calzoncillos intentaron ahorcarme!

Todos miraron a Arnold con distintas expresiones en su rostro.

—Dudo que eso fuese accidental —murmuró Catherine, ganándose una mirada fulminante del verdugo.

Cerró los ojos un segundo, inspiró hondo y acabó tosiendo por el olor a azufre que se le metió en la garganta.

—Joder… —Miró de nuevo el registro en el suelo y se abrió paso entre los presentes para ir hacia él. El humo verde seguía saliendo de su interior—. ¿Por qué hay una maldición emergiendo del registro del agua?

—Esa, señorita Blackwood, es una respuesta que me encantaría conocer.

Segis dio un respingo al escuchar aquel tono de voz. Era igual que sentir una mano helada recorriéndote la columna vertebral. Una mano *sexy*, sí, pero con muy, pero que muy mala idea. Contó mentalmente hasta cinco antes de girarse lentamente y plantar una sonrisa en sus labios. Antes muerta que mostrarle a ese hombre la angustia que le provocaba su presencia.

Ivar Vinter tenía el aspecto impoluto de siempre. Había dejado el abrigo a un lado y ahora vestía tan solo con camisa, chaleco y esos pantalones con pinzas que le hacían un culo de primera. Su rostro pétreo seguía siendo muy atractivo, del mismo modo en que sus ojos parecían atravesarle el alma.

—Buenos días, señor Vinter —lo saludó—. ¿Le puedo ayudar en algo?

Enarcó una ceja con visible ironía y señaló con el bolígrafo el registro del que seguía saliendo ese denso humo que ya se extendía como una neblina cubriendo todo el suelo del sótano y ascendía por las escaleras hacia la planta superior.

Ese hombre no soltaba esa dichosa libreta ni a tiros.

—¿Qué ha hecho ahora?

Resopló, llevándose las manos a las caderas con gesto indignado.

—¿Por qué da siempre por hecho que yo tengo algo que ver?

—Su historial la precede.

—Mi historial no tiene nada que ver con lo que quiera que haya pasado aquí.

—La señorita Blackwood ni siquiera estaba hoy a cargo de la colada, señor Ivar —aseguró la ayudante de cocina—. Se ha pasado toda la mañana ahí fuera, arrancando hierbecitas.

Miró a la muchacha sin saber si agradecerle su defensa o no.

¿Hierbecitas? ¿En serio?

—Gracias, Mary Ann —controló su voz para evitar que sonase como si quisiera estrangularla y se volvió hacia el recién llegado—. Pero sí. He pasado toda la mañana en el jardín, así que no he podido…

—*Catástrofe número nueve:* Se le encargó convertir el agua del río de la aldea en sangre. La maldición fue lanzada a dos kilómetros de la aldea. El resultado fue que el río siguió claro y transparente, mientras que todos los grifos de las distintas casas empezaron a verter zumo de uva.

—¿Lleva usted un registro de todas mis fechorías? —preguntó casi sintiéndose orgullosa de que las tomase en cuenta.

—Señorita Blackwood, lo que usted llama *fechoría*, yo lo llamo *incompetencia* —afirmó con esa sequedad suya—. Si pudo cometer aquel… desastre a dos kilómetros de distancia, es de suponer que no le costaría nada hacerlo desde el jardín.

—Que yo no he lanzado ninguna maldición ni recitado hechizo alguno, jolín —rezongó, dando un pisotón en el suelo. Su intento de parecer adulta y competente se fue a la mierda con aquellas palabras—. Me acusa sin tener pruebas, señor mío.

La miró de arriba abajo y luego el registro.

—Usted es la única prueba que necesito, señorita.

Aquello la ofendió muchísimo.

—¿Cómo se atreve? —Volvió a dar otra patada en el suelo—. Si tuviese intención de embrujar o maldecir la lavandería, utilizaría un hechizo concreto y no algo que… No sé ni para qué sirve, la verdad.

—Se suponía que tenía que disuadir a quienquiera que estuviera robando la ropa interior de las mujeres del hostal.

La voz baja, lenta y casi de ultratumba hizo que todos los presentes se volvieran hacia las escaleras. En el último escalón, vestida como una gótica emocionalmente deprimida, estaba Hermenegilda, la miembro más joven del hostal. Era una bruja de sangre, descendiente nada más y nada menos que de la mismísima Elizabeth Bathory.

Descendió el par de peldaños que le quedaban hasta el suelo y avanzó, arrastrando los pies y moviendo la niebla hasta acuclillarse ante la rejilla del suelo.

—Hice un popurrí con algunas hierbas venenosas, unas pastillas de menta y unos cuantos cabellos de la cocinera, para aportarle fuerza. —Hizo una mueca—. Y le añadí una gota de sangre. —Sus ojos se abrieron un poco y adquirió una sonrisa siniestra—. O debería haber sido una gota, pero me emocioné un poco… —Levantó la cabeza y su expresión fue decayendo de nuevo hacia la depresión—. Creo que arriba las cortinas han empezado a cantar. Basi se las está comiendo.

—A la señora Drekka le va a dar algo.

—¿A la señora Drekka? El pobre Basi va a terminar cogiendo tremenda indigestión —resopló Catherine, posando la mano sobre su hombro—. Lo dejamos todo en tus manos, Segis.

Y, sin otra palabra, se dirigió hacia las escaleras y empezó a subirlas de dos en dos.

—Basi, cielo, no comas más cortina que te vas a indigestar.

—Por cierto. Siento lo de la humareda, sin embargo, la maldición ha funcionado —añadió la emo, mirando hacia arriba—. He encontrado al ladrón de ropa interior.

—¿Ah, sí? —se interesó Mary Ann—. A mí me han estado desapareciendo bragas. Pensé que era la lavadora la que se los comía, al igual que los calcetines…

La bruja negó muy lentamente con la cabeza.

—Fue el *bokor* de la habitación del ático.

—¿El hechicero vudú? —preguntó Ivar.

—¿Tenemos un hechicero vudú? —¿Por qué nadie le hablaba de esas cosas?

—¿Lleva aquí una semana y no sabe que tiene un huésped de esa categoría?

—No se deja ver mucho —aseguró Arnold, como si eso lo explicase todo.

—¿Y para qué narices quiere un hechicero vudú ropa interior femenina?

—Me dijo que estaba haciendo un hechizo para elegir a *Miss Bragas Bonitas* —respondió la chica, con esa forma de hablar lenta y melancólica que la estaba poniendo de los nervios.

No sabía si estar agradecida de que un brujo vudú hubiese pasado de revolver en el cajón de su ropa interior u ofenderse por haber sido excluida una vez más.

—Y prometió que la próxima vez pediría permiso primero —concluyó la chica. Se incorporó, estiró ambos brazos, juntando las muñecas, y se dirigió al supervisor—. Ya puede llevarme presa, señor Ivar. Lléveme a la primera cámara de tortura que tenga.

—Eso no será necesario, señorita Hermenegilda —respondió él, volviéndose en cambio hacia ella—. Un administrador que no sabe los huéspedes que tiene en su edificio es una falta grave.

—¿Qué? —Abrió los ojos como platos—. Oiga, espere un momento…

—Práctica de hechicería sin supervisión, efectos adversos por una mala ejecución y una maldición sin registrar… —Enumeró antes de bajar la mirada sobre la libreta y empezar a escribir—. Como no empiece a ponerse pronto las pilas, va a tener muchos más problemas, señorita Blackwood. Su incompetencia es cada vez mayor.

Con ese último apunte, cerró la libreta, la miró de nuevo de arriba abajo y señaló con un gesto displicente.

—¿A qué espera? —Enarcó una ceja—. Arregle esto.

Se señaló a sí misma con un dedo.

—¿Que lo arregle yo?

—¿Quiere que se lo ponga por escrito?

Ese hombre tenía una habilidad especial para cabrearla, no le cabía duda y, además, se le daba horriblemente bien.

—*Um*, ¿señorita Segis?

—¡Qué! —Alzó la voz, irritada hasta el extremo con ese maldito hombre.

—Está que echa humo —mencionó el señor Valessi con un gesto de su guantelete. En torno a los dedos articulados de la armadura había hilos de su magia—. Humo muy negro.

Bajó la mirada sobre sí misma y maldijo.

—Lo siento —respiró hondo y volvió a toser. Ese maldito humo verde le picaba en la garganta, estaba irritada y a un salto de estrangular a ese maldito supervisor. Se tomó un instante para serenarse y se dirigió a los huéspedes de la pensión—. Será mejor que suban al piso de arriba. Intentaré… deshacer esto.

—¿Está segura? —La falta de confianza en la voz del verdugo la hizo resoplar.

—La señorita Hermenegilda me asistirá, ya que ha sido la promotora de esto —decidió, mirando a la muchacha.

—Si usted lo dice… —Ni siquiera la propia artífice de este desastre estaba segura de poder ponerle fin.

—Estamos apañados —rezongó el señor Valessi, dirigiendo sus pesados pasos hacia las escaleras.

—Sigo esperando, señorita Blackwood —le recordó Ivar.

—Le aconsejaría que se apartase un poco, señor Vinter.

—Estoy bien aquí —aseguró él. Llevándole la contraria, cómo no.

—Como quiera… —resopló y añadió para sí misma—. Luego que no diga que no le avisé.

La máquina de las pompas de jabón eligió ese momento para empezar a emitir una serie de tosecillas que iban en ligero aumento, pasando de una ligera carraspera a un fumador empedernido que ya tiene los pulmones calcinados.

—Eso no suena bien… —mencionó la joven bruja a su lado, dando un par de pasos hacia atrás—. Puedo anular la maldición, pero eso… no ha sido obra mía. Aunque puedo sacrificarme por los demás si eso aumenta mi pena y me torturan en la mazmorra.

Segis la miró de soslayo y sacudió la cabeza.

¿Qué coño le pasaba a la juventud de hoy en día para disfrutar tanto de una mazmorra como de una sesión de spa?

—Dijeron que mezclaron jabón celestial con suavizante infernal o algo así —recordó y, esa combinación no podía ser buena.

El sonido fue incrementándose, la secadora empezó a escupir con más ímpetu lo que llevaba dentro, hasta el punto de temblar. Las tuberías también empezaron a rechinar.

—Puede que eso sí sea consecuencia de la maldición —corrigió entonces la chica—. El exceso de sangre, ya sabe...

—Por todos los dioses del averno, ¿quiere hacer el favor de acabar con esto? —resopló Ivar, quien se estaba impacientando—. No tenemos todo el día, señorita Blackwood.

Ambas máquinas continuaron haciendo ruidos raros, la mentada neblina empezó a salir ahora también de ellas, junto con esas malditas burbujas gritonas, y Segismunda Blackwood lo supo tan bien como sabía su nombre.

Aquello era muy mala señal.

—¡Cuerpo a tierra, todo el mundo!

Se giró como un rayo, tropezó con sus propios pies y acabó cayendo al suelo sobre el confundido vigilante.

Un segundo después, todo saltó por los aires, literalmente.

Su magia actuó de manera automática, protegiendo a las tres personas que estaban allí abajo, evitando que los pedazos de los electrodomésticos, las tuberías y el confeti verde en el que acabó convirtiéndose todo a causa de la maldición, cayesen sobre ellos.

Al estruendo le siguió el silencio, uno bastante raro, de hecho, porque Segis había aterrizado prácticamente encima de Ivar, respirando agitadamente mientras pequeñas sombras seguían escapando de sus dedos.

Sus miradas se sostuvieron durante unos largos segundos y, en esa proximidad, ella se dio cuenta de varias cosas: ese hombre era duro como una roca y olía de maravilla y sus ojos eran incluso más azules a esta distancia.

—Bueno… creo que ya está —murmuró ella, incapaz de moverse.

—¿Esta es la manera en la que arregla habitualmente las cosas, señorita Blackwood?

Se lamió los labios e hizo una mueca.

—Solo cuando yo no soy la que las causa.

Él resopló, le puso las manos en la cintura y la empujó.

—Levántese, por favor.

Se incorporó con rapidez, abandonando ese cálido y duro cuerpo, solo para encontrarse a la bruja de sangre sentada en el

suelo con las piernas cruzadas y una expresión de pura dicha en el rostro.

—Esta ha sido la mejor experiencia de mi vida —aseguró la chica con voz soñadora—. Estar a punto de morir aplastada por una secadora diabólica y una lavadora maldita. Oh, cómo amo este lugar.

Segis sacudió la cabeza, miró a su alrededor y levantó los brazos, dejando que las volutas de su magia se fuesen extinguiendo.

—No. No pienso hacerme responsable de esto.

Y, sin una palabra más, dio media vuelta y subió las escaleras de una en una, dejando tras de sí a esa joven bruja perturbada y al *sexy* y puñetero vigilante.

CAPÍTULO 4: Prohibido alimentar al basilisco fuera de hora.

Segismunda Blackwood supo justo a la hora del té que alguien iba a morir en el comedor y, con toda probabilidad, iba a ser ella. Solo llevaba dos semanas como administradora de la pensión, pero sabía sin asomo de duda que el adorable basilisco que vivía en las cañerías y se paseaba por todo el edificio acababa de convertirse en su problema número… *no sé cuántos.*

Y todo porque parecía haber desarrollado unas cuestionables preferencias alimenticias.

—No, no, no, no —murmuró horrorizada al ver la escena que tenía ante sus ojos.

Acababa de bajar del ático, después de comprobar que el señor Graham no había perdido un brazo, una pierna o el ojo, como le había asegurado Hermenegilda en su última invocación. De hecho, lo único que descubrió fue que había hecho una muñeca vudú con su pelo —que a saber de dónde lo había sacado—, y planeaba practicar con ella un nuevo ritual.

Se la había confiscado a la velocidad de la luz y dejado sobre su tocador con la intención de encargarse de ella después. A Faustus, el cuervo que decidió quedarse a vivir en su habitación, debió de parecerle lo bastante espeluznante como para cogerla entre las patas y salir volando con ella por la ventana.

La muñeca era ahora la última de sus preocupaciones, porque Basilio la miraba desde el centro del comedor con esos enormes ojos amarillos y verticales que parecían demasiado adorables para pertenecer a una criatura tan letal. Sus cuernecitos negros, así como las espinas que descendían en dos fases, una desde la cabeza y otra desde la mitad de su longitud, a lo largo de su lomo, habían

adquirido un tono más oscuro que sus escamas, las que ya eran como pequeños fragmentos de ónice. Entre sus fauces colgaba algo negro, rectangular y todavía parcialmente entero.

La libreta de Ivar Vinter.

—Señorita Blackwood, llega usted justo a tiempo, para variar —anunció el supervisor, que permanecía inmóvil junto a la puerta, observando la escena con un silencio tan denso y amenazador que ninguno de los presentes se atrevía siquiera a respirar—. Esa cosa se ha comido su licencia de tenencias de mascotas especiales y va camino de hacer lo mismo con mi cuaderno.

—Bueno… —Levantó la mano, señalando lo obvio—. Técnicamente, todavía no se la ha comido del todo…

El basilisco emitió una especie de canturreo seguido de un sonido húmedo y se tragó el objeto.

—Ay, Dios… —gimió bajito—. Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios.

El silencio se hizo incluso más denso, seguido de esa lengua serpentina asomando de la boquita de Basilio.

—Estupendo —murmuró Ivar con una calma que le provocaba escalofríos.

La cocinera dejó la taza de café sobre la mesa.

—Yo no diría que esté estupendo, joven —repuso la mujer—. Ese cuaderno parecía importante.

—Lo era —confirmó, volviéndose hacia ella con una mirada fulminante.

¿Y por qué diablos la miraba? ¡Ella no había tenido nada que ver en todo esto!

—Pues ahora está en el aparato digestivo del basilisco —sentenció la señora Wren, removiendo tranquilamente el té—. La vida sigue.

El vigilante cerró lentamente los ojos y Segis reconoció aquella expresión. Era la misma que había puesto el día anterior, cuando descubrió que alguien había usado documentos oficiales de la Organización para encender la chimenea del salón.

Era increíble lo bien que prendía aquel tipo de burocracia.

—Basi… —Empezó ella con cautela, avanzando un paso—. Cariño. Vamos a devolverle eso al señor Vinter, ¿vale?

El basilisco ladeó la cabeza, adoptando una postura completamente adorable.

—Eso es. Buen chico. Ahora escúpelo, venga.

El reptil abrió la boca, mostrando unos afilados colmillos que habían acojonado a cualquiera, y empezó a desenroscarse. Un segundo después, vomitó una cucharilla.

La señora Drekka soltó un resoplido al reconocer el objeto.

—Ah. Así que ahí está la cubertería de plata oscura que había desaparecido —chasqueó la lengua, negando con la cabeza.

—¿Se ha comido más cosas? —preguntó Segis mirando al ama de llaves. Si alguien podía saber si faltaba algo en la mansión, era esa mujer. Era como un contable maldito la mayor parte del tiempo.

La mujer no respondió, pero tampoco lo hizo el resto de los presentes, lo cual era ya de por sí sospechoso. Los huéspedes de la pensión tenían opiniones para todo, incluso cuando no se les preguntaba. Miró alrededor del comedor y descubrió que todo el mundo estaba repentinamente interesado en su té, en el café o en los bocadillos que tenían en el plato.

Ni uno solo se atrevía a encontrar su mirada, salvo su vigilante, claro.

Arnold bebía café con muchísimo interés, Catherine silbaba mientras acariciaba a Trevor y el señor Valessi fingía concentrarse en untar mantequilla sobre una tostada pese a llevar guanteletes medievales. Incluso la cocinera había caído en un inusual mutismo e interés por la porcelana.

Entrecerró los ojos, sabiendo que allí había más de un culpable.

—De acuerdo, damas y caballeros… —Se llevó las manos a las caderas—. Desembuchen. ¿Qué han hecho?

—Nada —respondieron todos al unísono.

No había más culpables por metro cuadrado que en esa habitación.

Ivar dejó su posición junto a la puerta y avanzó hacia la criatura, a esa pequeña serpiente.

—¿Desde cuándo alimentan ustedes a esta criatura fuera de sus horarios establecidos?

La pregunta cayó como una sentencia judicial.

—¿Tiene horarios? —preguntó Catherine, fingiendo absoluta inocencia.

El supervisor la miró.

—Por supuesto que tiene horarios —confirmó con sequedad, antes de añadir—, y ha de llevar una dieta específica.

—Pues eso nadie nos lo había dicho —añadió la cocinera, sumándose a aquella fingida inocencia.

Esos heladores ojos azules se volvieron entonces sobre ella y solo pudo señalarse a sí misma con estupefacción.

—¿Por qué me mira a mí? —protestó—. Yo no sabía ni que los basiliscos tenían sistema digestivo hasta hace menos de dos semanas.

—Lo que no habla precisamente bien de sus actitudes como nueva cuidadora —rezongó él, volviendo a cuestionar su idoneidad para cualquier cosa que no fuese causar problemas, al parecer. A ese hombre no había quien lo bajase de semejante caballo.

—¿Disculpe?

—La criatura presenta claros síntomas de sobrealimentación y a la vista está que ha llevado una dieta deficiente si se come todo lo que encuentra a su paso.

Todos guardaron silencio y ella empezó a sentirse bastante incómoda con su reprimenda.

Jamás había tenido un basilisco, ni siquiera una pequeña serpiente. Su familia había sido muy estricta al respecto. Opinaban que no estaba preparada para hacerse cargo de una, puesto que a duras penas podía hacerse cargo de sus propios encantamientos y maldiciones. Faustus era lo más cercano a un animal de compañía que hubiese tenido hasta ahora, y esa pequeña criatura, en cierto modo, también.

Así que el que ahora Ivar le dijese que había sido negligente la hacía sentir culpable.

—¿Qué síntomas?

Ivar señaló con un gesto de la barbilla hacia la pared.

—En el vestíbulo han desaparecido un par de sombreros y de los paraguas solo queda el esqueleto —enumeró.

—Ay, no.

—También faltan tres cojines del salón, una escobilla del baño del segundo piso y parte de las cortinas del ala este —enumeró la señora Drekka.

—Pero las cortinas ya se las había comido antes —intervino Catherine—. No podemos culparle de todo.

—Se ha comido también las que colgué ayer.

La invocadora hizo una mueca de dolor.

—También se comió mis zapatillas de invierno —gruñó Arnold.

—Porque olían a demonio muerto —replicó la cocinera—. Te ha hecho el favor de evitar que te matasen ellas a ti.

Segis paseó la mirada de unos a otros con gesto incrédulo.

—¿Por qué nadie me informó sobre esto?

La señora Wren apareció por la puerta con su habitual malhumor. Llevaba toda la semana rezongando, porque le habían impedido sacrificar al pobre Trevor.

—Porque eres una incompetente —soltó tan frescamente la mujer.

El basilisco siseó alegremente al verla aparecer.

—Ay, mi niño precioso. —La anciana dejó momentáneamente su tarea y le rascó la barbilla a la criatura—. ¿Quién es la serpiente más bonita del infierno?

Basilio empezó a enroscarse, moviendo la punta de la cola como un jodido perro.

Las palabras de la mujer la delataron de inmediato.

—¿Lo ha estado alimentando usted? —Abrió los ojos como platos.

—Tú puedes matarte a ti misma de hambre si quieres, muchachita, pero esta serpiente necesita alimentarse bien.

—Se ha estado comiendo prácticamente la mitad de la pensión.

—Está creciendo.

—Es un *basilisco*, no un cachorro —señaló lo evidente.

—Y tiene mejores modales que muchos de los huéspedes —resopló la anciana, haciendo rodar los ojos.

El señor Valessi interpretó aquello como una ofensa propia, pues replicó al instante:

—Yo tengo unos modales excelentes.

—Sí, para la *Edad Media*, carcamal.

Y mientras esos dos se fulminaban con la mirada, si es que ese hombre veía algo a través del yelmo, el pollo cruzó el comedor perseguido por una tetera flotante que silbaba mientras dejaba escapar el vapor.

Nadie en la habitación reaccionó, lo cual daba muestra del nivel de rarezas que parecían darse en el lugar de manera cotidiana.

Segis escuchó a Ivar respirar hondo, para luego llevarse la mano al interior del chaleco y sacar… otro cuaderno.

—¿Tiene una libreta de repuesto? —No sabía si aquello la sorprendía, horrorizaba o hacía que quisiese darse de cabezazos contra una pared. Posiblemente un poco de todo.

—Eso es lo más perturbador que he oído esta semana y no hace mucho explotó la lavandería.

El supervisor empezó a escribir.

—Incidente número doce…

—¿Doce? —protestó ella—. Deme un respiro, hombre.

—Alimentación irresponsable de una criatura clasificada en la escala de monstruos infernales como *«amenaza sobrenatural moderada».*

—Basi no es una amenaza.

El basilisco eructó y un botón salió disparado de su boca. Los rápidos reflejos del hombre hicieron que diese un paso atrás y evitase que aquella cosa le atravesase.

—Moderada-alta —corrigió, tras mirar el botón ahora clavado en la pared.

Gimió por lo bajo. Aquello era un auténtico desastre y lo peor de todo era que esa maldita serpiente con cuernos era adorable. Sus escamas negras brillaban bajo la luz de las lámparas y las plumitas alrededor de su cabeza se agitaban cada vez que alguien le prestaba atención. Parecía estar feliz de ser el centro de atención en aquellos momentos y aquello solo podía escalar en un desastre mucho mayor.

—Muy bien —sentenció, mirándolos a unos y a otros—. A partir de este momento, nadie volverá a darle comida.

Todas las cabezas se volvieron lentamente hacia ella y la anciana señora Wren la apuntó con un huesudo dedo.

—¡Quieres matarlo de hambre!

—No diga tonterías.

Trevor dejó escapar un pequeño gimoteo también. Ni siquiera se había dado cuenta de la presencia del perro hasta ahora.

Incluso el basilisco parecía ofendido ante aquella arbitraria orden y siseó para demostrarlo.

—Por el amor de Dios, ¿es que no ven que se está comiendo toda la casa? —intentó hacerles ver lo obvio, pero algo le decía que tendría mucho más éxito enseñando a Faustus a hablar que introducir algo de sentido común en esas cabezas.

—Eso es porque tiene ansiedad —murmuró Catherine.

—¿Ansiedad?

—La noto en su aura.

Ivar soltó un suspiro tan leve que casi pareció una amenaza.

—No existe la ansiedad reptiliana.

—Claro que existe —replicó la invocadora—. Julius la tuvo cuando intentaron podarle.

La planta carnívora emitió un ruido ofendido desde el pasillo, seguido del sonido de las ruedas de su monopatín al deslizarse.

—No vamos a discutir sobre salud emocional de plantas carnívoras y criaturas sobrenaturales ahora mismo —intervino Segis —. El problema es que ha aprendido a comerse todo lo que encuentra a su paso y eso no es bueno.

—Hasta que le oigo decir algo sensato, señorita Blackwood — mencionó Ivar, mirándola de soslayo—. Estoy impresionado.

Lo fulminó con la mirada, ignorándolo acto seguido para concentrarse en el resto de los huéspedes.

—Si fuese por ti, lo dejarías morir de hambre —resopló la señora Wren señalándola de nuevo—. Igualito que haces contigo misma.

—Yo no me estoy dejando morir de hambre.

—No. Yo doy fe de ello. La señorita Segismunda come como una lima, pero tiene un metabolismo lento, al igual que su aprendizaje —declaró el ama de llaves.

—Gracias por su aportación, señora Drekka —siseó—. Y no, no se trata de dejarlo morir de hambre, joder, sino de darle aquello y solo aquello que debe comer. ¿Alguno de ustedes tiene idea del tamaño que puede llegar a alcanzar un basilisco?

—¿Grande?

—La madre que me trajo… —masculló ella.

—¿Quién fue el primero en darle comida? —Porque tenía claro que aquello tendría que haber empezado por algún lado.

Arnold levantó su largo y delgado brazo.

—Me miraba con hambre, ¿qué se suponía que debía hacer? —se justificó el verdugo—. Me lo encontré en uno de los árboles de fuera, mirándome con esos ojitos… Solo llevaba encima un trozo de cuero y se lo comió.

—Señor de la oscuridad, dame paciencia…

—Me hacía ojitos —se justificó.

—¡Es un basilisco! —Lo señaló como si la gente todavía no captase la idea de lo que eso significaba.

—Y tú una intolerante —le espetó la señora Wren. Esa anciana estaba haciendo méritos para entrar en su lista de personas non gratas.

Se llevó la mano a la cabeza, frotándose la sien derecha, solo para ver por el rabillo del ojo cómo el señor Vinter seguía escribiendo.

—¿Va a seguir tomando notas mientras mi vida se desmorona?

—Ese es literalmente mi trabajo.

—Uno que parece disfrutar enormemente.

Él levantó la vista.

—Empiezo a sospechar que usted es incapaz de pasar veinticuatro horas sin provocar una catástrofe, señorita Blackwood.

—¡Esta no la he provocado yo!

—Todavía.

Estaba dispuesta a decirle dónde podía meterse sus comentarios cuando Basilio siseó y, desenroscándose con rapidez, bajó al suelo y se deslizó hacia la puerta.

—¿Y ahora a dónde va?

—Seguramente a liberar estrés —mencionó Catherine—. Lo habéis puesto de los nervios.

—Este lugar va a acabar conmigo —suspiró ella, pasándose la mano por el pelo que hoy llevaba recogido en una trenza.

—¡Mi dentadura! ¡El demonio serpiente se ha llevado mi dentadura!

El grito llegó desde algún punto del piso superior.

Todos levantaron la cabeza, como si pudiesen ver al otro lado del techo, más fue el señor Valessi quien se levantó dando un puñetazo en la mesa que hizo temblar la madera.

—¡A la batalla!

Salió disparado detrás del basilisco, haciendo temblar toda la planta con los pisotones que daba su armadura.

—¡La madre que me….! —maldijo entre dientes y corrió detrás de él—. ¡Basi! ¡Escupe ahora mismo los dientes del señor Morcant!

Subió las escaleras de dos en dos justo a tiempo de ver al basilisco desaparecer por el pasillo del segundo piso con una dentadura postiza entre los colmillos. Si todo esto no fuese realmente grave, se reiría por lo absurdo de todo esto.

—¡Eso no es comida! —le gritó.

La criatura la miró, parpadeó con lentitud una única vez y luego aceleró.

No tenía idea de cómo esa serpiente podía deslizarse a tanta velocidad, pero desde luego era más rápida que ella.

—¡No corras! ¡Eso solo empeorará las cosas!

—Diría que eso depende de hacia dónde corra —comentó Ivar, que ya le seguía los pasos.

¿Cómo demonios hacía ese hombre para subir las escaleras sin ni siquiera despeinarse?

El basilisco dobló una esquina y desapareció dentro de la biblioteca privada de aquel piso.

—No, no, no, no… —gimió ante el desastre que sabía se avecinaba. Esta habitación estaba en el segundo piso por una razón: tenía libros que no eran aptos para consulta.

Llegó jadeando a la puerta abierta, maldiciendo interiormente a quien la hubiese dejado así y entró muy despacio. Encendió la luz y

miró a su alrededor, esperando ver a la serpiente.

—Basi…

Algo cayó desde una estantería, luego se oyó un crujido, seguido de otro y otro más.

—No, Basi… ¡Joder!

Segis corrió hacia el sonido y se encontró al basilisco enroscado sobre la alfombra persa mientras masticaba alegremente una esquina de un grueso libro encuadernado en cuero.

Ivar llegó tras ella y se detuvo en seco.

—¿Qué se está comiendo? —Por primera vez escuchó verdadera preocupación en su voz.

—Aquí solo hay libros de magia oscura —rezongó ella, gesticulando con la mano las paredes—. Elija… —Se agachó y entrecerró los ojos para intentar ver el título en el lomo del libro—. Reglamento interno y protocolo disciplinario de la Organización de Villanos Unidos…

El supervisor se puso completamente rígido al escuchar el título. De todas las posibles elecciones, aquella no era la peor de todas, aunque sí la más irónica.

—Creo que le está diciendo exactamente lo que opina de sus normas… —murmuró ella.

Basilio tragó, luego eructó una pequeña nubecita negra.

Nadie movió un músculo en aquella habitación. Se quedaron mirando al basilisco, esperando, listos para contener el desastre cuando se diese, porque incluso ese manual era peligroso en sí mismo.

La serpiente volvió a eructar, dejando escapar una segunda nubecita y agitó su lengüecita en el aire con visible satisfacción.

Entonces, ocurrió lo inesperado: Ivar Vinter se echó a reír.

Segis se lo quedó mirando como si acabase de presenciar un milagro sobrenatural. No era una risa fuerte, ni escandalosa, tan solo un resoplido grave y breve que se le escapó como si no pudiese contenerlo, pero real.

—Vaya por Dios, si es usted capaz de reírse —murmuró. Y es que aquella era la primera vez que veía a ese hombre reaccionar como una persona normal.

Ivar carraspeó inmediatamente y recuperó su habitual frialdad.

—Esto sigue siendo una infracción grave.

—Claro —respondió ella sin apartar los ojos de él—. Gravísima.

El basilisco se acercó entonces al supervisor y le dio un pequeño cabezazo contra la pierna, una acción tan inesperada como asombrosa.

—¿Qué coño…? —jadeó ella, observando, anonadada cómo la serpiente canturreaba mientras frotaba la cabeza contra la pierna del vigilante—. Esto es… inaudito. No le suelen gustar los desconocidos y menos aún la gente de la Organización.

Lo vio observar a la criatura, mientras esta volvía a empujarle con la cabeza.

Entonces, para su completo estupor, el supervisor se agachó.

—¿Qué demonios está haciendo? —jadeó ella.

—Evaluando la amenaza —respondió, sus dedos resbalando entre las plumas de la serpiente, rodeándole la cabeza, recorriendo su contorno.

—Diría que lo está acariciando —repuso ella, con una ligera sacudida de la cabeza—. Y no haría eso si fuese usted. Si le clava los colmillos. Se acabó.

—No lo estoy acariciando y no me va a atacar, ¿verdad?

El basilisco cerró los ojos con felicidad y ella tuvo que parpadear varias veces para entender realmente lo que estaba presenciando.

—Usted no ha visto nada.

—¿Sobre qué? —Fingió no enterarse de lo que quería decir.

—Esa es la actitud, señorita Blackwood. Esa es la actitud.

Ella se llevó las manos a las caderas y sonrió.

—Sabe, creo que ya es hora de que empiece a llamarme Segis.

Él ladeó la cabeza, lo justo para encontrarse brevemente con su mirada, entonces volvió de nuevo a Basilio, que siseaba satisfecho mientras apoyaba la cabeza sobre la rodilla de Ivar.

—Esta pensión es un absoluto desastre.

Dejó escapar un pequeño resoplido propio, aunque no se le borró la sonrisa.

—Sí, lo es —admitió ella con suavidad—, pero empieza a gustarle.

Volvió a levantar la vista hacia ella y, por primera vez desde que llegó a la pensión, no pareció que fuese a discutírselo.

CAPÍTULO 5: El señor oscuro del tercer piso ha vuelto a perder la dentadura

—¡Alguien ha entrado en mis habitaciones!

La voz cavernosa resonó por toda la pensión justo cuando Segis intentaba desayunar algo parecido a una tostada sin que Julius, la planta carnívora de Catherine, intentase robársela. Era curioso que lo que hacía tres semanas le habría provocado un sobresalto, ahora solo la hiciese suspirar y preguntarse *«¿qué problema me acarreará esto hoy?».*

Los últimos seis días habían sido particularmente demenciales.

El *martes* la señora Wren había intentado sacrificar a un pobre turista que se había perdido. Esta vez había decidido hacerlo al aire libre y la habían encontrado por los gritos desesperados del pobre hombre, al que estaba intentando matar a base de cosquillas. Esta vez estaba decidida a que ninguna normativa le impidiese llevar a cabo su tarea.

El *miércoles* Basilio había vuelto a la carga. Le había gustado tanto el libro de la biblioteca del segundo piso que se las ingenió para abrir la puerta y colarse a mordisquear un manual de botánica hechicera. Se había pasado todo el día eructando toda clase de flores muertas.

El *jueves* el edificio entero tembló. Literalmente. A fecha de hoy seguían sin saber quién había hechizado la caldera para que se pusiese a cantar de forma atronadora, haciendo temblar los cimientos. Y no había ayudado demasiado que, en su intento por ponerle fin, hubiese terminado equivocándose en recibir el encantamiento y la caldera cambiase la voz de soprano por una versión lacrimógena de una sirena. Todavía le zumbaban los oídos por aquello.

El *viernes,* Ivar Vinter había anotado otra infracción a su nombre. Como siguiese así, ese hombre tendría que abrir un archivo exclusivo para ella.

El *sábado*, Agatha, la cocinera, decidió que era un buen día para envenenar a medio hostal en el desayuno. Segis estaba convencida de que no había sido un accidente culinario, sino un experimento de la mujer para ver cómo funcionaba una de sus últimas pociones. Sarpullidos, manchurrones, incluso algo de diarrea… Había sido un día para olvidar.

El *domingo* había sido un día maravilloso, especialmente tranquilo, hasta más o menos la mitad de la tarde, cuando acabó conjurando por error una plaga de langostas. La idea era dar con algo que le ayudase a limpiar los terrenos, deshacerse de la maleza y adecentar un poco el exterior de la pensión. Las langostas resultaron ser carnívoras y empezaron a morder a todo huésped que encontraron en el camino. El señor Vinter nunca había estado tan cabreado como ese día. Había gritado su nombre junto con un montón de epítetos nada agradables para terminar con su eterno: «A*rregle esto de una jodida vez».*

Para medianoche, las cigarras habían pasado a mejor vida gracias a las ranas del estanque. Se habían pillado tal empacho que llevaban dos días sin comer.

Y ayer *lunes*, todavía había quedado tiempo para que el señor Valessi iniciase una nueva cruzada contra Teodoro, el fantasma del siglo XII que habitaba la habitación del pasillo, en la segunda planta.

Miró el reloj del salón y dejó escapar un pequeño suspiro. Todavía no eran ni las ocho de la mañana y los huéspedes de la pensión ya habían entrado en acción.

—Eso viene del tercer piso —murmuró Arnold, con la mirada clavada en el techo. El verdugo estaba hoy especialmente pálido y tenía unas ojeras lo bastante oscuras como para que su rostro adquiriese un aspecto aún más demacrado. Daba un miedo de cojones.

—Qué observador eres —canturreó Catherine, quien alimentaba a Julius con pequeños pedazos de carne de conejo.

Otro golpe sacudió el techo, seguido del inconfundible sonido de algo pesado siendo arrastrado.

—¡Han profanado mis dominios!

Cerró lentamente los ojos y respiró hondo. Estaba segura de que su tensión arterial últimamente estaba por las nubes.

—Voy a fingir durante cinco minutos que no he oído eso.

—Yo no lo haría —comentó Mary Ann cruzando en ese mismo momento la puerta con una bandeja de pan recién hecho—. La última vez que el señor Morcant creyó que alguien había entrado en su habitación, maldijo todas las tuberías del ala oeste.

Se volvió hacia la ayudante de cocina con los ojos abiertos como platos.

—¿Fue él? Llevamos una semana duchándonos con agua negra.

La mujer se encogió de hombros.

—Según él, la *«niebla del abismo»* es buena para el cutis.

—Lo cierto es que nunca había tenido la piel tan bonita y suave —afirmó Catherine.

Dejó lentamente la taza sobre la mesa y suspiró.

—¡No descansaré hasta dar con el culpable! ¡Lo destriparé por esto!

Alzó la mirada al techo y luego la paseó por el resto del comedor, mirando a los presentes. Esos hombres y mujeres eran mejores que cualquier periódico. Siempre estaban al tanto de lo que pasaba en esa casa.

—¿Y bien?

Todos guardaron silencio y eso ya sabía lo que significaba.

—¿Qué demonios ha pasado ahora? Desembuchad.

Trevor soltó un pequeño ladrido, entonces empezó a gimotear y se metió debajo de la silla de su dueña.

—Creo… —Arnold se aclaró la garganta—. Es posible que el Morcant haya vuelto a perder la dentadura.

Segis parpadeó un par de veces con exagerada lentitud. Era como si a su cerebro le costase especialmente centrarse.

—¿Cómo que *«ha vuelto»*? —preguntó—. ¿Suele perderla a menudo?

—Técnicamente, esta sería la cuarta vez este mes —afirmó Catherine, quien rascaba una de las hojas de Julius.

—¿La cuarta? ¿Es que no es capaz de aguantarla dentro de la boca o qué?

—La dentadura está encantada y tiene cierta… tendencia a moverse sola —añadió Mary Ann, quien ya se retiraba—. Lo cual la vuelve imprevisible.

El eco de unos poderosos pasos, unido a varios improperios, precedió la llegada del señor Morcant.

Ese hombre había sido una leyenda en su época. La gente se encogía con solo oír su nombre, había aterrorizado continentes enteros y su presencia tenía el mismo efecto que una plaga de la peste negra. Y a juzgar por la presencia que cruzó las puertas del comedor, había envejecido bastante bien… en cierto modo.

El tipo era alto, altísimo y tan delgado que parecía un cadáver vestido con terciopelo negro. Su piel grisácea tenía el aspecto de alguien que llevaba siglos evitando la luz solar y el largo pelo blanco caía desordenado sobre sus hombros como una cascada espectral. Todavía conservaba unas facciones atractivas, con esa apostura tosca e interesante que le aportaban los años… pero lo que realmente le aportaba un aire aterrador en esos momentos era la manta.

Una enorme manta de cuadros oscuros envuelta sobre los hombros que le daba el aspecto de un abuelo enfadado dispuesto a discutir en la cola de una farmacia.

Sus ojos hundidos recorrieron lentamente el corredor con una intensidad y detenimiento propios de un sabueso.

—Sé que entre vosotros se oculta un traidor…

El efecto atronador de su voz quedó un poco descafeinado cuando el hombre empezó a escupir saliva al hablar.

—Buenos días a usted también, señor Morcant. —Segis se pellizcó el puente de la nariz, empezaba a sentir ya cierta presión entre los ojos.

El anciano gesticuló con un dedo huesudo hacia todos ellos.

—¡Alguien me ha robado los dientes!

—Otra vez… —añadió Catherine en voz baja, lo cual alteró al momento al hombre.

—¡No digas *«otra vez»* como si fuese algo normal!

—En esta casa sí lo es —intervino la señora Wren, removiendo su té. Había estado muy entretenida ojeando un libro antiguo sobre sacrificios rituales hasta el momento.

Morcant avanzó hacia la mesa con movimientos lentos y algo reumáticos.

Hay que ver cómo engañan las apariencias.

—No he sobrevivido a cuatro inquisiciones, siete guerras santas y a dos epidemias de peste para acabar humillado por mi propia boca.

—La peste no era algo a lo que alguien sobreviviese más de una vez —murmuró más para sí misma que para él, para finalmente dedicarle toda su atención—. ¿Está seguro de que se la han robado?

—¡Por supuesto que lo estoy! —resopló visiblemente ofendido.

La ofendida iba a ser ella como no se apartase un poco de esa ametralladora de saliva.

—¿Ha mirado debajo de la cama? —No sería la primera vez que algo caía al suelo y acababa, inexplicablemente, debajo de una cama.

—Señorita Blackwood. —La miró como si acabara de insultar a todos sus ancestros—. Fui conocido como el *Azote de las Diez Provincias…*

—Y aun así podría habérsele caído y rodar debajo de la cama.

El Señor Oscuro parecía profundamente ofendido.

—No me tome por un viejo senil, haga el favor.

Abrió la boca para disculparse y asegurarle que jamás consideraría a una leyenda de su talla algo tan vulgar, pero el canturreo de Basilio atrajo su atención hacia la puerta. El basilisco cruzaba lentamente el comedor con cierta complacencia mientras llevaba algo entre los colmillos. Algo sospechosamente blanco y que no encajaba con la fisionomía de esa particular serpiente.

Segis cerró los ojos al darse cuenta de dónde estaba exactamente el objeto perdido.

Y, a juzgar por los jadeos, los *«oh, Dios»* y la sonora carcajada de la señora Wren, los demás comensales también se habían percatado de ello.

—¿Por qué no me sorprende? —suspiró para sí.

Morcant emitió un siseo indignado.

—¡Demonio serpentino!

El basilisco lo miró y, como sabiendo la que se le venía encima, aceleró.

—Y ahí está la dentadura —mencionó Catherine—. Hay que reconocer que le queda bien.

—No digas burradas, por favor —pidió, fulminando con la mirada a la invocadora.

—¡Es la guerra! —rugió el señor Valessi, levantándose tan deprisa que casi tira la mesa.

—Qué guerra ni qué ocho cuartos… —rezongó, levantándose también al ver al hombre de la armadura dispuesto a meterse en problemas—. ¡Envaine esa espada ahora mismo!

—¡Esa criatura ha ofendido el honor del señor oscuro! —reclamó el hombre—. ¡Esa fechoría exige reparación!

—¡Se ha comido sus dientes, no su reino!

—En realidad ni siquiera se los ha comido, querida, los lleva puestos —la corrigió la señora Wren, doblándose con la risa.

—Señora Wren, por favor…

—¡A la batalla! —clamó el señor Valessi, saliendo en pos de Morcant. Sus pasos metálicos resonaron como tambores por todo el lugar.

—Por el amor de Dios, ¿es que nunca vamos a poder tener un desayuno en paz? —jadeó, saliendo tras ellos—. ¡Basi! ¡Escupe inmediatamente la dentadura ancestral del señor oscuro!

—¡No es ancestral! —gritó el hombre que iba por delante de ella—. ¡Me la hicieron hace ochenta años!

—Eso sigue siendo demasiado tiempo para una dentadura postiza.

Segis llegó al vestíbulo justo a tiempo de ver al basilisco desaparecer escaleras arriba, seguido de Valessi espada en mano.

—¡No corran dentro de la casa!

—Creo que ya hemos superado el punto donde esa norma importa, señorita Blackwood.

Aquella voz era como una mano helada bajando por la espalda. Juró por lo bajo y se volvió para ver a Ivar caminando detrás de ella con absoluta tranquilidad.

—Una mañana movidita, por lo que veo —le dijo cuando sus miradas se encontraron.

¿Cómo hacía ese hombre para estar tan elegante, fresco y atractivo a primera hora de la mañana?

—¿Por qué siempre aparece cuando mi dignidad se va por el desagüe?

—Empiezo a sospechar que ese es el estado natural de su dignidad y de esta casa —declaró, llevándose la mano al bolsillo del chaleco para sacar su cuaderno.

Lo apuntó de inmediato con el dedo.

—Ni se le ocurra.

—Incidente número catorce… —pronunció al tiempo que escribía.

¡La madre que lo parió!

—¡No es culpa mía que un basilisco tenga obsesión por la geriatría!

El supervisor la ignoró elegantemente y siguió con su trabajo.

—Pérdida reiterada de objetos encantados de alta peligrosidad.

Había empezado a subir las escaleras, dispuesta a ignorarle y seguir adelante con su persecución, cuando sus palabras la detuvieron en seco. Se volvió y entrecerró los ojos sobre el supervisor.

—Espere, ¿ha dicho *alta peligrosidad*?

Morcant carraspeó desde el piso de arriba.

—Bueno, puede que en los últimos años haya desarrollado algunas defensas propias —mencionó el hombre.

—¿Qué? —Si hubiesen podido, los ojos se le habrían caído de las cuentas de lo mucho que los abrió.

—La dentadura del señor oscuro está clasificada como objeto de encantamientos menores —informó Ivar, devolviendo la libreta a su lugar.

—¿Qué clase de encantamientos? —preguntó ella.

—Defensivos —respondió ahora el anciano con visible orgullo —. Ya sabe… mordía intrusos.

Segis sintió que el mundo se le venía encima y las piernas le flojearon al punto de que se tambaleó. Tuvo que aferrarse al pasamanos para evitar rodar escaleras abajo.

—Su dentadura está maldita.

—Técnicamente está protegida —corrigió el anciano.

—¡Eso sigue siendo una jodida maldición! —exclamó a voz en grito, haciendo que la escalera temblase y los hombres presentes se la quedasen mirando momentáneamente.

Un repentino grito desde el piso superior desvió la atención, haciéndoles mirar hacia arriba. No tardó en seguirle un segundo y luego:

—¡Socorro! ¡Una dentadura intenta morderme!

Un nuevo estruendo, seguido de la risa villanesca del señor Valessi, hizo que todos se moviesen al unísono.

—¡Magnífico! ¡La reliquia está poseída!

—¡Eso no es magnífico! —siseó ella, lanzándose escaleras arriba una vez más.

La armadura apareció al final del pasillo agitando la espada mientras algo diminuto y blanco lanzaba dentelladas a los dedos del guantelete.

—¡No es una reliquia! —gritó Morcant visiblemente indignado.

La dentadura salió disparada del golpe recibido por el guantelete y aterrizó sobre la cabeza de Basilio. La serpiente siseó visiblemente ofendida, solo para recibir él también una mordedura en uno de sus cuernecitos.

Y entonces el caos explotó en el hostal Blackwood.

El señor Valessi se lanzó a la carga, Morcant comenzó a recitar un encantamiento oscuro en latín y Basilio salió disparado escaleras abajo con una dentadura embrujada enganchada en su cabeza. Ella acabó pegándose a la pared para evitar que aquellos hombres la arrollaran antes de mirar hacia abajo, donde Ivar permanecía en pie a los pies de la escalera, mirando todo aquello con su acostumbrada serenidad.

—Ni se le ocurra volver a sacar esa maldita libreta —siseó ella, despegándose de la pared para bajar con suma tranquilidad las escaleras. Ni siquiera el ladrido de Trevor en el comedor, ni el sonido de los platos rotos o los gritos de los otros huéspedes hicieron que se diese prisa en alcanzar el suelo de la primera planta—. O mejor aún, sáquela y deje constancia de una única cosa: *Segismunda Blackwood no ha tenido nada que ver con esto.*

Sin más, pasó por delante del dios nórdico y se dirigió a la puerta principal.

—¿A dónde piensa que va? —resopló él—. El desastre está justo en la otra dirección.

—Necesito una raíz de mandrágora para acabar con la maldición —replicó y, antes de que pudiese hacer una sola observación más, salió por la puerta.

Los ladridos, las voces y los gritos quedaron en silencio en cuanto se cerró detrás de ella. El aire tironeó de su trenza y le acarició el rostro. Respiró hondo y dejó escapar poco a poco el aire. Sus dedos estaban envueltos en volutas de humo negro, su magia crepitaba en su interior, atraída por el caos, deseando ponerle fin de una manera drástica.

Y la última vez que había cedido a ello había ocurrido algo malo, muy malo. No quería volver a pasar por algo así, ni aunque esa hubiese sido la única vez que había obtenido las felicitaciones y la aprobación de sus padres.

Se miró las manos y se las limpió en la ropa, como si de ese modo pudiese deshacerse de los rescoldos de la magia.

Un graznido rompió el silencio y la sombra negra de Faustus revoloteó sobre ella.

El cuervo sabía el momento exacto en el que dejaba el interior de la mansión, pues siempre aparecía a los pocos segundos. Era como si no se fiara de dejarla sola fuera de esas cuatro paredes.

Segis se dirigió con rapidez al jardín. Había sido lo bastante previsora para plantar algunas cosas en las últimas semanas y la mandrágora estaba ya lista para ser recolectada.

—Esto servirá —decidió. La envolvió en su magia y volvió sobre sus pasos.

Ivar seguía en el mismo punto donde le había dejado, con la libreta en las manos, garabateando como si no tuviese nada mejor que hacer. Los gritos venían ahora de la cocina, reconoció la inconfundible voz del ama de llaves, así como los golpes de su sartén.

—¡Suelta ese jamón ahora mismo, maldita! ¡Que lo sueltes, te digo!

—Espero que tenga licencia para cultivar mandrágora, señorita Segis.

El escucharle llamarla por su nombre fue casi más impactante que el hecho de ver una pata de jamón volando por el aire entre los dientes de la dentadura maldita.

—¡A la carga!

—¡Mi dentadura!

—¡Segismunda Blackwood!

Dejó escapar un profundo suspiro, apretó la raíz entre las manos, convirtiéndola en polvo, y la esparció de un soplo en el aire.

—*Solve maledictionem.*

La casa tembló como si le hubiesen dado una sacudida, la pata de jamón voladora cayó al suelo de golpe, con la dentadura inerte y ahora de un intenso color ónix. El reloj de la entrada hizo un sonido extraño y se descuajeringó, la sartén de la señora Drekka se le soltó del mango y la armadura del señor Valessi empezó a desprenderse de su cuerpo dejándole prácticamente en bolas.

—¡Mi armadura!

—¡Mi sartén!

—¿Qué le habéis hecho a mi dentadura?

Segis resopló, se volvió a Ivar y miró la libreta que estaba en sus manos.

—Déjeme adivinar… ¿Infracción quince?

El supervisor miró la dentadura que ahora contemplaba el señor oscuro con ojos llorosos, la sartén rota y los pedazos de armadura que el señor Valessi se esforzaba por recoger y, acto seguido, volvió a posar los ojos sobre ella.

—Por esta vez… lo dejaremos pasar —cerró el cuaderno, lo guardó y se marchó como si nada, dejando a Segis con la mandíbula

por los suelos.

CAPÍTULO 6: Como superar una inspección y no morir en el intento.

Si existía algo que le diese más miedo que tres maldiciones saliendo mal al mismo tiempo, era la carta que estaba ante ella. Y, sobre todo, haberla recibido un martes.

Las desgracias más importantes de su vida habían ocurrido un jodido martes:

El fallecimiento de su pez mascota. Madre mía, todavía se le llenaban los ojos de lágrimas al recordar ese momento y cómo su querida e insensible madre le había dicho que practicase su necromancia trayéndolo de vuelta. Se había negado en redondo, lo que le ganó una mirada desaprobatoria y el saltarse la cena.

Su expulsión de la academia de artes oscuras también había caído en martes. Para ella había sido un auténtico drama, pero su padre había visto la oportunidad perfecta para llevarla con él a *«su trabajo»* y enseñarle el verdadero sentido de ser un brujo negro. Su progenitor se arrepintió a la mañana siguiente de tan feliz idea y no volvieron a hablar de aquel vergonzoso episodio.

La ceremonia de graduación también había sido un martes. Y trece, para más señas. Le había tocado dar el discurso de cierre y sus palabras acabaron ofendiendo —ni que lo hubiese hecho a propósito—, a la mitad del alumnado. Había salido con vida de aquel lugar de puro milagro.

Oh, y su expulsión de la organización y posterior llegada a Blackwood también había sido un martes… Aunque no estaba segura de si eso contaba como una desgracia.

Aunque, desde luego, el haber recibido ese sobre negro con lacre de cera y el sello de la Organización de Villanos Unidos estampado en plata, sí lo era. Una desgracia monumental.

No quería abrirlo. Nada bueno podía salir de ahí. A ella no le escribían para darle buenas noticias, generalmente lo hacían para comunicarle todo tipo de malas.

—¿Va a quedarse mirándolo mucho más? —preguntó Ivar desde el otro extremo de la biblioteca del primer piso, donde también estaba su despacho.

Levantó lentamente la vista hasta que sus ojos se encontraron.

Preciosos, como siempre. E igual de helados.

—¿Conoce esa sensación de que algo horrible está a punto de ocurrir?

Él enarcó una ceja.

—Se refiere a la vida diaria en este lugar.

Bufó ante tan irritante respuesta.

—No me está ayudando, Iver —pronunció su nombre con intención, aunque el tipo ni se inmutó. Era como si aquel hombre no lo perturbase ni la mismísima muerte.

—Nunca he pretendido hacerlo, señorita Blackwood.

Sí. De eso no le cabía la menor duda.

Miró de nuevo el sobre sobre su escritorio. Había aparecido allí hacía poco más de una hora. Nadie lo había traído, pero tampoco hacía falta. Ese tipo de notificaciones siempre encontraban la manera de llegar a su destinatario, estuviese donde estuviese.

Segis respiró hondo, cogió el abrecartas y rompió el sello. Una fría y aulladora corriente de aire atravesó la habitación, desapareciendo tan rápidamente como había llegado.

—Con acuse de recibo —mencionó Ivar, entrecerrando los ojos —. Se lo han tomado en serio.

—¿Usted cree? —No pudo evitar sonar irónica.

Sacó el pedazo de papel manuscrito del interior del sobre, lo desplegó y empezó a leer.

—No, no, no, no… —Abrió cada vez más los ojos a medida que devoraba línea tras línea—. ¡Ay, no!

—¿Malas noticias?

—¿Cree que diría *«no, no, no, no»* si fuesen buenas? —resopló ella, levantando la cabeza del papel tan solo un instante para volver

a dejarla caer. Leyó de nuevo aquellas líneas. No eran demasiadas, las justas para comunicarle algo de lo más funesto.

—Con usted cualquier cosa es posible.

Dejó escapar un resoplido y se pasó la mano por el pelo que hoy llevaba recogido en un desenfadado moño.

—Estamos jodidos.

—¿Va a decirme qué clase de noticias le ha comunicado la Organización? —insistió él. Estaba claro que sabía de quién era la carta, dada la manera en la que había terminado sobre el escritorio.

Depositó el papel sobre la mesa, girándolo hacia él.

—El consejo de la *Organización de Villanos Unidos* tiene el dudoso placer de comunicarme que voy a ser objeto de una inspección.

Sus palabras parecieron cogerlo por sorpresa, ya que su mirada se ensanchó ligeramente.

—¿Cuándo?

—Léalo usted mismo —señaló el papel con un ademán—. Parece que tienen la suficiente prisa como para ejecutarla mañana mismo.

El papel de pergamino oscuro destacaba contra esos elegantes y largos dedos. Le echó un rápido vistazo, entonces la dobló meticulosamente y volvió a dejarla sobre la mesa.

—Entiendo.

—¿Lo entiende? —Señaló el sobre con un airado movimiento de la mano—. ¡Lo entiende! —Se levantó tan deprisa que casi vuelca la silla—. ¡Me lo han notificado con menos de veinticuatro horas! ¡Veinticuatro!

—En realidad, con menos de veintidós —matizó él—. Las inspecciones oficiales suelen llevarse a cabo nada más salir el sol.

—¡Fantástico! ¡Pues menos tiempo aún! —Dejó el lugar tras el escritorio y empezó a pasearse de un lado a otro—. Veintidós horas. Veintidós horas para que alguien del consejo venga a hacer una maldita inspección. ¡Una inspección! ¿Qué narices quieren inspeccionar aquí? ¿Y por qué ahora?

—Parece ser algo rutinario —mencionó con su habitual calma incorruptible—. Hay un nuevo administrador y quieren saber cómo le

va, aunque…

Sus palabras fueron perdiendo intensidad hasta casi desaparecer, lo que hizo que se volviese a él de inmediato. Ivar miraba ahora el sobre con cierta sospecha.

—¿Aunque?

El supervisor no dijo nada.

—¿Aunque qué? —insistió ella, deteniéndose delante de él.

El dios nórdico levantó la cabeza y sus ojos se encontraron.

—El nombre que firma la carta es el inspector general Alaric Riper.

Segis no reconoció el nombre, pero solo por la forma en la que lo había pronunciado él, imaginaba que no era algo bueno.

—¿Por qué tengo el intenso presentimiento de que eso es algo malo?

—Porque lo es.

—Genial. —Rodeó el escritorio y se dejó caer en la silla—. Simplemente maravilloso. Si es que no hay martes que las cosas no se tuerzan. —Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo—. En una escala de malo a preferirías estar muerta, ¿qué tan grave es que hayan asignado a ese inspector?

—Enterrada y olvidada. —Escaló el nivel más allá de su propio baremo.

—Cómo no…

—Tiene fama de ser extremadamente estricto con las normas.

Bajó la mirada y se encontró con la de él.

—¿No me diga? ¿Y también es amante de las libretitas?

—No se lo tome a broma, Segis, el inspector Riper es particularmente hostil con… ciertas residencias.

—¿De verdad? —Aquello ya empezaba a preocuparla seriamente.

—Y es de los que considera que la Pensión Blackwood debería haber sido clausurada hace años —concluyó.

Dejó caer la cabeza de golpe contra la mesa e hizo una mueca cuando su frente conoció íntimamente la madera de caoba.

—Vaya empezando a cavar mi tumba, señor Ivar —farfulló—. No voy a salir con vida de esta.

—Probablemente.

Hizo una mueca y alzó un poco la mirada.

—¿Nunca le han dicho que su optimismo apesta? —resopló.

—Lo cierto es que no.

—Pues ahora ya se lo han dicho.

Volvió a dejar caer la cabeza y emitió un largo gemido que habría hecho que cualquier fantasma se hubiese sentido orgulloso.

Esto tenía que ser cosa del karma, no había otra forma de explicar que tuviese tan mala suerte.

Acababa de empezar su cuarta semana en este lugar. Casi se había cumplido un mes de su llegada y ya se estaba acostumbrando a la mecánica de la pensión. Incluso el jardín tenía mejor aspecto. De hecho, había conseguido cultivar también un pequeño huerto que, con un poco de suerte, no acabaría convertido en un muestrario de plantas venenosas y carnívoras. Aunque eso lo comprobaría cuando empezasen a salir los primeros brotes.

La propiedad también tenía mejor aspecto. Había conseguido que los huéspedes colaborasen para limpiar las ventanas, aun cuando al hacerlo se hubiesen cargado unas cuantas. Pero bueno, nadie era perfecto. Incluso el señor Valessi la había perdonado por despojarlo de su armadura delante de otros huéspedes, aunque para ello hubiese tenido que tragarse todas sus batallitas y llevarle cada tarde unos dulces a su habitación.

Por primera vez sentía que al fin estaba haciendo algo bien, aunque todo corría el riesgo de irse al garete con la dichosa inspección.

—Hay que comunicárselo al resto de los huéspedes —murmuró, levantando la cabeza y frotándose la dolorida frente—. Esto también les afecta a ellos.

—Entonces, hágalo —le dijo el supervisor, levantándose de su asiento—. Y lo antes posible.

Ese *«lo antes posible»* acabó traduciéndose en *«veinte minutos después»* y el comedor ocupado con todos y cada uno de los habitantes y trabajadores de la mansión.

Algunos habían rezongado, pensando que la reunión era para tratar problemas administrativos o de conducta, otros se quejaban

abiertamente o exponían problemas que en esos momentos eran lo menos importante. Solo cuando dejó caer la frase *«inspección de la organización de Villanos Unidos»* se quedaron momentáneamente callados.

Un segundo después, el drama estalló en la habitación.

—¿Cómo que nos van a hacer una inspección? —preguntó la señora Drekka, mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿Cuándo? —La cocinera parecía a punto de desmayarse allí mismo.

—No me jodas —farfulló Hermenegilda.

—¡Me van a llevar presa! —gimió Catherine, llevándose las manos a la cara.

—Les plantaré cara, querida —se ofreció el señor Valessi.

—Tengo que ocultar todas las pruebas —farfullaba por lo bajo la señora Wren.

—¿Pero es oficial? —preguntó Arnold, más pálido que de costumbre.

—Completamente oficial. —Asintió en dirección al verdugo.

—¿Oficial a nivel *«hay que rellenar un mogollón de formularios»*?

—Mucho me temo que así será, señora Drekka —confirmó Ivar, quien también estaba presente.

La habitación entera palideció ante tal confirmación. Era curioso cómo la burocracia era capaz de aterrorizar incluso a los más avezados villanos.

—Estamos muertos —gimió Catherine, cuyas palabras fueron acompañadas de un ladrido de Trevor y el siseo de Basi, quien se había enroscado en torno a un expositor de pasteles.

Valessi se puso en esos momentos en pie, llevándose el guantelete sobre el pecho.

—No temáis —dijo el hombre, atrayendo la atención de todos —. Yo me encargaré de la seguridad.

—No necesitamos seguridad —negó ella, levantando las manos en gesto conciliador—. Solo tenemos que…

—Toda inspección es una amenaza potencial —declaró el hombre dejando caer la mano sobre la mesa, la cual reverberó bajo

el metal.

—No…

—Prepararé las defensas —sentenció con ese enorme yelmo.

—Le estoy diciendo que no…

—Fortificaré la mansión.

—No…

—Voy a sacar la catapulta del sótano.

—¡Valessi! —Acabó alzando la voz en un intento de llamar por fin su atención—. No hará nada de eso.

El hombre resopló y se sentó de nuevo, visiblemente decepcionado.

—Perdonad mi franqueza, señorita Blackwood… —rezongó—. Pero no tenéis la menor idea de cómo se protege un fuerte.

—Y a usted se le olvida que estamos en pleno siglo veintiuno y no en la Edad Media —rezongó.

—*Um*, ¿señorita Blackwood? —llamó alguien a su lado.

—¿Qué? —Se volvió, respondiendo con algo de brusquedad.

—Sosiéguese, señorita Segis, está que echa humo. Literalmente. —Señaló el ama de llaves, señalando con un gesto de la cabeza los hilillos negros que emanaban tanto de sus manos como también de su ropa.

—Agatha, prepárale a la niña algo para calmar los nervios hechiceros o acabará convirtiéndose a sí misma en una calabaza —rezongó la anciana Wren, dirigiéndose a la cocinera. Entonces, como si hubiese decidido coger ella la batuta, señaló a la señora Drekka con la barbilla—. Hay que deshacerse de todas las pruebas incriminatorias. Ya sabemos cómo se las gastan esos cabrones.

La mujer asintió con un gesto de firmeza y posó la mano sobre su hombro, buscando su mirada.

—Esta es la mansión Blackwood, señorita Segismunda —le dijo mirándola a los ojos—. Y usted es una Blackwood. Puede que no sea la más competente de tal ilustre familia, sin embargo, nadie podrá echarle en cara jamás que no se esfuerza por hacer las cosas. Así que, mueve el culo, niña. Tenemos muchas cosas que hacer y muy poco tiempo.

Todos los presentes se levantaron de la mesa con distintas expresiones de decisión, listos para ponerse en marcha motivados por la señora Wren.

—Vamos. Ya sabéis lo que tenéis que hacer —declaró esta, saliendo ya por la puerta del comedor, seguida del resto de la gente.

Segis no pudo evitar que le bajase un escalofrío por la columna vertebral.

—¿Por qué esto me está dando tan mala espina? —murmuró cuando todos ellos hubieron salido.

—Yo también estaría preocupado si tuviese que controlar a semejante comunidad, señorita Segismunda —mencionó Ivar, sacando la libreta del interior del chaleco.

—Si me dice que las reuniones de personal infringen alguna ley, le juro que…

La miró y la forma en la que sus labios se curvaron le dio un poquito de miedo.

—No, las reuniones están permitidas… —le aseguró, pero el bolígrafo ya estaba sobre la página en blanco—. Infracción número treinta y tres… Conspiración para socavar la autoridad…

—No me joda, Ivar —resopló ella y salió a zancadas del comedor, pues si se quedaba, maldeciría ese estúpido cuaderno y a la mierda todos.

Las siguientes horas podían haber sido perfectamente una muestra de lo que ocurre cuando alguien abre las puertas del infierno. El caos se desató por toda la propiedad y no quedó una sola piedra sin tocar.

Morcant ocultó doce grimorios prohibidos que, en honor a la verdad, ni siquiera sabía que tenía en su haber. El señor oscuro parecía tener una particular afición por ocultar cosas y comunicarlas solo cuando ya no había más remedio.

La señora Wren apareció con cajas y cajas de material para rituales, así como con una enorme piedra de altar transportada entre Arnold y Valessi.

Catherine, por su parte, parecía intentar enseñar modales a Julius, aunque sin demasiado éxito, ya que la planta intentó morder a cuatro personas y, cuando no lo consiguió, volvió a comerse al

perro. Trevor aullaba por su vida desde el estómago de la planta carnívora.

Arnold desapareció misteriosamente después de trasladar la piedra y nadie quiso preguntar el porqué. Los secretos que tenía ese verdugo estaban mejor enterrados, sinceramente.

Y Basilio… La serpiente se comió dos formularios oficiales que la señora Drekka había traído en una carpeta.

—¡Deja de comerte la documentación! —lo regañó ella—. ¿Qué hemos hablado sobre tu dieta, Basi?

La criatura siseó y después se zampó un tercero, soltando a continuación un pequeño eructo satisfecho.

—Señor… —resopló—. Si salimos de esta, será de puro milagro.

Aquella noche Segis apenas durmió. No había ni salido el sol y ella ya estaba en pie, acicalando a Faustus, quien la miraba como si hubiese perdido la chaveta. Y quizá así fuese, pues acababa de colocarle una pajarita roja a un cuervo.

El reloj de pared del vestíbulo acababa de dar las siete y ella ya había revisado cada una de las habitaciones e incluso pillado a algunos en bolas. No podía importarle menos. Hoy todo tenía que salir bien.

Una hora después descubrió que alguien había colgado una cabeza reducida en el porche a modo de bienvenida. Solo tardó unos minutos más en darse cuenta de que dicha cabeza estaba *viva* y se llamaba Luisa.

Media hora después, conocía toda su vida y le había prometido buscar el resto de su cuerpo o encontrarle un reemplazo.

El reloj empezó a dar las campanadas a las nueve en punto, el momento exacto en que tres antiguos carruajes, tirados por un par de caballos negros cada uno, empezaron a desfilar por el camino de entrada hasta detenerse ante la puerta.

Segis sintió cómo su alma abandonaba temporalmente su cuerpo.

—Ya están aquí.

—Y tan melodramáticos como siempre —bufó la ama de llaves, mirando entre las nuevas cortinas—. Con la de marcas de coches

que hay hoy en día y estos siguen usando esos polvorientos e incómodos carruajes.

—Para la Organización, la tradición lo es todo.

—¿Entonces traemos una guillotina y los decapitamos? —sugirió la buena mujer—. Digo. Eso también es tradición.

—Ah, qué tiempos los de la guillotina —suspiró la señora Wren con mirada soñadora.

—Señoras, por favor, compórtense por una jodida vez en sus vidas —siseó, fulminando a ambas mujeres.

—¡Ahí! ¡Ahí está esa mirada Blackwood! —señaló la ama de llaves, llevándose la mano al pecho—. Igualita que la de su adorable madre.

Puso los ojos en blanco y se volvió para ver a Ivar reunirse con ellas en el vestíbulo.

—Ya han llegado —le informó.

—Lo he visto —respondió con su habitual seriedad y gesticuló hacia la puerta—. Le recomendaría salir a recibirlos.

—Estaba a punto de hacerlo.

Y también de salir corriendo tan rápido como le permitiesen las piernas.

Descartando aquella opción, y no por falta de ganas, abrió la puerta y salió al porche justo para ver al tal Alaric Riper descendiendo del primer carruaje.

Aun si Ivar no se lo hubiese descrito, no habría errado al suponer que aquel hombre era el que estaba al mando. Alto y elegante, con un aspecto que recordaba a los viejos agentes de Scotland Yard y una expresión dura, como la de alguien que llevase media vida desaprobando cosas, el inspector de la organización exudaba poder y una pesada oscuridad.

Respiró hondo y bajó las escaleras para recibirle.

—Inspector Riper —lo saludó con educación, inclinando ligeramente la cabeza.

Los ojos oscuros del hombre cayeron sobre ella, la recorrieron con rapidez y juraría que acabó levantando la nariz al pronunciar su nombre.

—Señorita Blackwood.

Su voz era dura, profunda, de las que provocaban escalofríos, como bien pudo comprobar.

No sonrió, ni siquiera le dio pie a darle los buenos días o invitarle a un café, fue directo al grano.

—Empecemos.

Tragó para sus adentros y extendió el brazo, haciendo gala de los exquisitos modales que le había inculcado su madre —lo único de lo que nunca se había quejado con respecto a ella—, y entraron en la mansión.

Segis no sabría decir qué fue lo que le causó mayor asombro durante las próximas horas.

Los huéspedes de la pensión hicieron gala de una educación y un saber estar que jamás habían mostrado con ella. Morcant se mostró encantador, compartiendo con el inspector algunas anécdotas de familiares en común, Valessi habló únicamente cuando le preguntaron, manteniendo en todo momento una pose regia, de auténtico militar. Incluso la señora Wren parecía haber sufrido una transfiguración completa. Nadie que la conociese realmente podría decir que la adorable anciana que se acercó a saludar al inspector apoyada en un bastón fuese una nigromante con ansias sacrificiales.

Basilio dormía como la criatura adorable que era, Julius permanecía encerrado en su jaula invernadero y Trevor no había emitido un solo ladrido. La pajarita que llevaba puesta era igual a la de Faustus, quien había decidido presenciar toda aquella comitiva desde la moldura del reloj del vestíbulo.

Y lo más importante de todo, nadie había hecho explotar nada todavía, lo cual le permitió bajar un poquito la guardia.

—Como puede ver, contamos con varias zonas comunes en las que nuestros huéspedes pueden disfrutar de su tiempo libre —le informaba ella, con las dotes de una auténtica anfitriona.

Mamá, gracias por obligarme a asistir a esas aburridísimas clases de etiqueta.

—¿Qué hay ahí dentro?

—La sala de música —informó y, cuando se dirigía a abrir la puerta, empezó a ver señales por parte de los huéspedes que los acompañaban. Dado que el inspector estaba de espaldas a ellos, no

podía ver la cantidad de gestos que hacían en modo: *«¡Ahí no!», «¡No entres!», «¡Aborta, aborta»—.* Si me acompaña, le enseñaré…

Ignorándola, cosa que ya había hecho en varias ocasiones, hizo una seña a uno de sus acompañantes, quienes, al igual que su supervisor, tenían la manía de llevar una libretita y tomar notas, para que abriese la puerta.

—La cagamos… —escuchó susurrar a su espalda.

Las puertas se abrieron y todos se quedaron en el umbral, mirando hacia dentro.

La habitación estaba igual de impoluta que las demás, pero esta tenía algo… distinto.

Teodor, el fantasma del siglo XII que nunca solía abandonar sus habitaciones, estaba sentado ante una mesita de café, con un tablero en el que estaban dispuestas dos juegos de piezas de ajedrez. Frente a él, moviendo ahora una de las blancas, había una armadura de color bronce y sin yelmo. Y estaba completamente vacía.

Segis nunca había encontrado aquel lugar tan silencioso como en aquel mismo instante. Era como si incluso la casa estuviese conteniendo el aliento para no molestar a los jugadores de aquella sobrenatural partida.

—¿Quiere explicarme qué significa esto?

Se lamió los labios y señaló lo evidente.

—Diría que están jugando una partida de ajedrez y… —Movió un poco la cabeza para echar un vistazo al tablero—, que Teodoro va ganando con las negras.

El hombre la fulminó con la mirada y extendió la mano, señalando la armadura y al grisáceo espectro, a través del que casi podía verse el piano.

—¿Es uno de sus huéspedes?

Se enderezó y alzó ligeramente la barbilla.

—El señor Teodoro es huésped de esta casa desde los tiempos en que mi querida abuela tenía atemorizada a toda la población de Salem —respondió orgullosa—. Si desea jugar en sus ratos libres al ajedrez, no seré yo quien se lo impida.

—Es un fantasma —replicó él.

—Es usted muy observador, inspector.

—Señora, no agote mi paciencia.

—Es *señorita Blackwood* para usted —le sostuvo la mirada, desafiándole. Si bien por dentro se estaba haciendo pipí encima, no dejaba de ser una Blackwood. Había visto las suficientes veces a su madre intimidar a los hombres como para saber cómo se hacía.

Ivar carraspeó, atrayendo su atención. Sus ojos contenían una silenciosa advertencia.

—El señor Teodoro tiene un salvoconducto escrito con puño y letra de sangre por la mismísima Belladona Blackwood, inspector —informó él con esa frialdad tan característica suya—. Puedo pasarle una copia del registro si lo desea.

El hombre lo miró de soslayo y asintió con brusquedad.

—Hágalo, Vinter.

Segis tuvo que morderse la lengua y limitarse a sonreír, cuando lo que en realidad quería era arrancarle la cabeza a ese arrogante enviado de la organización.

—¿Y la armadura? ¿Qué clase de hechizo o maldición tiene?

—Maldición de grado dos. —Fue ella la que habló ahora—. Y si quiere saber quién la realizó, fui yo. —Levantó un poco más la barbilla y ladeó la cabeza—. Fue un regalo para mi padre.

Y uno de los pocos que le había hecho ilusión, al menos durante los cinco minutos que la armadura permaneció entera y dispuesta a batirse en duelo con él. Una vez la descabezaron, fue como un pollo sin cabeza. Y así seguía, pero de eso no tenía por qué enterarse, ¿no?

Además, se le daba de puta madre jugar al ajedrez.

El inspector le sostuvo la mirada, dejó escapar un pequeño resoplido y se volvió hacia uno de sus hombres, el cual afirmó y volvió a escribir.

—Sigamos.

Y así lo hicieron, al menos durante la próxima media hora, pues, ¿cómo iban a salirle bien las cosas a Segismunda Blackwood?

Julius protagonizó una escapada digna de un mago y acabó mordiendo por sorpresa el culo de uno de los enviados de la organización. Trevor, aun cuando solía ser la ocasional comida de la

monstruosa planta, se unió a la refriega con sus ensordecedores latidos.

La armadura, la cual padecía de los nervios desde que su padre le arrancó la cabeza, empezó a chillar y salió corriendo de la sala de música. O lo intentó, ya que acabó estampándose contra la pared y cayendo hacia atrás.

Siempre dispuesto a ir a la batalla cuando las cosas se ponían chungas, Valessi apareció enarbolando su hacha, buscando el supuesto peligro… y el maldito pollo decidió aparecer también para sumarse a la refriega y activar al momento la persecución rutinaria de cada día.

En algún lugar de la casa, la cabeza reducida empezó a cantar. Basilio despertó y decidió empezar a merendarse lo primero que tenía a mano: las nuevas cortinas de la señora Drekka. Y alguien, nadie supo quién, acabó activando accidentalmente el sistema anti intrusos de Morcant, sumiendo la mansión entera en un absurdo caos a la hora del té.

Las ventanas empezaron a cerrarse solas, las puertas desaparecieron, un retrato empezó a hacerle ojitos al inspector y la señora Wren aprovechó la confusión para arrastrar a uno de los asistentes al comedor y atarlo a una mesa con el único propósito de sacrificarle.

—¿Qué significa todo esto? —bramó el inspector, sus ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—¡Le aseguro que nada de esto ha sido cosa mía!

—¡Socorro! —gritó el candidato al sacrificio desde las escaleras —. ¡Que alguien me quite a esta loca de encima!

—¡Señora Wren, deje ir inmediatamente al oficial!

—¡Se merece que lo sacrifique!

—¡Y una mierda!

—Por lo que más quiera, Segis, arregle esto —siseó Ivar, interponiéndose entre ella y el inspector—. Ahora.

Sus ojos se encontraron y resopló irritada.

—Más le vale no añadir esto a su maldita libreta.

Si bien había sido su mala suerte con las maldiciones y encantamientos de magia negra la que la había traído a este lugar,

desde que llegó no había hecho otra cosa que deshacer entuertos. No sabía si se debía a el repetido uso de sus habilidades o a que se le daba mejor arreglar cosas que provocar el caos, pero fuese como fuese, su poder oscuro respondía con mayor facilidad a sus demandas.

—*Silentium fiat.*

Las palabras brotaron de sus labios, moldeando su poder oscuro y extendiéndolo sobre toda la casa. Silenció el sistema anti intrusos, devolviendo la calma a la casa y a todos los que estaban en esos momentos en su interior.

—Buen trabajo.

Sus ojos se encontraron unos segundos con los de su supervisor. Ivar Vinter le sostuvo la mirada, asintió de manera casi imperceptible, confirmando sus palabras y, acto seguido, le dio la espalda para reunirse con los hombres de la Organización.

Segis dejó escapar un pesado suspiro, miró al techo y se dispuso a enfrentarse a los que sin duda serían sus últimos minutos de libertad.

Una hora después todo había terminado. La pensión había sobrevivido a un nuevo cataclismo y los inspectores de la organización parecían tan agotados como deseosos de abandonar el lugar. Prueba de ello fue que subieron a sus respectivos coches con mucha más premura de la que habían bajado. De hecho, los dos últimos iniciaron el regreso casi de inmediato, mientras que Riper permanecía delante del coche, en compañía de uno de sus hombres y del propio Ivar. Los ojos oscuros del miembro de la Organización recorrieron el edificio una vez más, hizo una rápida pasada sobre los huéspedes que habían salido al porche y, finalmente, alternó la mirada entre su colega y ella.

—No entiendo cómo este lugar sigue todavía en pie —dijo con esa voz profunda y hastiada.

Ella no pudo más que darle la razón.

—Créame. Yo tampoco.

El inspector guardó silencio, volvió a mirar más allá de ella, hacia el nutrido grupo que había vuelto a comportarse… más o menos.

—Ni tampoco el por qué ninguno de sus huéspedes ha abandonado todavía este lugar.

No lo dijo con acritud y, quizá por ello, el comentario caló en ella.

En honor a la verdad, no se había parado a pensar en ello. Levantó la cabeza y paseó su propia mirada sobre ellos, las personas que vivían bajo aquel techo, que compartían mesa, que desayunaban, peleaban y se enfrentaban a cada desastre juntos. Podrían haberse marchado, encontrado un lugar mejor, pero por algún motivo habían decidido quedarse en Blackwood.

Puede que la casa no fuese perfecta, aunque tampoco lo eran sus habitantes y eso… Eso era lo que, de algún modo, les permitía encajar. Al igual que a ella.

—La inspección ha concluido —anunció Riper, tomando un puñado de papeles de manos de uno de sus hombres. Levantó la cabeza y se los entregó—. La Pensión Blackwood seguirá abierta y con usted al mando, señorita Segismunda.

El alivio fue tan intenso que las piernas estuvieron a punto de combarse bajo ella.

—Gracias, inspector —murmuró, cogiendo los papeles y acercándolos contra su pecho.

Asintió y, por último, miró a Ivar.

—Tenía razón —admitió, le dio una pequeña palmada en el brazo y, sin otra palabra más, se subió al coche que lo esperaba y se marchó.

Los dos se quedaron allí de pie unos segundos, viendo cómo se alejaba el coche.

—¿Qué ha querido decir con *«tenía razón»*? —inquirió en voz baja, mirándole de manera soslayada.

Ivar le devolvió la mirada con esos intensos y fríos ojos azules.

—Nada —le dijo, bajó la mirada sobre los papeles que tenía todavía entre las manos y los señaló con la barbilla—. Enhorabuena. Lo ha conseguido.

Fiel a su estilo, dio media vuelta y se dirigió hacia la casa.

—¿Y bien? —preguntaron desde el porche.

Segis encontró varios pares de ojos clavados en ella y sonrió.

—La Pensión Blackwood para villanos retirados seguirá abierta —declaró—. Y parece que tendréis que aguantarme un poco más en la administración.

Un coro de gritos, vítores y señales de alivio resonó al mismo tiempo. Hubo abrazos y también lágrimas de felicidad, y luego estaba Basi, quien no dudó en enroscarse en ella y comerse una esquina del informe oficial.

CAPÍTULO 7: El supervisor empieza a sospechar que nadie aquí es realmente malvado.

Ivar Vinter había contado cada uno de los días que llevaba en la Pensión Blackwood. Veintisiete largos y absurdos días en los que había rellenado cuarenta y tres informes, anotado ciento doce infracciones y presenciado una cantidad de comportamientos cuestionables que habrían llevado a jubilarse anticipadamente a cualquier supervisor menos paciente.

Miró los informes que tenía delante. Había tomado prestada la biblioteca de la planta baja para su trabajo, pero cuanto más navegaba entre sus notas, menos sentido tenía todo aquello.

La organización lo había enviado con una clara misión: vigilar a la señorita Segismunda Blackwood y certificar que aquella bruja oscura carecía del talento suficiente como para formar siquiera parte de la comunidad. La expulsión de la organización solo había sido un movimiento disciplinario e intuía que el objeto de esta vigilancia era en realidad encontrar motivos suficientes para despojarla completamente de su magia.

—Absurdo —murmuró para sí.

Esa mujer podía ser un desastre con patas y estar muy lejos de los estándares que exigía el organismo para formar parte de él, mas no dejaba de ser miembro de una de las familias brujas más importantes y poderosas del gremio. Ir a por ella era un suicidio. A menos que se demostrase que era un peligro real para la supervivencia de los suyos.

Y para ello no habían tenido ningún reparo en llevarse por delante la Pensión Blackwood y a sus habitantes. Para el consejo no eran antiguas leyendas villanas, eran individuos que habían dejado

de serles útiles y no tenía caso darles un lugar más adecuado en el que terminar sus días.

Por eso había sido elegido él por encima de cualquier otro para este caso, porque sabían que cumpliría con la tarea asignada y lo haría con todas las garantías.

Dejó la pluma sobre el escritorio. Su libreta estaba abierta por la mitad, llena de anotaciones de días anteriores, así como de última hora. Nada de lo que ahí había escrito encajaba con lo que figuraba en los historiales que tenía ante él.

Morcant, Arnold, Catherine, Valessi, la señora Wren… La información recopilada en esos dosieres le provocaría pesadillas al más valiente. Eran una representación de una carrera brillante, de una vida dedicada por completo a la organización… ¡Eran el ejemplo que toda familia de villanos querría seguir!

Y, aun así, lo que ponía en esos papeles distaba mucho de ser lo que se había encontrado entre estas cuatro paredes.

Cogió uno de los expedientes y volvió a la primera página donde se recogían los méritos de cada persona.

Hechicero de alto rango. Alias «Señor Oscuro». Responsable de múltiples actos de terrorismo mágico, invasiones infernales y varias plagas. Experto en maldiciones y encantamientos. Extremadamente cauto y peligroso.

Levantó la vista y miró a través de la ventana. El día se había nublado y la lluvia no había tardado en llegar. La tarde se había cerrado de agua y la mayoría de los huéspedes aprovechaban para entretenerse en las zonas comunes.

Morcant estaba en la sala de música. Lo sabía porque lo había visto allí, sentado ante la pequeña mesa con el tablero de ajedrez. El hombre estaba volviendo a recordarle a Teodoro las reglas del ajedrez. El fantasma tendía a olvidar las cosas de un día para otro, algo que tenía que ver con su propia maldición, así que el señor oscuro acababa cada tarde en el mismo lugar y volvía a enseñarle cómo se jugaba.

¿Dónde estaba el villano extremadamente peligroso? El hombre que había visto allí sentado era un anciano intentando pasar el rato. Y sí, su conducta errática era propia de la edad y de alguien que ya

no tenía las fuerzas ni la juventud de antaño, que se frustraba cuando no podía seguir el ritmo. Su magia seguía viva, algo errática, sí, pero tan fuerte como la voluntad con la que la esgrimía.

El Señor Oscuro todavía tenía reminiscencias del azote que había sido, era alguien a quien admirar, de quien podía aprenderse muchas cosas y, en vez de tratarlo con el respeto que se merecía, de alojarlo en una institución a su altura, lo habían enviado aquí.

—Esto es ridículo —cerró el expediente y pasó al siguiente.

Arnold Vonbitten. Verdugo oficial de la Organización. Alias «Silent Morte». Especialista en interrogatorios y en necromancia. Ejecutor en los juicios de brujas de Salem. Retirado.

Le bajó un escalofrío por la columna al ver la larga lista de sentencias que había impartido a lo largo de su carrera, la cantidad de países y eventos importantes a nivel histórico en los que había estado. Era un hombre que te helaba la sangre con su sola presencia… y que se dedicaba a construir casas para pájaros en los árboles de la propiedad.

Ivar lo había visto varias veces merodeando por los terrenos, así que decidió seguirlo solo para encontrarle colgando una estructura de madera, con forma de castillo y ventanas decorativas, en uno de los árboles del jardín. El verdugo incluso se había sonrojado, por todos los infiernos.

Cerró el expediente con un resoplido. No se molestó en abrir los otros, sabía lo que decían y también lo que él mismo había anotado en el último mes con respecto a las personas de las que allí se hablaba.

Este maldito lugar no era como se lo habían presentado en la organización, ni tampoco sus huéspedes.

—Nada encaja —resopló, recostándose contra el respaldo, haciendo que la silla crujiese.

Unos suaves golpecitos en la puerta precedieron la llegada de la señorita Blackwood.

Esa mujer era otro enigma, uno que le costaba cada vez más resolver.

¿Cómo era posible que una bruja de su talla, nacida y criada en el seno de una de las más grandes familias de brujos oscuros de

todos los tiempos, fuese por ahí vistiendo como una hippy?

Sí, bien. El código establecía que las brujas expulsadas de la organización no podían vestir de negro, pero a la mayoría eso le daba igual. Era casi una afrenta renegar de la oscuridad, de sus raíces, y seguían usándolo. Segis, sin embargo, parecía una mezcla entre una integrante de una colonia hippy y una romaní.

Hoy llevaba el pelo recogido en un moño, con varios mechones sueltos. No tenía una apariencia intimidante, sino más bien… delicada, femenina… demasiado femenina.

—¿Qué quiere? —le preguntó con brusquedad.

Ella se limitó a poner los ojos en blanco y levantó un poco la bandeja que llevaba entre las manos a modo de respuesta.

—Agatha pensó que le vendría bien picotear algo —declaró dejando su carga en un lado del escritorio—. Y viendo su cara, creo que ha acertado. Tiene la misma expresión que pone Morcant cuando intenta recordar dónde dejó su dentadura.

—¿La de un hombre estreñido? —Esa era la expresión que solía lucir el viejo hechicero.

—Vale. Es posible que no haya elegido la mejor comparación. —Hizo una mueca y señaló el plato con unos bocadillos y una taza de café—. Se le ve cansado.

—Estoy trabajando.

—Déjeme adivinar, ¿más infracciones?

Se dejó caer en el sofá. Ivar observó cómo cruzaba las piernas, recogía uno de esos mechones rebeldes detrás de la oreja y esbozaba una pequeña sonrisa.

—¿Necesitaba algo en particular o solo ha venido a darme conversación, señorita Blackwood?

—Ni lo uno ni lo otro —replicó, encogiéndose ligeramente de hombros—. Simplemente quería comprobar que seguía vivo.

—¿Por qué no iba a estarlo? —resopló.

—Porque lleva varias horas aquí encerrado —señaló la habitación—. Los huéspedes ya se han acostumbrado a verlo pasearse de un lado a otro con su libreta, así que su ausencia ha llevado a que empezasen a hacer preguntas.

—¿Preguntas?

—Si la señora Wren ya lo había sacrificado, si Julius se lo habría comido o era cosa de Basi…

—Cosa del basilisco.

—Ya sabe usted cómo es Basi.

Puso los ojos en blanco.

—Como dije, tengo trabajo —indicó con un gesto las carpetas sobre el escritorio.

Ella le echó un vistazo a los papeles y luego lo miró.

—¿Puedo preguntar en qué anda metido ahora?

—No.

La vio hacer un mohín, pero su fría respuesta no fue suficiente como para que esa mujer abandonase su lugar y se marchase por donde había venido.

—Reconozco un expediente cuando lo veo, Vinter, así que no es como si fuese a revelar un secreto de estado.

—Es información confidencial —zanjó de nuevo con brusquedad.

—La confidencialidad en esta casa murió hace mucho tiempo —resopló ella. Se echó hacia delante y ladeó la cabeza. No tocó los papeles, tampoco es que hiciese falta, pues el que señaló tenía una página asomando—. ¿Ese es el de Morcant?

Cogió la carpeta y la devolvió con el resto.

—No es asunto suyo.

—¿Todavía figura como amenaza continental para la organización? —preguntó curiosa—. Dice que es de lo que más orgulloso está de toda su carrera.

—¿Qué parte de «no es asunto suyo» no ha entendido?

—¿Sabe que ayer se quedó dormido en el salón viendo un documental de jardinería? —continuó ella, ignorándole—. Sus ronquidos y los de Valessi hicieron temblar la casa. Pensé que alguien había invocado algo de nuevo en el sótano, pero no… Eran dos tiernos abuelos roncando.

—¿Qué demonios quiere, señorita Blackwood?

—Primero, que me llame Segis —le dijo, levantándose por fin de la silla—. Y segundo, que coma algo. Sé por experiencia que no se piensa bien con el estómago vacío. Los ruidos distraen.

Por Dios, ¿cómo alguien podía considerar a esta atolondrada una amenaza para la sociedad brujeril?

—La única que me está distrayendo aquí es usted…

—¿De verdad? —Sus ojos marrones se abrieron ligeramente y, si no supiese que era imposible, casi parecía emocionada por ello.

—Sí.

Sus labios se estiraron lentamente, formando una sonrisa que no debería parecerle tan atractiva.

—Perfecto. —No dudó un segundo en volver a sentarse.

—Segis…

No hizo más que pronunciar su nombre, pero debió de funcionar como una invocación o algo más dramático, porque de repente se escuchó a alguien gritar desde algún lugar de la casa.

—¡Segismunda Blackwood, tenemos problemas!

Ambos se miraron y ella resopló.

—Ya estamos otra vez.

Abandonó el sofá como si la estuviesen llamando para acudir al patíbulo, lo cual, en aquella casa, hasta sería posible.

—¡Nos han robado! —La exclamación llegó tan solo un par de segundos después, cuando la puerta de la biblioteca se abrió de par en par, chocando contra la pared y juraría que incluso resquebrajándose al hacerlo.

La señora Drekka enmarcaba el umbral, sartén en mano y visiblemente agitada.

Ivar cerró los ojos y suspiró.

—¿Cómo que nos han robado? —preguntó Segis, visiblemente sorprendida.

—La caja fuerte ha desaparecido.

Aquellas palabras fueron igual que invocar el caos.

Las paredes en esa casa escuchaban, Ivar estaba seguro de ello. En menos que canta un gallo, todos los huéspedes se habían enterado de dicha desaparición, reuniéndose en el comedor para enfrentar aquella nueva crisis.

—¿Cómo demonios ha pasado?

—¿Alguien sabe si estaba maldita?

—¿Tenía pies?

—¿Acaso esperas que saliese corriendo?

—¿Desde cuándo tenemos una caja fuerte?

Todos se volvieron hacia el señor Graham, el cual acababa de hacer aquella pregunta.

—Desde hace años —respondió la ama de llaves—. ¿Dónde piensa que guardamos los documentos importantes y otras cosas? ¿Debajo de la cama?

—¿Es que no se guardan allí? —intervino también Arnold, un poco conmocionado.

—No voy a preguntar… —negó Segis, reconduciendo la conversación a lo realmente importante—. ¿Había algo de valor dentro, señora Drekka?

—Las escrituras de la casa…

—La madre que me parió… —jadeó la administradora.

—Una gran mujer —aseguró la ama de llaves, antes de continuar—. También guardamos ahí la dentadura maldita del señor oscuro…

—Ya no está maldita —rezongó este—. Esa buena para nada se cargó la maldición.

—De nada —siseó la aludida, volviendo a coger la batuta de aquella absurda situación—. ¿Algo más?

—Pues los ahorros de la casa, ya sabe, los que pagan los gastos y esas cosas…

Todos palidecieron al mismo tiempo.

—Eso convierte esta desaparición en prioridad nacional —declaró el señor Morcant.

—Gracias por su observación, señor oscuro.

—Oh, no es nada —agitó la mano, orgulloso de sí mismo—. Llevo años perfeccionando mis dotes observatorias.

—Vale, pero, ¿cómo es posible que haya desaparecido una caja de ese tamaño? —preguntó Catherine, quien estaba dándole pequeños trozos de tarta de limón a Julius. Esa planta carnívora tenía un extraño sentido culinario—. Si mal no recuerdo, era enorme.

De repente, las cabezas se giraron a la otra esquina de la mesa, hacia el verdugo.

—¿Por qué me miran todos?

—Tú pareces tener la fuerza suficiente como para cargar con ella —masculló la señora Wren, entrecerrando los ojos en el hombre.

—¿Yo? —Abrió los ojos como platos.

—¿O Valessi? —señaló alguien más—. Esa armadura tiene pinta de ser pesadísima.

—¿Insinúa que soy un ladrón? —preguntó el caballero dando un golpe sobre la mesa—. ¡No perdonaré semejante ofensa! ¡Vamos, desenvaina tu espada, bellaco!

—Nadie va a desenvainar nada —avisó Segis, fulminándolos con la mirada—. Ni se les ocurra. Y usted, no ose sacar la libreta…

Ivar puso los ojos en blanco ante semejante alusión, pero guardó silencio. Se limitó a contemplar aquel despliegue de reproches desde la barrera, fijándose en cada uno de ellos y en sus respuestas, analizando cada una de ellas.

Pasaron otros veinte minutos antes de que llegasen a la conclusión de que nadie había podido llevarse por sí mismo una caja fuerte de hierro tan pesada y descubriese, además, lo que cada uno de ellos había hecho el día anterior.

Arnold había alimentado a los gatos callejeros de fuera de la verja. Decía que les daba pena que estuviesen solos e hizo una disertación sobre la soledad y sus efectos.

Morcant admitió que enviaba dinero anónimamente a sus antiguos subordinados. Muchos de ellos habían perdido a sus familias, incluso sus hogares, y era la única manera en que tenía de ayudarlos. Escuchar a un hombre de su talla y oscuridad hablando de tales cosas, lo noqueó un poco.

Valessi, por su parte, se había pasado la tarde escribiendo cartas a las viudas de los soldados caídos en combate. Llevaba décadas anotado en una lista de contactos y mantenía correspondencia regularmente.

La señora Wren se había pasado el día acicalando su piedra de sacrificios. Aquello podía ser lo más normal de todo, si no fuese porque acabó diciendo que estaba confeccionándole además una funda de *patchwork* para poder guardarla después.

No le sorprendió escuchar que Catherine dedicaba horas a cuidar de las criaturas abandonadas en el bosque, aunque no

especificó qué tipo de criaturas eran, viendo a la que tenía por mascota, podía hacerse una idea.

Más y más confesiones salieron a la luz, demostrando lo que él mismo había visto en esas últimas semanas conviviendo entre ellos. Los expedientes que había dejado sobre el escritorio de la biblioteca no se ajustaban a la actual realidad de estas personas.

Y eso podía ser un verdadero problema.

—Bien, si el ladrón no es ninguno de nosotros, ¿entonces quién ha hecho desaparecer la caja fuerte? —concluyó Segis finalmente.

Casi era poética la manera en que las respuestas solían llegar por sí solas cuando esa mujer abría la boca. El basilisco apareció por la puerta, reptando con toda la tranquilidad del mundo, mientras canturreaba en busca de atención.

Varios pares de ojos se clavaron de inmediato en la criatura y esta, con ese aspecto inocente y demasiado encantador para una serpiente con rostro dragonesco, cuernos y plumas, pareció encantada con toda la atención.

—Basilio —pronunció Ivar, señalando a la serpiente que ya se había subido a la mesa y miraba a todos los allí reunidos, decidiendo a quién embaucar ahora.

—¿En serio? —Segis cruzó la mirada con él.

—Cosas más raras se han visto por aquí, ¿no? —admitió Catherine.

—Basi, cariño… —Segismunda siempre usaba un tono amoroso cuando se dirigía a la serpiente y esta no dudó en decidir que ella era su persona favorita en esos momentos—. De casualidad no te habrás comido una enorme caja fuerte, ¿verdad?

La serpiente eructó una moneda de oro.

—Pero, ¿cómo demonios lo ha hecho?

—¿Y dónde lo tiene? Es imposible que le coja ahí dentro.

—¿Con la de cosas que se come a diario? —chasqueó la señora Drekka—. Esa serpiente tiene un agujero negro por estómago.

—Basi, cielo, escupe la caja fuerte —le pidió Segis, acariciándole la cabecita—. Es demasiado pesada para ti. Te va a sentar mal.

Un nuevo eructo y la caja fuerte acabó cayendo sobre la mesa y rompiéndola a la mitad.

—Bueno, sigue entera…

—Eso desafía toda lógica —señaló Arnold.

—Y también la física —añadió el señor Morcant, cogiendo la boca de la serpiente y abriéndosela para mirar dentro—. ¿Cómo demonios lo hace?

La serpiente canturreó contenta.

—Una pregunta mejor sería, ¿cómo coño se la ha tragado? —aseguró Catherine.

—Eso no lo sabemos.

—Ni queremos saberlo —aseguró Segis, cogiendo a la serpiente, que no dudó en enroscarse en torno a su cuello como una bufanda, para luego frotar su cabecita romboide contra su mejilla—. Nos basta con saber que es Basilio.

Ivar negó con la cabeza y abandonó el comedor en silencio para volver a la biblioteca a finalizar con sus reportes.

Sentado de nuevo tras el escritorio, recuperó la pluma, miró la hoja que tenía delante y empezó a escribir:

«Tras varias semanas de observación, los residentes de la Pensión Blackwood presentan comportamientos incompatibles con los perfiles registrados por la organización. No existen pruebas que indiquen que los residentes constituyan actualmente una amenaza significativa para la sociedad sobrenatural».

Se detuvo unos instantes, repasó las líneas y dudó un segundo antes de continuar.

«La señorita Segismunda Blackwood está desempeñando su papel de administradora de la propiedad con rigor y profesionalidad. Mi conclusión es que la bruja oscura a la que se me asignó vigilar no representa una amenaza ni para la organización, ni para el gremio de brujos y villanos. Recomiendo la suspensión de la pena, la reintegración de su lugar en la organización y que mantenga su puesto como directora y administradora de la propiedad nombrada como Pensión Blackwood para villanos retirados».

Firmó la hoja con su nombre, la enrolló, le añadió el lacre correspondiente y la envió por vía mágica a la sede.

La organización se había equivocado con aquella mujer, aunque puede que dicha equivocación fuese lo mejor que le hubiese pasado a Segismunda Blackwood y a todas las personas que vivían bajo este techo.

CAPÍTULO 8: Cómo organizar una cena diplomática sin invocar demonios.

Recibir cartas con membrete oficial debería estar prohibido en la Pensión Blackwood.

Segis se quedó mirando el sobre como si fuese lo más peligroso que había en aquella casa y, por muchas razones, sin duda lo era. Habían sobrevivido a duras penas a una inspección, así que no quería ni pensar qué narices querrían ahora los del consejo.

Respiró hondo, como si necesitase reunir fuerzas para enfrentarse a esa carta, y la cogió entre las manos.

—Ve, no es una bomba.

Fulminó con la mirada a Ivar, quien permanecía cómodamente sentado tras el escritorio de la biblioteca. El inspector había hecho de aquel su propio territorio, uno en el que parecía sentirse lo bastante cómodo como para empezar a perder un poco de aquella rigidez inicial.

Lo que no había perdido un ápice era su apostura. El tipo estaba cada día más bueno o quizá fuese solo que a ella le gustaba un poquito más.

—Tratándose de la organización, podría serlo.

—Ábrala.

—¿No quiere hacerlo usted? —Se la ofreció.

—Está dirigida a usted.

Hizo una mueca y, finalmente, rompió el lacre.

—Si es otra inspección, no sobreviviremos. Ya se lo digo yo.

—No creo que lo sea.

Segis sacó el papel y empezó a leer las escuetas líneas que componían la carta.

—¡Por todos los demonios del infierno! —jadeó, volviendo a repasar párrafo por párrafo—. Tiene que ser una broma.

—¿Qué ocurre?

Bajó la hoja y se encontró con esa mirada azul fija en ella.

—Es mi madre… —balbuceó—. Quiere que organice una cena diplomática aquí y que yo sea la jodida anfitriona.

—¿Y eso es malo?

—Mi madre cree que puedo organizar una cena diplomática. —Agitó el papel, como si eso pudiese enfatizar el problema.

—Eso parece una muestra de confianza.

—No. —Sacudió la cabeza—. Eso significa que piensa venir.

El silencio se instaló en la biblioteca y, a juzgar por el cambio en la expresión de Ivar, al fin parecía haber entendido que esta era una situación gravísima.

—Ah.

—Sí.

—Comprendo.

—No tiene la menor idea de lo que eso significa, ¿verdad?

—Pues no —respondió con absoluta franqueza.

—Mi madre es la clase de mujer que considera que una invocación demoníaca durante el postre es una falta de educación —resopló.

—Eso parece razonable.

—Porque no ha conocido a mi familia. —Se pasó la mano por el pelo, desordenándolo—. Si no, sabría que esperaría algo mucho más grandioso durante el postre. Una horda, posiblemente.

—¿Una horda de qué?

—Dependerá del menú —resopló—. No puedo creer que diga esto, pero hubiese preferido enfrentarme a otra inspección antes que al azote de los Blackwood.

Y es que lo más preocupante de todo era que la carta además había llegado a través de la organización, lo que significaba que no era solo un capricho familiar, sino algo oficial de cojones.

—Estamos perdidos. Muertos. *Caput* —dramatizó—. De esta, la organización me manda a una casita abandonada en Siberia o algo parecido. Cualquier sitio donde no pueda cagarla.

Ivar enarcó una ceja.

—¿Me está diciendo que nunca ha preparado una cena de estas características?

—¿Personalmente? No. Aunque he asistido a mi madre en algunas… —admitió. Belladonna Blackwood se había encargado de que estuviese atenta y aprendiese todo lo necesario para moverse en la sociedad, aunque luego no hubiese tenido ocasión de poner en práctica dichos conocimientos. Pues bien, el fatídico día parecía haber llegado—. Esto tiene que ser un castigo infernal, se lo digo yo.

—O una oportunidad.

Lo miró como si acabara de sufrir un golpe en la cabeza.

—¿Una oportunidad para qué?

—Para demostrar que puede hacerlo.

—Ivar, estamos hablando de una cena organizada por orden de Belladonna Blackwood.

—Sigo sin ver el problema.

—Porque no ha conocido a mi madre.

—Ya me lo ha dicho.

—No, no lo entiende. Mi madre es capaz de detectar una servilleta mal doblada a diez metros de distancia.

—Eso parece una habilidad muy específica.

—Una vez canceló una recepción porque las velas proyectaban sombras poco favorecedoras sobre una delegación de nigromantes.

Ivar guardó silencio.

—¿Lo ve?

—Empiezo a comprender su preocupación —admitió él.

—Y eso fue un martes tranquilo.

—Empiezo a pensar que los martes tienen un significado especial para usted.

—Los martes tienen un significado especial para el universo —aseguró, señalándose a sí misma—. Yo solo soy la víctima.

Miró de nuevo la carta, repasó una vez más aquellas líneas y supo que, por más que desease que se esfumasen, que no

existieran, lo que había escrito su madre era de obligado cumplimiento.

—Vale. De acuerdo. —Necesitaba serenarse y pensar como una Blackwood, o por lo menos como esta Blackwood—. Lo único que tenemos que hacer es dar buena impresión, evitar asesinatos no planeados y conseguir que nadie invoque entidades prohibidas en el comedor.

Ivar la observó en silencio.

—El hecho de que eso deba especificarse me preocupa muchísimo —mencionó él.

—Créame. Esta vez soy capaz de grabar esas normas en piedra para que todos las vean —afirmó con rotundidad—. Más por ahora, tengo que hablar con la señora Drekka para darle la maravillosa noticia de que vamos a celebrar una cena diplomática en su comedor y que posiblemente su ídolo de juventud asista como invitada.

—¿Y después?

Segis ya estaba de pie, lista para salir por la puerta.

—¿Después qué? —lo miró.

—Después de que sobreviva a la señora Drekka.

—Supongo que reuniré a todos y estableceré unas normas básicas —decidió.

—¿Normas?

—Sí.

—Eso nunca ha funcionado aquí.

Odiaba que tuviese razón.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué seguir intentándolo?

—Tengo la esperanza de que algún día pueda ocurrir un milagro.

El inspector dejó escapar un resoplido.

—¿Trabaja con magia oscura y aun así cree en milagros?

—Es más probable que ocurra un milagro que conseguir que la señora Wren no intente sacrificar a alguno de los invitados.

Y con eso salió por la puerta dispuesta a convocar una reunión de emergencia, las cuales empezaban a convertirse en otro clásico

de este lugar.

Las reuniones de emergencia en la Pensión Blackwood se parecían bastante a las invasiones demoníacas. Nadie las esperaba realmente, siempre llegaban en el peor momento posible y, por alguna razón, terminaban reuniendo a todo el mundo en el comedor.

Quince minutos después, los residentes ocupaban sus puestos habituales alrededor de la mesa principal. Morcant había aparecido envuelto en una manta oscura y con una taza de té entre las manos, como si estuviese dispuesto a presenciar una tragedia ajena. Valessi seguía llevando la armadura completa. Segis empezaba a sospechar que aquel hombre dormía con ella. Catherine había traído a Julius, quien mordisqueaba una servilleta con aparente satisfacción. La señora Wren tejía algo que parecía sospechosamente una capucha ceremonial y Basilio dormitaba enroscado sobre la mesa, ocupando aproximadamente el espacio destinado a tres personas y media.

Todos la observaban expectantes, imaginándose que lo que estaba a punto de salir de su boca era el preludio de otra catástrofe.

No se equivocaban mucho.

—Va a celebrarse una cena diplomática en la Pensión Blackwood por orden de mi querida y maldecida madre.

Un silencio sepulcral cayó sobre el comedor, haciendo que incluso Basilio abriese un ojo para ver qué lo había causado.

—¿Belladonna Blackwood? —preguntó finalmente Morcant.

—La misma.

El señor oscuro se hundió un poco más en la silla.

—Oh.

Aquello no era una reacción tranquilizadora.

—¿Ese *«oh»* qué significa exactamente?

—Significa que deberíamos empezar a limpiar inmediatamente —aseguró el ama de llaves. Si alguien conocía bien a su madre, esa era ella. No en vano había llevado esta casa bajo la implacable mirada de su señora—. ¿Sabemos ya cuántos invitados van a venir? ¿Quiénes son? ¿Hay alguno alérgico? Tengo que elaborar la lista de la compra. Si conozco bien a la señora Belladona, esperará lo mejor de lo mejor. Y eso incluye que usted se vista de manera apropiada, señorita Segis.

Se miró e hizo una mueca.

—Casi agradezco no poder usar el negro —murmuró.

—El negro no, pero… ya encontraremos algo.

Sacudió la cabeza y se volvió hacia el Señor Oscuro.

—Todavía no me ha explicado qué significa ese «oh».

—Conocí a su madre durante una recepción en el setenta y cuatro —resopló, pasándose la mano por la cabeza con gesto incómodo.

—¿Y?

—Me hizo rehacer un brindis tres veces —rezongó.

Valessi soltó un silbido de admiración.

—Una mujer formidable.

—Una tirana —corrigió ella. Y de las buenas, además. Era única ejerciendo de villana.

—Las dos cosas no son incompatibles —intervino la señora Wren.

—Estoy con la anciana del sacrificio —asintió Morcant.

—Nunca pensé que escucharía esa frase pronunciada en serio —aseguró la aludida, mirando de refilón al hombre.

—No se acostumbre.

—Una preguntita… —Catherine levantó la mano—. ¿Por qué demonios han elegido este lugar para hacer una recepción? Es una pensión, no la sede de la organización.

—Porque alguien en el consejo de la organización parece tener una particular cruzada contra la señorita Blackwood.

Las palabras de Iver hicieron que todos volviesen la cabeza en su dirección. Ella, la primera.

—Eso explicaría muchas cosas —admitió la señora Drekka, como si aquello no la tomase por sorpresa.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió, posando de nuevo su atención sobre él.

—Tengo mis fuentes.

Esperó a ver si decía algo más, pero el inspector permaneció callado.

—¿Y ya está? ¿Es todo lo que me va a decir?

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó con su habitual frialdad.

—¿Lo que sabe, quizás?

—Es confidencial.

—¡Y una mierda! —resopló y, con el golpe de genio, vino también el surgimiento de su poder—. Me despojaron de mi rango en la organización y me mandaron aquí, a hacerme cargo de esta pensión como castigo…

—¿Y lo es? ¿Un castigo? —La pregunta vino de Arnold. El verdugo posó esos inquietantes ojos sobre ella.

Y no fue el único, hubo varios miembros que la miraron, aunque de manera más disimulada.

Negó con la cabeza.

—Sorprendentemente, dejó de serlo después del primer incidente —admitió sincera.

El hombre asintió, conforme, y casi pareció como si la habitación entera suspirase de alivio.

—La mandaron aquí porque la creen incompetente, señorita Segis —dijo la señora Drekka. Su ama de llaves no se callaba ni debajo del agua, pero era de las pocas cuyas palabras respetaba. Ella llevaba en este lugar toda su vida—. Usted no encaja ni encajará jamás en los estándares de esos estirados, aunque le aseguro una cosa: encaja aquí.

Y eso era, con toda probabilidad, lo más bonito que escucharía jamás de boca de su ama de llaves.

—Ahora, consiga esa maldita lista de invitados o no será solo usted la que esté acabada, lo seremos todos —declaró con total franqueza.

—Sí, señora.

La lista de invitados apareció un par de horas después, clavada con un cuchillo en la puerta de la cocina. Nadie preguntó cómo había llegado hasta allí. En la Pensión Blackwood existían fenómenos mucho más inquietantes que una lista de invitados con tendencias homicidas.

Lo que ya no era tan fácil ignorar eran los nombres que la componían.

Representantes de distintos sectores del gremio de villanos, miembros destacados de antiguas familias, dos consejeros de la

Organización y varias figuras cuyo simple nombre bastaba para llenar páginas enteras de los libros de historia.

Y, encabezándolos a todos, figuraba Belladonna Blackwood.

—Lord Malachai Graves, Gran Nigromante del Norte, lady Morganna Voss, Reina Pirata Retirada, el consejero Riper… —Empezó a repasar la lista—. Vale, a este le conozco… a esta también, aunque hace siglos que no la veo… Mi madre, por supuesto, y… Oh, Dios…

—¿Qué ocurre? —La señora Drekka la miró desde la cocina.

—Mi tía Agatha. —Sintió cómo el alma empezaba a abandonar lentamente su cuerpo—. Viene a la cena.

—Esa mala pécora siempre ha sido la joya de la corona de las fiestas de la señora Blackwood.

Y una auténtica cabrona de manual, añadió Segis mentalmente. La hermana de su madre era una villana de pies a cabeza, una bruja oscura nivel averno, de las que era mejor no cabrear si no querías terminar atado a un espeto y dando vueltas sobre una parrilla.

—Oh… —añadió de forma tardía—. Qué bien.

—¿Has encontrado a alguien aún más repelente?

—Peor. Acabo de ver la fecha. Tenemos tres días para prepararlo todo.

—Bueno… —Drekka se arremangó—. Siempre he querido que me dé un infarto. Es algo que todavía no he experimentado.

Y, por raro que pareciese, lo decía con una enorme sonrisa en la cara.

Los próximos tres días fueron un auténtico caos. Todo el mundo estaba decidido a tomar parte de los preparativos, aunque eso supusiese poner en peligro su propia integridad.

Drekka apareció desde la cocina empuñando una sartén como si fuese un arma medieval.

—¿Quién ha tocado mi salsa?

Segis levantó la cabeza de la lista que estaba repasando y vio cómo el señor Graham señalaba a Morcant.

—Ya no se aprecia ni el arte culinario —protestó el anciano—. Era indispensable añadirle un toque de carácter, algo que recuerde las batallas de antaño.

Se hizo el silencio y eso no era bueno.

—¿Le has puesto sangre de cabra a mi salsa?

El hombre sacó pecho y asintió.

—Un hombre tiene que darlo todo en la batalla, señora Drekka —declaró con total seguridad—. No puede sucumbir al deshonor.

—¿Qué deshonor ni qué ocho cuartos, imbécil? —La mujer levantó la sartén. Un momento después, esta volaba a través del comedor como un proyectil. Y sí, impactó de lleno. El hombre cayó hacia atrás como el tronco de un árbol.

—¡Señora Drekka! ¡Que nos lo mata!

Corrió hacia el anciano tirado en el suelo solo para verle riéndose a carcajadas.

—Siempre tan efusiva, querida.

El ama de llaves recogió su sartén del suelo, bufó y volvió a la cocina.

—¡El próximo que se le ocurra profanar la cocina recibirá un sartenazo aún mayor!

A juzgar por la manera en que tragaron algunos, nadie tenía pensado poner a prueba a esa mujer.

—¿Cree que llegaremos a la noche de la cena, señorita Blackwood?

Segis levantó la cabeza para encontrarse con la mirada de Ivar paseándose de Morcant a ella.

—Más nos vale —respondió con una mueca.

Las cosas no habían mejorado al día siguiente, si acaso se habían vuelto aún más absurdas.

Valessi se había autoproclamado el maestro de ceremonias del evento y llevaba las últimas veinticuatro horas repartiendo cargos.

—Necesitamos una guardia de honor.

—No necesitamos tal cosa —negó ella de inmediato.

—Toda recepción digna necesita una guardia de honor —insistió, llevándose el guantelete al pecho.

—Es una cena, señor Valessi.

—Precisamente por eso, muchacha, precisamente por eso —declaró y, sin mediar palabra, se fue dando órdenes a diestro y

siniestro para que adquiriesen uniformes y se preparasen para marchar.

—Esto va a salir mal, pero que muy, muy mal.

Se encontró a Catherine explicándole a Julius que no podía comerse ningún invitado, aunque a la planta carnívora, el maniquí sentado a la mesa le pareció lo bastante apetitoso como para comerse la cabeza en el mismo instante en que su dueña dejó de mirar. Esa planta tenía un serio problema con la comida.

—Escúpelo. Escúpelo ahora mismo, Julius —le decía la invocadora—. El plástico te sienta fatal.

Sin embargo, la planta estaba demasiado encantada consigo misma masticando la cabeza del maniquí.

La señora Wren, por otro lado, llegó rezongando sobre la poca clase de las cocineras, su falta de mundo y, sobre todo, la falta de gusto culinario.

—Todo mejoraría si pusieran los entrantes sobre pequeñas bandejas que hagan la función de piedras rituales —farfullaba mientras arrastraba los pies por el pasillo—. Qué importa si sacrifican un dedo o dos… Eso le dará incluso encanto.

Escuchó comentarios de parte de Hermenegilda, quien no sabía qué ponerse para la cena, y de Arnold, quien buscaba a alguien que pudiese coserle un botón a su traje de los domingos. Dentro de aquella locura colectiva, escucharlos preguntar cosas tan normales era un alivio, la verdad.

No lo era tanto la desaparición de Basilio. Nadie sabía dónde estaba el basilisco, unos decían haberlo visto en el ático, otros en la biblioteca de la segunda planta, alguien señaló que estaba durmiendo en un árbol del jardín… pero la serpiente no aparecía por ningún lado y eso jamás era buena señal.

A saber qué estaría haciendo.

—¿Basi? —Llamó a la criatura, esperando escuchar ese canturreo que le resultaba tan característico—. Basi, cariño.

Segis abrió un poco la puerta de la biblioteca y empujó con suavidad, solo para encontrarse a Ivar recostado en la silla con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. El inspector no había dejado

de rezongar en todo momento, mas también se había implicado en el evento, aunque fuese a su manera.

Entró despacio, mirando a su alrededor, buscando a la serpiente, mas no por ello dejó de echar fugaces vistazos al hombre. Parecía dormido, lo cual era ya de por sí algo milagroso. Estaba por apostar que ese hombre no hacía algo más propio del más común de los mortales.

Le gustaría admitir que había terminado en la esquina en la que él estaba casi por casualidad, mas sería una flagrante mentira.

Se concedió un instante para contemplar ese rostro relajado, libre de la dureza de siempre. Era realmente un dios vikingo, tan rubio, tan fuerte y con ese aire que te hacía plantearte si fuera realmente humano.

Porque, ¿qué sabía realmente de Ivar Vinter? Que trabajaba para la Organización como inspector, que no se inmutaba por la mayoría de las cosas que pasaban en este lugar y que poseía un aura de poder propio, similar al de un brujo y, aun así, había algo más en él… No sabría decir muy bien el qué.

Antes de poder detenerse a sí misma, estiró la mano y le apartó un mechón rubio de los ojos. Fue tan solo una caricia de los dedos, aunque fue suficiente para que las espesas pestañas rubias se levantasen y se encontrase con dos pedazos de hielo azul mirándola fijamente.

—*Um*… perdón por despertarle.

Él se quedó inmóvil durante unos segundos, entonces parpadeó y, cuando volvió a mirarla, su mirada parecía ya más despejada.

—Segis… —Escucharle pronunciar su nombre le provocó un cosquilleo—. ¿Ha ocurrido algo?

Negó con la cabeza.

—No. Vuelva a dormirse. Se ha ganado el descanso.

Con esas últimas palabras, sonrió y se apartó para dirigirse de nuevo hacia la puerta.

—Ah. —Se detuvo en el umbral—. Si ve a Basilio por ahí, avíseme. El condenado lleva desaparecido desde esta mañana.

El inspector frunció el ceño.

—Eso no es bueno.

—No. Nunca lo es —afirmó, saliendo finalmente de la habitación—. Ay, Segis. En qué líos te metes.

Chasqueó la lengua, sacudió la cabeza y continuó con sus tareas. Había todavía mucho que hacer y se estaban quedando sin tiempo. La cena sería en dos días y más le valía encontrar antes de entonces un vestido que no dijese *«soy una bruja hippy. Caos y amor para todos».*

***

La noche de la cena llegó envuelta en un fuerte aguacero acompañado por rayos y truenos. Un antiguo *Rolls-Royce* negro enfiló por el camino de entrada, las luces abriéndose paso en la densa cortina de lluvia a medida que avanzaba hacia la casa. Segis supo quién iba dentro incluso antes de que este se detuviese en la entrada y el conductor bajase con un paraguas para abrir la puerta trasera.

—Que nadie respire —advirtió Morcant, vestido con sus mejores galas, al igual que el resto de los huéspedes, y más tieso que un palo.

—Si dejo de respirar, muero —apuntó la anciana nigromante.

—Lo cual sería un verdadero problema ahora mismo, señora Wren —le aseguró ella, notando cómo el corazón se le aceleraba—. Por favor, resista un poco más.

—La que debería de respirar es usted, ¿no le parece? —mencionó Ivar, quien había dejado de prestarle atención al primer coche para fijarse en los dos que entraron a continuación.

—Respirar está sobrevalorado en estos momentos, Ivar —murmuró ella un segundo antes de que la matriarca de la familia hiciese acto de presencia.

Belladona Blackwood era capaz de succionar el aire de un lugar con su presencia y congelarlo con la intensidad de su mirada. Una que acababa de posar sobre ella con la frialdad de una auténtica villana.

—Buenas noches, madre.

Belladonna la observó durante un interminable segundo.

—Segismunda.

Y, por extraño que pareciera, aquella única palabra consiguió ponerla más nerviosa que cualquier inspección de la Organización.

Sí. No había perdido su toque. Daba igual el tiempo que llevase sin verla o que fuese de su propia familia, con esa mujer siempre había una formalidad implícita que le ponía los pelos de punta.

La gente de pie detrás de ella tuvo la misma sensación, ya que nadie fue capaz de decir una sola palabra… hasta que la señora Drekka les recordó que estaban ante una mujer de carne y hueso. Una bruja formidable, sí, pero mortal a fin de cuentas.

—Siempre supe que llegaría el día en que la volvería a ver atravesando estas puertas, señora Blackwood.

La mirada fulminante que dirigió su madre al ama de llaves no le pasó desapercibida a nadie, pero al contrario que los demás, puede que ellos sí se hubiesen perdido la sutil curvatura que tocó los labios de Belladona durante un breve segundo.

—Por todos los arcanos, Drekka, ¿has decidido jubilarte con la mansión?

—Alguien tenía que cuidar del frente, mi señora.

Su madre se pellizcó la falda del vestido con los dedos y subió los tres escalones que la separaban del porche y de ellas.

—Interesante elección de vestido, Segismunda. —Esas palabras fueron una punzada directa al corazón, pues no eran muchas las ocasiones en las que su madre le había dado su aprobación. Y, definitivamente, esa era una gran aprobación.

—Gracias, madre —respondió manteniendo la barbilla en alto, a pesar de que no pudo evitar acariciar la tela color rojo sangre de su vestido—. Si gustas pasar adentro… tengo que recibir al resto de *mis* invitados.

Sus ojos se encontraron con los suyos, soltó un pequeño resoplido y atravesó el umbral, cogiéndose, para sorpresa de todos, del brazo del ama de llaves.

—Dime, Drekka, ¿cómo consigues mantener esa piel tan blanca después de tanto tiempo?

Segis suspiró para sus adentros, agradecida por esa pequeña victoria.

El primer vehículo desfiló para terminar aparcando al otro lado de la entrada, dejando que el siguiente se detuviese a continuación. La lluvia empezó a amainar, si era casualidad o cosa de la bruja oscura que ya estaba en la mansión, eso no lo sabía, aunque conociéndola todo era posible. Para cuando se abrieron las puertas de los dos siguientes vehículos, ya no caía una gota, los invitados bajaron de sus respectivos coches, tomándose un momento para admirar el lugar con todo tipo de expresiones.

Y entre todos ellos destacaba, cómo no, una mujer en particular.

Su sonrisa ladeada, el brillo burlón en sus ojos y ese aire de *«podría licuarte los huesos con tan solo desearlo»* representaban demasiado bien a su tía Agatha.

—Segismunda, querida, cuán agradable verte esta noche y tan bien a pesar de tan desagradable infortunio. —Su voz era engañosamente suave, como una caricia, de esas que impregnaban de veneno—. Te ha sentado bien volver a casa después de tanto tiempo.

—No te haces una idea de lo certeras que son esas palabras, tía Agatha —respondió con una educada sonrisa—. Me hacía falta un cambio de perspectiva, me parece. El consejo fue muy amable recomendándome este… retiro espiritual.

Vale. Sí. Puede que se hubiese pasado un poquito de irónica, pero esa mujer no era precisamente su persona favorita en el mundo. Más bien todo lo contrario. La había atormentado desde que era una niña, incluso de adulta la había acojonado en alguna ocasión. Y es que era indudable el poder que tenía, además de la experiencia.

Su tía tenía un historial impresionante dentro de la Organización. Tanto que, durante años, la habían utilizado como vara de medir.

«Ojalá te parecieses más a Agatha».

«Comparada con su tía, es como un cachorrillo enfermo… Habría que sacrificarla».

«Ni siquiera ha heredado la belleza de Belladona, Agatha, en cambio…».

Sí. Su tía. La bruja perfecta, la mujer capaz de poner a naciones de rodillas, de sembrar plagas y envenenar a enemigos con tan solo una caricia. Estaba muy bien considerada dentro de la organización, tanto que era una de las miembros del consejo.

—Retiro espiritual. Qué pintoresco —se rio, extendió la mano para acariciarle el rostro y Segis, inteligentemente, dio un paso a un lado. No la llamaban *«hiedra venenosa»* por nada.

—Espero que te siga pareciendo así una vez entres —la invitó con un gesto de la mano—. Adelante.

Escuchó un par de murmullos a su espalda, saludando a la recién llegada, así como las fuertes pisadas de la armadura de Valessi parándose detrás de ella.

—Si necesitáis que mate al dragón por vos, solo dadme la orden, Segis —murmuró el hombre en voz baja.

Miró hacia atrás y se encontró con los ojos del hombre a través de la apertura del yelmo.

—Lo tendré en cuenta, sir Valessi.

El anciano hinchó el pecho, enderezándose aún más al escuchar el título.

—Señorita Blackwood… —La saludó entonces el inspector Riper, dando así inicio al siguiente bloque de invitados—. Me alegra verla de nuevo.

—Inspector, siempre y cuando prometa no someterme a otra inspección, yo también me alegraré de verle a usted —aseguró con una sonrisa.

El tipo se rio y saludó a Ivar, mientras ella recibía al resto de la comitiva y los invitaba a entrar en la mansión.

Segis empezó a relajarse en cuanto todo el mundo estuvo ya dentro y en el comedor. La tensión parecía haberse ido rebajando lo suficiente como para disfrutar, los invitados charlaban, admiraban la decoración y disfrutaban de la comida. Su madre incluso le había dirigido unas cuantas preguntas que no parecieron dardos y su tía se estaba comportando… lo cual sin duda se debía a la presencia de su progenitora.

Nadie hacía un desaire ante Belladona Blackwood a menos que quisieras morir lenta y dolorosamente.

Hacia el postre, todo el mundo había bebido y disfrutado de la velada tanto como para considerarla una prueba superada… o lo habría sido si él, hasta entonces desaparecido Basilio, no apareciese de repente al lado de la pirata retirada y se zapase alegremente su copa de cristal.

La mujer se quedó mirando a la criatura como si acabase de producirse una invocación.

—¿Por qué hay una… serpiente supermona… sobre la mesa comiéndose una copa?

Segis dejó escapar una nerviosa sonrisa y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Ese es Basi y tiene déficit de minerales.

Ivar, que ocupaba el asiento a su lado, se bebió el vino de la suya de inmediato, sus ojos fulminándola por encima del cristal un segundo antes de que Basi canturreara, se enroscase en su brazo y se zampara la copa entera.

—Y van dos.

—¿Esa… serpiente es tuya, Segismunda? —La voz de su madre sonó como un trueno en la sala.

—Es un basilisco y… no, qué va. —Sacudió ambas manos con rapidez—. Basi es… Basi.

—Lleva aquí casi tanto tiempo como la casa, querida —mencionó la señora Drekka, quien había ocupado el lugar de escolta de su madre durante toda la noche—. Es una criatura adorable.

—Y también un saco sin fondo… —mencionó alguien entre los huéspedes.

—Ciertamente es… particular —corroboró la matriarca de la familia, estirando el brazo hacia la serpiente como si pretendiese llamar a un perrito—. ¿Basi, dices que se llama?

—Basilio —murmuró, porque esto no era algo que viese todos los días.

Al escuchar su nombre, la serpiente se incorporó y miró en su dirección, hizo ese sonidito tan cuqui y luego… eructó.

Un candelabro acabó sobre la mesa.

—¡Sabía que habías sido tú!

Al primer eructo le siguió otro:

—Espera, tiene un reloj igual que el mío… —comentó alegremente uno de los invitados, hasta que se miró la muñeca y la vio desnuda—. Oh. ¿Cómo lo ha hecho?

La serpiente sacó su lengua, agitándola en el aire para luego deslizarse sobre la mesa y detenerse delante de su madre. Se la quedó mirando, emitió de nuevo ese pequeño sonidito y, acto seguido, eructó de nuevo.

Un puñado de huesecitos cayó en su plato y el basilisco canturreó de plena satisfacción.

—¿Para mí? Qué detalle.

Segis gimió.

—Puedo explicarlo… —murmuró. Aunque, no, la verdad es que no podía explicar nada.

Y, por si sus niveles de estrés no habían llegado todavía a su punto álgido, el conocido sonido de un patinete llegó por el pasillo, justo antes de que Julius hiciese acto de aparición.

Y la planta carnívora… brillaba.

Como una jodida lámpara de neón.

—¿Qué coño te has comido ahora, Julius? —jadeó Catherine, levantándose de golpe de la mesa para ir junto a su mascota—. Ay, Dios. Esto tiene mala pinta, muy mala pinta…

—Esa no es una planta carnívora prohibida en siete territorios —preguntó su tía Agatha, a la cual la fascinaban las plantas raras y peligrosas.

—No, en este territorio no… —respondió ella, volviéndose hacia la invocadora—. ¿Por qué narices está brillando?

—Creo que se ha comido una de mis pociones —mencionó Hermenegilda, mirándola con ojos como platos—. Qué guay… Provoca luminiscencia.

La planta empezó a avanzar entonces hacia la mesa mientras todos observaban horrorizados cómo olfateaba el aire y vibraba emocionada… para finalmente dar un salto y zamparse de un bocado el rosbif.

Segis se quedó inmóvil, mirando a esa monstruosa planta devorando feliz la carne mientras los comensales la miraban alucinados… Hasta que empezaron a aplaudir como locos.

—¡Eso ha sido increíble!

—¡Qué agilidad!

—¡Y que modales! ¡No ha manchado nada!

—¿Y dices que brilla así porque se ha comido una de tus pociones, muchacha? —Le preguntaron ahora también a Hermenegilda.

Esta asintió cohibida.

Segis paseó la mirada de un lado a otro, atónita. Llegó a ver cómo el inspector Riper intentaba contener la risa, Ivar se cubría el rostro con una mano y su madre… su madre sonreía mientras acariciaba a Basi, quien se había enroscado en su mano.

—Por todos los círculos del abismo… —jadeó su tía, estirando la mano para tocar a Julius y reírse después cuando la planta quiso comérsela—. ¡Qué adorable!

—¿Segismunda? —La voz de su madre hizo que levantase la cabeza y se volviese en su dirección.

—¿Sí?

Cuando levantó la cabeza y se encontró con sus ojos, vio algo que no había visto en muchísimo tiempo.

—Esta es la cena más entretenida a la que he asistido en siglos, hija mía —aseguró y parecía realmente estar conteniendo la risa—. Enhorabuena.

Una amplia y renuente sonrisa empezó a curvarle los labios hasta que finalmente acabó riéndose a carcajadas.

—Gracias, mamá.

CAPÍTULO 9: La Pensión Blackwood nunca fue un castigo.

La noche era uno de sus momentos favoritos del día, quizá porque se sentía en comunión con ella o porque era más fácil esconderse entre las sombras que a plena luz. También era uno de los momentos más activos de la mansión, justo cuando los huéspedes han dejado atrás sus particulares jornadas y empieza a respirarse otro ritmo.

Segis había salido al porche y se había sentado en las escaleras. Llevaba allí un buen rato, disfrutando del frescor, de los ruidos propios de los animales nocturnos y de una quietud que contrastaba con los golpes, los gritos y el ambiente general del interior de la mansión.

Hoy hacía exactamente dos meses que había llegado a este lugar. Al principio pensó que solo estaba regresando al punto de origen, a la casa en la que había pasado su infancia, en la que creció intentando ser digna del apellido que llevaba. No fue así. Podían ser las mismas paredes, las mismas vistas, el mismo jardín, pero ni ella ni esta mansión eran las de antes.

—No, ya no lo somos, ¿verdad? —Levantó la cabeza para mirar el edificio sobre ella. La energía que envolvía la casa se sentía más viva, consciente, como si todas las personas que ahora moraban en su interior le hubiesen insuflado un poco de todos ellos.

Cruzó los brazos sobre las rodillas y apoyó la cabeza con un suspiro.

Todavía no podía creer que hubiese sobrevivido a la cena de hacía cuatro días. Y, sin embargo, lo había hecho. Su madre incluso la había felicitado… ¡A ella!

Eso tenía que considerarse un milagro en sí mismo. No le cabía la menor duda.

—¿Disfrutando de un momento de tranquilidad, señorita Blackwood?

Ladeó el cuerpo para encontrarse a Ivar saliendo por la puerta, con su libreta en las manos.

—¿Sabe? Empieza a darme miedo cada vez que saca eso.

Él levantó ligeramente una ceja, mas no dijo nada. Se lo veía cansado, lo cual era toda una novedad en sí misma. Estaba acostumbrado a su expresión seria, a su irritación, a su *«quiero estrangular a alguien»*, pero en esos momentos él solo parecía… cansado.

—Debería irse a dormir —le aconsejó—. Sus ojeras empiezan a competir seriamente con las de Arnold y eso sí que es verdaderamente aterrador.

Dejó escapar un resoplido, miró la libreta que tenía en las manos y la agitó en el aire.

—Terminé mi informe. —Su admisión la tomó por sorpresa—. Hace unas semanas envié mi evaluación y esta es la resolución final que he de mandar esta misma noche al consejo.

El ambiente cambió de inmediato.

¿Cómo había podido olvidarlo? Ivar Vinter había llegado a la Pensión Blackwood por encargo de la Organización con la tarea de supervisarla. Y ese trabajo, al parecer, había llegado a su fin.

—¿Y cuál es el veredicto? ¿Soy una persona lo bastante peligrosa como para tenerme en cuenta? ¿Lo es alguien de la pensión? ¿Va a cerrar este lugar?

Según esas palabras salieron de su boca, sintió que se ahogaba con ellas.

No quería imaginar aquella casa vacía, sin los pasos metálicos de Valessi con su armadura, sin el ruido de las ruedas del patinete de Julius, sin los refunfuños de la señora Wren porque alguien le había impedido de nuevo que sacrificase a alguien… Esa gente pertenecía aquí, a Blackwood… y ella también.

Miró la libreta en las manos de Ivar y luego a él.

—¿Puedo saber al menos qué dice el informe?

Él no respondió. No de inmediato. Avanzó unos cuantos pasos y la sorprendió sentándose también en las escaleras, compartiendo

su espacio.

—Que esta mansión es un desastre administrativo.

Segis dejó escapar un resoplido.

—No me está diciendo nada que no sepa ya.

—Que hay al menos trescientas doce infracciones…

—¡¿Trescientas doce?! —jadeó, mirándolo escandalizada.

—Doscientas cuarenta y siete pertenecen exclusivamente a Basilio —le aseguró y eso la hizo resoplar de nuevo, pero de risa—. Lo que nos lleva también a que hay dos criaturas en la mansión sin registrar oficialmente y una de ellas es un misterio digno de estudio.

—Nadie va a experimentar con mi Basi, antes dejo que se los coma.

—Y a mí no me importará mirar hacia otro lado mientras lo hace.

Su comentario fue tan sorprendente como el tono en que lo formuló.

—¿Se da cuenta de que ya es un poquito nuestro? —murmuró ella y señaló con un gesto la casa—. De Blackwood.

—Me doy cuenta de que nada es lo que esperaba cuando llegué aquí, señorita Blackwood.

Hizo una mueca y se volvió completamente hacia él.

—¿Es que nunca va a llamarme por mi nombre? —preguntó—. Llevamos dos meses viviendo bajo el mismo techo, creo que es tiempo más que suficiente como para que me llame Segis… y me tutee.

Ivar la observó en silencio durante un par de largos segundos, entonces dejó escapar el aire y se llevó la mano al interior del chaleco. Sacó un sobre sin lacrar y se lo tendió.

—Léelo.

Miró el pedazo de papel, luego a él y dudó.

Mientras no lo cogiese, no sabría lo que había escrito y podría seguir alargando este momento, así como seguir ignorando el paso del tiempo y que tenía que existir… que existía una resolución final.

—Cuando era pequeña… —murmuró, apartando la vista del sobre para posarla de nuevo sobre él—. Mi madre decía que acabaría convirtiendo la mansión en un circo… No dejaba de repetir

que los Blackwood estábamos destinados a inspirar miedo, respeto, ser un símbolo de poder… —Se miró las manos y dejó que su poder, esas hebras de magia negra, surgieran de ellas—. Poseo el apellido, poseo el poder mágico de mi familia, aunque no soy como ellos… y ya he comprendido que nunca lo seré.

Miró una vez más la carta y negó con la cabeza.

—Cuando me enviaron aquí acepté que esto era un castigo, llegué a pensar que incluso me lo merecía, por incompetente… —Se rio de sí misma—. Pero no lo soy. Incompetente. Solo soy distinta, al igual que cada una de las personas que viven bajo este techo.

Levantó la vista hacia él.

—Envíala si es lo que debes hacer —decidió—. No me importa lo que ponga ahí dentro, ni cuántas infracciones haya cometido o pueda cometer en el futuro. Porque, oh, sí, sé que seguiré cometiendo muchas más… Y lo haré aquí.

Volvió la vista atrás, hacia la casa, y sonrió.

—Ahora sé que venir aquí no fue un castigo, sino lo mejor que me ha pasado nunca.

El silencio esta vez fue distinto, quizá porque en realidad no había tal cosa, tan solo una ausencia de palabras.

—Segis, he solicitado al consejo que te restituyan como miembro de la comunidad y te dejen continuar al frente de la administración de la Pensión Blackwood —le dijo y, por primera vez desde que se conocían, la tuteó—. Tanto tus huéspedes como tú merecéis seguir en este lugar. No he encontrado justificación alguna para que sea de otra manera.

No pudo abrir más los ojos sin que se le escapasen de las cuencas.

—¿Lo dices de verdad?

—Completamente —confirmó, haciendo girar el sobre en las manos—. La organización me envió aquí porque pensaban que tanto este lugar como tú erais una amenaza para el gremio, pero… no he visto nada de eso. En todo el tiempo que llevo como investigador, he conocido organizaciones enteras mucho más crueles que esta casa. —Levantó la cabeza, mirando al cielo, y dejó escapar un largo

suspiro—. Aquí yo solo veo gente intentando encontrar un lugar en el que poder vivir sin ser juzgados…

—¿Entonces…? —Necesitaba asegurarse, escuchárselo decir una vez más—. ¿Blackwood y sus huéspedes están a salvo?

—No creo equivocarme si digo que… esa cena de hace unos días ha inclinado por completo la balanza a vuestro favor —confirmó. Miró una última vez el sobre y luego a ella—. Es solo cuestión de tiempo, ¿podrás esperar?

—Soy una experta en eso, Ivar —afirmó esbozando una enorme sonrisa—. Una verdadera experta.

Él asintió, lanzó el sobre al aire y este desapareció.

—Creo que nunca me he alegrado tanto de ver desaparecer una carta… —aseguró ella.

Ivar sonrió, empezó a levantarse y…

—¡El basilisco se ha comido a alguien! ¡Lo estoy escuchando hablar dentro de Basi!

Segis contuvo la respiración, horrorizada.

—No vas a anotar eso en tu libreta, ¿verdad?

Sus labios se estiraron lentamente en una sonrisa.

—¿Qué libreta?

Ella le devolvió la sonrisa.

—*Ey*, me gusta este nuevo tú —le dijo.

—Basilio, Segis… —le recordó.

—Si es que… sabía que el haber desaparecido durante tanto tiempo tenía que tener una explicación —resopló ella, se sacudió la falda, dio media vuelta y atravesó la puerta de su hogar—. Basi, cariño, ¿puedes, por favor, escupir a quien quiera que te hayas tragado?

Un sonoro eructo resonó en toda la casa, seguido por la voz de un desconocido que parecía bastante perdido y sin saber cómo había terminado allí.

Sí. Sin duda no era más que otro día cualquiera en la *Pensión Blackwood.*